

1

LA METAMORFOSIS Y OTROS RELATOS

Franz Kafka

Colección
Ciencias Sociales y Humanidades
Literatura

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno.

FRANZ KAFKA

**La Metamorfosis
y otros relatos**

Biblioteca
BE
del
Estudiante

UACM
Universidad Autónoma
de la Ciudad de México
Nada humano me es ajeno

Título original: Die Verwandlung
Título: La metamorfosis y otros relatos
Autor: Franz Kafka

Prólogo: Adriana Jiménez García
Diseño de Portada: Aarón Ernesto Aguilar Almanza

Primera edición, 2008

D.R. © Universidad Autónoma de la Ciudad de México
Av. División del Norte 906, Col. Narvarte Poniente,
Delegación Benito Juárez, C.P. 03020, México, D.F.

ISBN: 978-968-9259-46-6

Material de distribución gratuita para los
estudiantes de la UACM. Prohibida su venta.

Hecho e impreso en México

Correo electrónico:
bibliotecadelestudiante@hotmail.com

ÍNDICE

PRÓLOGO. 9

LA METAMORFOSIS. 13

LA CONDENA. 61

EN LA COLONIA PENITENCIARIA. 73

EL MAESTRO DE PUEBLO. 101

PRÓLOGO

De la aventura que el novelista anecdótico —incluido Balzac— narra, explicándolo todo, Kafka sólo retiene la parte inexplicable, aquella donde la imaginación humana o novelesca renuncia a sus razones para, a imitación de la poesía, interesarse por sus misterios.

Albérès, R, Historia de la novela moderna

Llamo Apocalipsis (revelación de lo que está oculto —por medio de símbolos—) a la obra de Franz Kafka.

Ezequiel Martínez Estrada, En torno a Kafka y otros ensayos

[...] soy una memoria que se ha despertado. De ahí el insomnio.

Diario de Franz Kafka, 15 de octubre de 1921

Hijo de un vendedor ambulante, nieto de un carnicero, Franz Kafka (1883-1924) trazó *La metamorfosis* (*Die Verwandlung*), una de las novelas más perturbadoras y contundentes del siglo XX en una lengua ajena —siendo checo, escribía en alemán— y en un estilo sin adornos, lejos de las estridencias y experimentalismos que marcaron la literatura occidental de su época. Por ser judío, el nazismo la proscribió; el estalinismo hizo lo propio al considerarla “una fantasía pequeñoburguesa”.

Nacido en un *ghetto* de Praga, Kafka llegó a vivir en la lujosa calle del Círculo gracias a las habilidades comerciales de su padre, pero siempre fue un desarraigado —ni siquiera sabía *yiddish* y en su casa no eran devotos—; un ente marginal, un excéntrico a quien el brutal autoritarismo paterno malogró como persona, quien nunca olvidó la precariedad y la mugre de sus primeros años, la sangre de la carnicería, el carro desvencijado de baratijas del cual había dependido su familia. Extranjero en el mundo, desde muy pronto habría de autoexiliarse en un lugar menos amenazante: sus propias circunvoluciones cerebrales, donde gestaba diáfanas y coherentes pesadillas —las peores que se puedan soportar—, de las que al final de su vida renegaría, con los pulmones mordisqueados por la tuberculosis, y para las cuales decretó un final definitivo: la pira. Forzado a elegir profesión, intentó estudiar Química según algunos biógrafos, y Germanismo según otros; finalmente se dedicaría, con trabajos, al Derecho. La figura descarnada, los ojos de lumbre y las orejas flotantes de este escritor tuberculoso, abogado por fuerza y escritor clandestino, vestido siempre con corrección y atrapado en un empleo grisáceo —del cual

escapaba por las noches para escribir como un maniático— estarán para siempre vinculadas en nuestra mente con Gregorio Samsa, el cumplido y mediocre agente viajero que una mañana despierta convertido en un inmenso coleóptero, y que no considera esta transformación particularmente aterradora, sino uno más de los numerosos vejámenes que todo ser humano debe soportar con paciencia y, de ser posible —pero nunca es posible— con indiferencia.

Kafka escribió esta brevísima obra maestra en muy poco tiempo, pero la habría terminado aún más rápido de no haber tenido que trabajar en una compañía de seguros. En su correspondencia queda registrada su frustración por no poder dedicar a la escritura la totalidad de sus energías: “¡Ojalá tuviera libre toda la noche, para dedicarla a escribir de un solo tirón, sin abandonar la pluma! Sería una noche hermosa.” Según sus propias palabras, en dos fluidas sesiones de diez horas habría concluido la historia que lo había colonizado noches antes, en el entresueño, inundándolo de un fervor desasosegado que no lo abandonó hasta terminarla. Años antes, en 1907, trazó esta línea en *Preparativos para una boda en el campo* (*Hochzeitsvorbereitungen auf dem Lande*), uno de sus primeros relatos: “Tengo al despertar, acostado en la cama, la forma de un gran escarabajo.” Sin embargo, sería hasta la noche del domingo 5 de noviembre de 1912 cuando la fascinante y atroz imagen del insecto lo asaltaría en su propia cama, durante el tránsito de la vigilia al sueño. La intrusión fue definitiva, pero no pudo escribir nada sobre ella en ese momento, pese a que poco antes vivió por primera vez ese “increíble éxtasis” que llenaría de asombro a su amigo Max Brod: en un raptó de urgencia inexplicable, había escrito *La condena* (*Das Urteil*) en una sola sesión, del 22 al 23 de septiembre de 1912, desde las diez de la noche hasta la seis de la mañana: “Me costó mucho trabajo sacar mis piernas tíasas de tanto estar sentado de debajo del escritorio”, contaría después. A partir de ahí, la euforia lo llevó a desarrollar algo parecido al “método de delirio” que Marguerite Yourcenar empleaba, semejante al de Flaubert, y que a la escritora francesa le parecía sólo para insensatos. Por las noches, Kafka escribía sin respiro; dormía apenas un par de horas; madrugaba luego para dirigirse al trabajo; por las tardes componía cartas interminables para Felice Bauer, la mujer que amaba en ese tiempo, ansioso por compartir sus obsesiones literarias. Como había ocurrido con Flaubert, tal grafomanía habría de deteriorar severamente su salud, de por sí escasa. Ese año, además de *La metamorfosis* y *La condena*, escribió *América* (*Amerika*), llamada inicialmente *El desaparecido* (*Der Verschollene*).

Pese a su pasión literaria, Kafka llegó a declarar: “la convicción confirmada de que, al escribir mis novelas, me encuentro en deshonrosas hondonadas del escribir”. Ni remotamente se percató del alcance que como artista tendría en la posteridad —como se sabe, Max Brod descató su orden expresa de quemar todos sus manuscritos una vez hubiera muerto—, pero tampoco tuvo dudas acerca del poderío de sus textos. Se refirió así a *La metamorfosis* en sus cartas a Felice: “Querida: ¡Qué historia extraordinariamente repugnante es la que acabo de dejar, para recrearme ahora pensando en ti! [...] en líneas generales no estoy descontento, pero resulta ilimitadamente repulsiva, [...] a buen seguro todavía queda mucho por desarraigar de mí, y las noches no pueden ser lo bastante largas para esta tarea, por lo demás en extremo voluptuosa”. El 6 de diciembre anunció su terminación y se la leyó, eufórico, a Max Brod. Aunque después dudaría de su calidad: en octubre de 1913 se convenció tajantemente de que era mala. En enero de 1914 sintió una enorme aversión por ella. Pero volvió a entusiasmarse y buscó un editor, cosa rara en él, dado su carácter tímido y receloso. Lo logró en 1915. Su convicción acerca del valor de su texto se denotó cuando dio indicaciones sobre la portada; al sugerírsele que se representara al fenómeno en ella, respondió de inmediato: “¡Eso no, por favor! [...] El insecto mismo no puede ser dibujado. Ni tan sólo puede ser mostrado desde lejos. [...] Si yo mismo pudiera proponer algún tema para la ilustración, escogería temas así: los padres y el procurador ante la puerta cerrada o, mejor todavía, los padres y la hermana en la habitación iluminada, mientras la puerta al sombrío cuarto contiguo se encuentra abierta” (carta a la editorial Kart Wolf, 25 de octubre de 1915).

La metamorfosis se publicó primero en francés e inglés, y sólo después en alemán. Cuando Breton, Sastre y Camus la leyeron, su deslumbramiento fue inmediato. Milena Jesenská la había traducido al checo, pero su texto se traspapeló luego de que la asesinaran en un campo de concentración. Fue hasta 1957 cuando sus compatriotas pudieron leer el libro en el idioma del país en donde Kafka nació.

La prosa transparente de esta historia, y su tranquila coherencia, ponen de relieve algo mucho más inquietante que la mera conversión de un hombre en escarabajo: dan cuenta de la profunda arbitrariedad del universo; son la negación del raciocinio que atribuye orden a un mundo absurdo o, peor aún, regido por un dios demente, a quien sus criaturas se esfuerzan por comprender y justificar mientras son triturados sin prisa y sin propósito en esa máquina de engranajes precisos que llamamos, sin autoridad alguna, realidad.

En esta edición se presentan, además de *La metamorfosis*, otros textos menos conocidos de Kafka, como una aportación al conocimiento de su obra y de su evolución literaria. Todos ellos integran una muestra representativa del pensamiento y las preocupaciones estéticas de este autor fundamental.

Adriana Jiménez García

LA METAMORFOSIS

LA METAMORFOSIS

Cuando Gregorio Samsa despertó una mañana, luego de un sueño agitado, se encontró en su cama convertido en un insecto monstruoso. Estaba echado sobre el duro caparazón de su espalda, y al levantar un poco la cabeza, vio la figura convexa de su vientre oscuro, surcado por curvadas callosidades, cuya prominencia apenas si podía aguantar la colcha, visiblemente a punto de escurrirse hasta el suelo. Innumerables patas, lamentablemente escuálidas en comparación con el grosor ordinario de sus piernas, ofrecían a sus ojos el espectáculo de una agitación sin consistencia.

—¿Qué me ha sucedido?

No, no soñaba. Su habitación, aunque excesivamente reducida, aparecía como de ordinario entre sus cuatro harto conocidas paredes. Presidiendo la mesa, sobre la cual estaba esparcido un muestrario de telas —Samsa era viajante de comercio—, colgaba una estampa poco antes recortada de una revista ilustrada y puesta en un lindo marco dorado. Representaba una señora tocada con un gorro de pieles, envuelta en una lona también de pieles, y que, muy erguida, esgrimía contra el espectador un amplio manguito, asimismo de piel, dentro del cual se perdía todo su antebrazo.

Gregorio dirigió luego la vista hacia la ventana; el tiempo nublado (se escuchaba el repiquetear de las gotas de lluvia en el cinc del alféizar) le infundió una gran melancolía.

—Bueno —pensó—; ¿qué pasaría si yo siguiese durmiendo otro rato y me olvidase de todas las fantasías?— Pero esta pretensión era algo desde todo punto irrealizable, porque Gregorio tenía la costumbre de dormir sobre el lado derecho, y su actual estado no le permitía adoptar esa postura. Aunque se empeñaba en permanecer sobre el lado derecho, forzosamente volvía a caer de espaldas. Mil veces intentó en vano esta operación; cerró los ojos para no tener que ver aquel revuelo de las piernas, que no cesó hasta que un dolor leve y punzante al mismo tiempo, un dolor jamás sentido hasta aquel momento, comenzó a aquejarlo en el costado.

—¡Ay, Dios! —se dijo—. ¡Qué cansada es la profesión que he elegido! Siempre de viaje. La preocupación de los negocios es mucho mayor cuando se trabaja fuera que cuando se trabaja en el mismo almacén, y no hablemos de esta plaga de los viajes: cuidarse de los enlaces de los trenes; la comida pésima, irregular; relaciones que cambian de continuo, que no duran nunca, que no llegan nunca a ser

verdaderamente cordiales, y en las que el corazón nunca puede tener parte. ¡Al diablo con todo!

Sintió una ligera picazón en el vientre. Con lentitud, se estiró sobre la espalda, en dirección a la cabecera, a fin de poder alzar mejor la cabeza. Vio que el sitio que le ardía estaba cubierto de unos puntitos blancos, que no supo explicarse. Quiso aliviar el lugar del escozor con una pierna, pero hubo de retirarla inmediatamente, pues el roce le producía escalofríos.

Se deslizó hasta retomar su anterior posición.

—Estos madrugones —se dijo— aturden a uno por completo. El hombre necesita dormir lo justo. Hay viajeros que se dan la vida de reyes. Cuando a media mañana llego a la fonda para anotar los pedidos, me los encuentro sentados, tomando el desayuno. Si yo, con el jefe que tengo, quisiese hacer lo mismo, me vería en el acto de patitas en la calle. Y ¿quién sabe si esto no sería para mí lo más conveniente? Si no fuese por mis padres, haría rato que me hubiese despedido. Me hubiera presentado ante el jefe y, con toda mi alma, le habría manifestado mi modo de pensar. ¡Se cae del pupitre! ¡También tiene lo suyo eso de sentarse arriba del escritorio para, desde aquella altura, hablar a los empleados, que, como él es sordo, han de acercársele mucho! Pero ahora lo que es la esperanza, todavía no la he perdido del todo. En cuanto tenga reunido el dinero necesario para pagarle la deuda de mis padres —unos cinco o seis años todavía—, ¡vaya si lo hago! Bueno, pero, lo que tengo que hacer es levantarme, que el tren sale a las cinco.

Volvió los ojos hacia el despertador, que hacía tictac encima del baúl. —¡Santo Dios!—, exclamó para sus adentros.

Eran las seis y media, y las manecillas seguían avanzando tranquilamente. Es decir, ya era más. Las manecillas estaban en casi menos cuarto. ¿Es que no había sonado el despertador? Desde la cama podía ver que efectivamente había sido puesto en las cuatro; en consecuencia, seguro que había sonado. Pero ¿es posible continuar durmiendo tranquilo, pese a aquel ruido que conmovía hasta los muebles? Su sueño no había sido tranquilo. Pero, por eso mismo, quizás había sido más profundo. Y ¿qué hacía él ahora? El tren siguiente salía a las siete; para alcanzarlo era necesario apurarse demasiado. El muestrario no estaba aún empaquetado, y, por último, él mismo no se sentía nada dispuesto. Además, aunque alcanzara el tren, no por ello evitaría la filípica del amo, pues el mozo del almacén, que habría bajado al tren de las cinco, debía de haber anunciado ya su falta. El tal mozo era igual que el amo, sin dignidad ni consideración. Y si di-

jese que estaba enfermo, ¿qué pasaría? Pero esto, además de ser muy penoso, infundiría sospechas, pues Gregorio, en los cinco años que llevaba empleado, no había estado enfermo ni una sola vez. Seguro que vendría el principal con el médico del Montepío. Se desataría en reproches, delante de los padres, respecto a la holgazanería del hijo, y cortarían todas las objeciones alegando el dictamen del médico, para quien todos los hombres están siempre sanos y sólo padecen de horror al trabajo. Y la verdad es que, en este caso, su opinión no habría carecido completamente de fundamento. Salvo cierta somnolencia, desde luego superflua después de tan prolongado sueño, Gregorio se sentía admirablemente, con un apetito particularmente intenso.

Mientras pensaba y meditaba atropelladamente, sin poderse decidir a abandonar la cama, y justo en el momento en que el despertador daba las siete menos cuarto, llamaban suavemente a la puerta que estaba junto a la cabecera de su lecho.

—Gregorio —dijo la voz de su madre—, son las siete menos cuarto. ¿No ibas a salir de viaje?

¡Qué voz más dulce! Gregorio se horrorizó al oír en cambio la suya, que era la de siempre, sí, pero que salía mezclada con un doloroso e irreprimible silbido, en el cual las palabras, al principio claras, luego se confundían, resonando de modo que no estaba seguro de haberlas oído. Gregorio hubiera querido contestar detalladamente y explicarlo todo; pero, en vista de ello, se limitó a decir:

—Sí, sí. Gracias, madre. Ya me levanto.

A través de la puerta de madera, el cambio de la voz de Gregorio no debió notarse, pues la madre se tranquilizó con esta respuesta y se retiró. Pero este corto diálogo hizo saber a los demás miembros de la familia que Gregorio, contrariamente a lo que se creía, estaba todavía en casa. Llegó el padre a su vez y, golpeando ligeramente la puerta, llamó:

—Gregorio, ¡Gregorio!, ¿Qué pasa?

Esperó un momento y volvió a insistir, alzando la voz:

—Gregorio, ¡Gregorio!

Mientras tanto, detrás de la otra hoja, la hermana se lamentaba dulcemente:

—Gregorio, ¿no estás bien? ¿Necesitas algo?

—Ya estoy listo— respondió Gregorio a ambos a un tiempo, aplicándose a pronunciar, y hablando con gran lentitud, para disimular el sonido extraño de su voz. Volvió el padre a su desayuno, pero la hermana siguió musitando:

—Abre, Gregorio; te lo suplico.

Cosa en la que no pensaba Gregorio, ni mucho menos, felicitándose, por el contrario, de aquella precaución suya —costumbre contraída en los viajes— de encerrarse en su cuarto por la noche, incluso estando en su casa.

Había que empezar por levantarse tranquilamente, arreglarse sin ser molestado y, sobre todo, desayunar. Sólo después de efectuado todo esto pensaría en lo demás, pues comprendía de sobra que en la cama no podía pensar. Recordaba haber sentido ya con frecuencia en la cama cierto dolor, producido, sin duda, por alguna mala posición, y que, una vez levantado, resultaba ser obra de su imaginación; y tenía curiosidad por ver cómo habrían de desvanecerse paulatinamente sus imaginaciones de hoy. Tampoco dudaba de que el cambio de su voz era simplemente el principio de un resfriado mayúsculo, enfermedad profesional del viajante de comercio.

Arrojar la colcha lejos de sí era cosa sencilla. Le bastaría para ello con abombarse un poco: la colcha caería por sí sola. Pero la dificultad estaba en la extraordinaria anchura de Gregorio. Para incorporarse, podía haberse ayudado con los brazos y las manos; pero, en su lugar, tenía ahora innumerables patas en permanente agitación y le era imposible hacerse dueño de ellas. Y el caso es que él quería incorporarse. Se estiraba; lograba por fin dominar una de sus patas; pero, mientras tanto, las demás proseguían su libre y dolorosa agitación. «No conviene hacerse el zángano en la cama», pensó.

Primero intentó sacar de la cama la parte de abajo del cuerpo. Pero esta parte inferior —que por cierto no había visto todavía, y que, por lo tanto, le era imposible representarse en su exacta conformación— resultó ser demasiado difícil de mover. La operación comenzó despacio. Gregorio, ya frenético, concentró toda su energía y, sin detenerse ante nada, se arrastró hacia adelante. Pero no calculó bien la dirección, se dio un fortísimo golpe contra los pies de la cama, y el dolor que esto le causó le demostró, con su intensidad, que la parte inferior de su cuerpo era quizá, precisamente, en su nuevo estado, la más sensible. Trató de sacar primero la parte superior, y volvió con precaución la cabeza hacia el borde del lecho. Esto no ofreció ninguna dificultad, y, no obstante su anchura y peso, todo el cuerpo siguió por fin, aunque lentamente, el movimiento iniciado por la cabeza. Pero, al verse con ésta colgando en el aire, le entró miedo de continuar avanzando en igual forma, porque, dejándose caer así, era necesario un verdadero milagro para sacar intacta la cabeza; y ahora menos que nunca quería Gregorio perder el sentido. Antes prefería quedarse en la cama.

Pero cuando, después de realizar a la inversa los mismos esfuerzos, subrayándolos con hondísimos suspiros, se halló de nuevo en la misma posición y tornó a ver sus patas presas de una excitación mayor que antes, comprendió que no disponía de medio alguno para remediar tamaño absurdo, y volvió a pensar que no debía seguir en la cama y que lo más cuerdo era arriesgarlo todo, aunque sólo quedase una ínfima esperanza. Pero de inmediato recordó que mejor que tomar decisiones extremas era meditar serenamente. Sus ojos se clavaron con fuerza en la ventana; pero, por desgracia, la vista de la niebla que aquella mañana ocultaba por completo el lado opuesto de la calle, poca esperanza y escasos ánimos había de infundirle. «Ya las siete —se dijo al oír de nuevo el despertador—. ¡Las siete ya, y todavía continúa la niebla!» Durante un instante permaneció echado, sin moverse y respirando despacio, como si esperara que el silencio lo hiciese regresar a su condición normal.

Pero, pensó: «Antes de las siete y cuarto es preciso que me haya levantado. Sin contar que, entre tanto, vendrá seguramente alguien del almacén a preguntar por mí, pues allí abren antes de las siete» Y se dispuso a salir de la cama balanceándose cuan largo era. Dejándose caer en esta forma, la cabeza, que tenía el firme propósito de mantener enérgicamente erguida, saldría probablemente sin daño alguno. La espalda parecía ser bastante resistente: nada le pasaría al dar con ella en la alfombra. Únicamente lo hacía vacilar el temor al estruendo que esto habría de producir, y que sin duda daría lugar, detrás de cada puerta, si no a un susto, por lo menos a una inquietud. Pero no quedaba más remedio que afrontar esta perspectiva.

Gregorio ya estaba a medias fuera de la cama (el nuevo método parecía un juego y no un trabajo, pues sólo implicaba balancearse siempre hacia atrás), cuando cayó en la cuenta de que todo sería más fácil si alguien viniese en su ayuda. Con dos personas robustas (pensaba en su padre y en la criada) bastaría. Sólo tendrían que pasar los brazos por debajo de su abombada espalda, desenfundarle de la cama y, agachándose luego con la carga, permitirle solícitamente estirarse por completo en el suelo, en donde era de presumir que las patas demostrarían su razón de ser. Ahora bien, y prescindiendo de que las puertas estaban cerradas, ¿le convenía realmente pedir ayuda? Pese a lo apurado de su situación, no pudo menos que sonreír.

Ya había avanzado tanto, que un único balanceo, más fuerte que los anteriores, alcanzaría para hacerle perder casi por completo el equilibrio. Además, muy pronto no le quedaría otro remedio que tomar una determinación, pues sólo faltaban cinco minutos para las

siete y cuarto. En esto, llamaron a la puerta del piso. «Debe de ser alguien del almacén» —pensó Gregorio, quedando de pronto suspenso, mientras sus patas seguían danzando cada vez más rápidamente. Permaneció todo en silencio. «No abren» —pensó entonces, asíéndose a tan absurda esperanza. Pero, como no podía menos que suceder, sintió aproximarse a la puerta las fuertes pisadas de la criada. Y la puerta se abrió. Le bastó a Gregorio oír la primera palabra pronunciada por el visitante, para percatarse de quién era. Era el principal en persona. ¿Por qué estaría Gregorio condenado a trabajar en una casa en la cual la más mínima ausencia despertaba inmediatamente las más trágicas sospechas? ¿Es que los empleados, todos en general y cada uno en particular, no eran sino unos pillos? ¿Es que no podía haber entre ellos algún hombre de bien que, después de perder aunque sólo fuese un par de horas de la mañana, se volviese loco de remordimiento y no se hallase en condiciones de abandonar la cama? ¿Es que no bastaba acaso con mandar a preguntar por un chico, suponiendo que tuviese fundamento esa manía de investigar, sino que era preciso que viniese el mismísimo principal a enterar a toda una inocente familia de que sólo él tenía calidad para intervenir en la investigación de tan tenebroso asunto? Y Gregorio, más bien sobreexcitado por estos pensamientos que ya decidido a ello, se lanzó con fuerza de la cama. Se escuchó un golpe sordo, pero que no podía propiamente calificarse de estruendo. La alfombra suavizó la caída; la espalda tenía también más elasticidad de lo que Gregorio había supuesto, y esto evitó que el ruido fuese tan espantoso como temía. Pero no tuvo cuidado de mantener la cabeza suficientemente erguida; se hirió y el dolor le hizo restregarla rabiosamente contra la alfombra.

—Algo ha ocurrido ahí dentro —dijo el principal en la habitación de la izquierda. Gregorio intentó imaginar que al principal pudiera sucederle algún día lo mismo que hoy a él, posibilidad no del todo descartada. Pero el principal, como contestando brutalmente a esta suposición, dio con energía unos cuantos pasos por el cuarto vecino, haciendo crujir sus botas de charol. Desde la habitación contigua de la derecha, la hermana susurró esta noticia: «Gregorio, ahí está el principal». «Ya lo sé», contestó Gregorio para sus adentros. Pero no osó levantar la voz hasta el punto de hacerse oír por su hermana.

—Gregorio —dijo por fin el padre desde la habitación contigua de la izquierda—, Gregorio, ha venido el señor principal y pregunta por qué no te marchaste en el primer tren. No sabemos qué debemos contestarle. Además, desea hablar personalmente contigo. Así que haz el

favor de abrir la puerta. El señor principal tendrá la bondad de disculpar el desorden del cuarto.

—¡Buenos días, señor Samsa! —terció entonces amablemente el principal.

—No se encuentra bien —dijo la madre a este último mientras el padre continuaba hablando junto a la puerta—. No está bien, créame usted, señor principal. ¿Si no, cómo iba Gregorio a perder el tren? Si el muchacho no tiene otra cosa en la cabeza más que el almacén. ¡Si casi me molesta que no salga nunca! Ahora, por ejemplo, ha estado aquí ocho días; pues bien, ¡ni una sola noche ha salido de casa! Se sienta con nosotros a la mesa, lee el periódico sin decir palabra o estudia itinerarios. Su única distracción consiste en trabajos de carpintería. En dos o tres veladas ha tallado un marquito. Cuando usted lo vea, se va a asombrar; es hermoso. Ahí está colgado, en su cuarto; ya lo verá en seguida, en cuanto abra Gregorio. Por otra parte, celebro verlo a usted, señor principal, pues nosotros solos nunca hubiéramos podido decidir a Gregorio a abrir la puerta. ¡Es más tozudo! Seguramente no se encuentra bien, aunque antes dijo lo contrario. —Voy en seguida —exclamó lentamente Gregorio, circunspecto e inmóvil para no perder palabra de la conversación. —De otro modo, no sabría explicármelo, señora —repuso el principal—. Es de esperar que no será nada serio. Aunque, por otra parte, no tengo más remedio que decir que nosotros, los comerciantes, desgraciada o afortunadamente, como se quiera, tenemos a la fuerza que saber sufrir a menudo ligeras indisposiciones, anteponiendo los negocios a todo. —Bueno —preguntó el padre, impacientándose y tornando a llamar a la puerta—: ¿puede entrar ya el señor principal? —No —respondió Gregorio.

En la habitación contigua de la izquierda reinó un silencio lleno de tristeza, y en la habitación contigua de la derecha comenzó a sollozar la hermana.

Pero ¿por qué no iba ésta a reunirse con los demás? Es verdad que recién se levantaba y que ni siquiera había comenzado a vestirse. Pero ¿por qué lloraba? Quizá porque el hermano no se levantaba, porque no hacía pasar al principal, porque corría el peligro de perder su puesto, con lo cual el dueño volvería a atormentar a los padres con las deudas de antaño. Pero éstas, por el momento, eran preocupaciones completamente gratuitas. Gregorio estaba todavía allí, y no pensaba ni remotamente en abandonar a los suyos. Por el momento, yacía en la alfombra, y a nadie que conociera el estado en que se encontraba se le hubiese ocurrido que podía hacer entrar en su cuarto al principal. Mas esta pequeña descortesía, que más adelante sabría de seguro ex-

plicar satisfactoriamente, no era motivo suficiente para despedirlo sin demora. Y Gregorio pensó que, por lo pronto, mejor que molestarle con llantos y discursos era dejarle en paz. Pero la incertidumbre en que se hallaban respecto a él era precisamente lo que aguijoneaba a los otros, disculpando su actitud.

—Señor Samsa —dijo, por fin, el principal con voz hueca—, ¿qué significa esto? Se ha atrincherado usted en su habitación. No responde más que sí o no. Inquieta usted grave e inútilmente a sus padres, y, dicho sea de paso, falta a su obligación en el almacén de una manera verdaderamente inaudita. Le hablo a usted aquí en nombre de sus padres y de su jefe, y le ruego, muy en serio, que se explique de inmediato y con claridad. Estoy asombrado; yo lo tenía a usted por un hombre formal y juicioso, y parece que ahora, de repente, quiere hacer gala de incomprensibles extravagancias. Es verdad que el jefe me insinuó esta mañana una explicación posible de su falta: referíase al cobro que se le encargó a usted que hiciese anoche en efectivo, pero yo casi empené mi palabra de honor de que esta explicación no era correcta. Pero ahora, ante esta incomprensible testarudez, no me quedan ganas de seguir interesándome por usted. Su posición no es, ni con mucho, muy segura. Mi intención era decirle a usted todo esto a solas; pero, como usted tiene a bien hacerme perder el tiempo inútilmente, no veo por qué no habrían de enterarse también sus señores padres. En estos últimos tiempos su trabajo ha dejado mucho que desear. Ciertamente no es ésta la época más propicia para los negocios; nosotros mismos lo reconocemos. Pero, señor Samsa, no hay época, no debe haberla, en que los negocios estén completamente detenidos.

—Señor principal —gritó Gregorio fuera de sí, olvidándose en su excitación de todo lo demás—. Voy inmediatamente, voy al momento. Una leve indisposición, un desvanecimiento, me impidió levantarme. Todavía estoy acostado. Pero ya me siento completamente bien. Ahora mismo me levanto. ¡Un poco de paciencia! Aún no me encuentro tan bien como creía. Pero ya estoy mejor. ¡No se comprende cómo le pueden suceder a uno estas cosas! Ayer me sentía yo tan bien. Sí, mis padres lo saben. Mejor dicho, ya ayer a la tarde tuve una especie de presentimiento. ¿Cómo no me lo habrán notado? Y ¿por qué no lo diría yo en el almacén? Pero siempre cree uno que podrá pasar la enfermedad sin necesidad de estar en casa. ¡Señor principal, tenga consideración con mis padres! No hay motivo para todos los reproches que me hace usted ahora; nunca me han dicho nada de eso. Sin duda, usted no ha visto los últimos pedidos que he transmitido. Por lo

demás, saldré en el tren de las ocho. Estas dos horas de descanso me han fortalecido. No se detenga usted más, señor principal. En seguida voy al almacén. Explique usted allí esto, se lo suplico; así como que presente mis respetos al jefe.

Y mientras pronunciaba atropelladamente este discurso, sin casi saber lo que decía, Gregorio, gracias a la soltura ya adquirida en la cama, se acercó fácilmente al baúl e intentó enderezarse apoyándose en él. Quería efectivamente abrir la puerta, dejarse ver al principal, hablar con él. Sentía curiosidad por saber qué dirían cuando lo viesen ésos que con tanto énfasis lo llamaban. Si se asustaban, Gregorio, se encontraba desligado de toda responsabilidad y no tenía por qué temer. Si, por el contrario, se quedaban tan tranquilos, tampoco él tenía por qué excitarse, y podía, dándose prisa, estar realmente a las ocho en la estación. Varias veces se escurrió contra las lisas paredes del baúl; pero, al fin, un último salto lo puso en pie. De los dolores de vientre, aunque muy vivos, no se cuidaba. Se dejó caer contra el respaldo de una silla cercana, a cuyos bordes se agarró fuertemente con sus patas. Logró a la vez recuperar el dominio de sí mismo, y calló para escuchar lo que decía el principal.

—¿Han entendido ustedes una sola palabra? —preguntó éste a los padres—. ¿No será que se hace el loco? —¡Por amor de Dios! —exclamó la madre llorando—. Tal vez se siente muy mal y nosotros lo estamos mortificando. Y seguidamente llamó: ¡Grete! ¡Grete! —¿Qué, madre? —respondió la hermana desde el otro lado de la habitación de Gregorio, a través de la cual hablaban. —Debes ir a buscar al médico en seguida; Gregorio está enfermo. Ve corriendo. ¿Has oído cómo hablaba ahora? —Es una voz animal —dijo el principal, que hablaba en voz sumamente baja, comparada con el griterío de la madre. —¡Ana! ¡Ana! —llamó el padre, volviéndose hacia la cocina a través del vestíbulo y dando palmadas—. Vaya inmediatamente a buscar un cerrajero.

Ya se sentía por el vestíbulo el rumor de las faldas de las dos muchachas que salían corriendo (¿cómo se había vestido tan rápidamente su hermana?), y ya se oía abrir bruscamente la puerta del piso. Pero no se percibió ningún portazo. Debieron de dejar la puerta abierta, como suele suceder en las casas donde ha ocurrido una desgracia.

Gregorio, empero, se hallaba ya mucho más tranquilo. Cierta es que sus palabras resultaban incomprensibles, aunque a él le parecían muy claras, más claras que antes, sin duda porque ya se le iba acostumbrando el oído. Pero lo esencial era que ya se habían percatado los demás de que algo insólito le sucedía y se disponían a acudir en

su ayuda. La decisión y firmeza con que fueron tomadas las primeras disposiciones lo aliviaron. Se sintió nuevamente incluido entre los seres humanos, y esperó de los dos, del médico y del cerrajero, indistintamente, acciones extrañas y maravillosas. Y, a fin de poder intervenir lo más claramente posible en las conversaciones decisivas que se avecinaban, carraspeó suavemente, forzándose a hacerlo en forma muy leve, por temor a que este ruido también sonase a algo que no fuese una tos humana, cosa que ya no estaba seguro de poder distinguir. Mientras tanto, en la habitación de al lado, el silencio era total. Tal vez los padres, sentados a la mesa con el principal, cuchicheaban con él. Tal vez estaban todos junto a la puerta escuchando.

Gregorio se deslizó lentamente con el sillón hacia la puerta; al llegar allí, abandonó el asiento, se arrojó contra ésta y se sostuvo en pie, agarrado, pegado a ella por la viscosidad de sus patas. Descansó así un rato del esfuerzo realizado. Luego intentó con la boca hacer girar la llave dentro de la cerradura. Por desgracia, no parecía tener lo que propiamente llamamos dientes. ¿Con qué iba entonces a coger la llave? Pero, en cambio, sus mandíbulas eran muy fuertes, y, sirviéndose de ellas, pudo poner la llave en movimiento, sin reparar en el daño que seguramente se hacía, pues un líquido oscuro le salió de la boca, resbalando por la llave y goteando hasta el suelo. —Escuchen ustedes —dijo el principal, en el cuarto inmediato—; está girando la llave. Estas palabras alentaron mucho a Gregorio. Pero todos, el padre, la madre, debían haberle gritado: —¡Adelante, Gregorio!—. Sí, debían haberle gritado: —¡Siempre adelante! ¡Duro con la cerradura!—. E imaginando la ansiedad con que todos seguirían sus esfuerzos mordió la llave con toda su alma, medio desfalleciente. Y, a medida que ésta giraba en la cerradura, él se sostenía, meciéndose en el aire, colgado por la boca, y, conforme era necesario, se tomaba de la llave o la empujaba hacia abajo con todo el peso de su cuerpo. El sonido metálico de la cerradura, cediendo al fin, lo volvió completamente en sí. —Bueno —se dijo con un suspiro de alivio—; no ha sido necesario que venga el cerrajero— y golpeó en el pestillo con la cabeza para terminar de abrir.

Este modo de abrir la puerta fue la causa de que, aunque libre ya la entrada, todavía no se le viese. Hubo primero que girar lentamente contra una de las hojas de la puerta, con gran cuidado para no caerse bruscamente de espaldas en el umbral. Y aún estaba ocupado en llevar a cabo tan difícil movimiento, sin tiempo para pensar en otra cosa, cuando sintió un «¡oh!» del principal, que sonó como suena el mugido del viento, y vio a este señor, el más cercano a la puerta, ta-

parse la boca con la mano y retroceder lentamente, como impulsado mecánicamente por una fuerza invisible.

La madre —que, no obstante la presencia del principal, estaba allí despeinada, con el pelo recogido en lo alto de la cabeza— miró primero a Gregorio, juntando las manos, avanzó luego dos pasos hacia él, y por fin se desplomó, en medio de las faldas esparcidas en torno suyo, con el rostro oculto en las profundidades del pecho. El padre amenazó con el puño, con expresión hostil, como si quisiera empujar a Gregorio hacia el interior de la habitación; luego se volvió, saliendo con paso inseguro al vestíbulo, y, cubriéndose los ojos con las manos, rompió a llorar de tal modo que el llanto sacudía su robusto pecho.

Gregorio, pues, no llegó a penetrar en la habitación; desde el interior de la suya permaneció apoyado en la hoja cerrada de la puerta, de modo que sólo presentaba la parte superior del cuerpo, con la cabeza inclinada de medio lado, examinando a los presentes. Mientras, había ido clareando, y en la acera opuesta se recortaba nítidamente una parte del negruzco edificio de enfrente. Se trataba de un hospital, cuya monótona fachada rompían simétricas ventanas. La lluvia no había cesado, pero caía ya en goterones aislados, que se veían llegar intermitentemente al suelo. Sobre la mesa estaban los utensilios del servicio del desayuno, pues, para el padre, ésta era la comida principal del día, y gustaba de prolongarla con la lectura de varios periódicos. En el lienzo de pared que daba justo frente a Gregorio, colgaba un retrato de éste, hecho durante su servicio militar, que lo representaba con uniforme de teniente, la mano sobre la espada, sonriendo con despreocupación, con un aire que parecía exigir respeto para su indumento y su actitud. Esa habitación daba al vestíbulo; por la puerta abierta se veía la del piso, abierta también, el rellano de la escalera y el arranque de esta última, que conducía a los pisos inferiores.

—Bueno —dijo Gregorio muy convencido de ser el único que había conservado la serenidad—. Bueno, me visto al momento, recojo el muestrario y salgo de viaje. ¿Me permitiréis que salga de viaje, verdad? Señor principal, ya ve usted que no soy testarudo y que trabajo con gusto. El viajar es cansado; pero yo no sabría vivir sin viajar. ¿Adónde va usted, señor principal? ¿Al almacén? ¿Sí? ¿Lo contará todo tal como ha sucedido? Puede uno tener un momento de incapacidad para el trabajo; pero entonces es precisamente cuando deben acordarse los jefes de lo útil que uno ha sido y pensar que, una vez pasado el impedimento, volverá a ser tanto más activo y trabajará con mayor celo. Yo, como usted bien sabe, le estoy muy obligado al jefe. Por otro lado, también debo atender a mis padres y a mi hermana. Es verdad

que hoy me encuentro en una difícil situación. Pero trabajando lograré abrirme paso. Usted no me haga la cosa más difícil de lo que ya es. Póngase de mi parte. Ya sé que al viajante no se le quiere. Todos creen que gana el dinero a paladas, y que además se da la gran vida. Cierto es que no hay ninguna razón especial para que este prejuicio desaparezca. Pero usted, señor principal, usted está más enterado de lo que son las cosas que el resto del personal, incluso, y dicho sea entre nosotros, que el propio jefe, el cual, en su calidad de amo, se equivoca con frecuencia respecto de un empleado. Usted sabe muy bien que el viajante, como está fuera del almacén la mayor parte del año, es fácil pasto de murmuraciones y víctima propicia de coincidencias y quejas infundadas, contra las cuales no le es fácil defenderse, ya que la mayoría de las veces no llegan a su conocimiento, y que únicamente al regresar reventado de un viaje es cuando empieza a notar directamente las terribles consecuencias de una causa invisible. Señor principal, no se vaya sin decirme algo que me pruebe que me da usted la razón, por lo menos en parte.

Pero, desde las primeras palabras de Gregorio, el principal había dado media vuelta, y contemplaba a aquél por encima del hombro, convulsivamente agitado y con un gesto de asco en los labios. Mientras Gregorio hablaba, no permaneció un momento quieto. Se aproximó a la puerta sin quitarle ojo de encima, pero muy lentamente, como si una fuerza misteriosa le impidiese abandonar aquella habitación. Llegó, por fin, al recibidor, y, ante la rapidez con que alzó por última vez el pie del suelo, se diría que había pisado fuego. Estiró el brazo derecho hacia la escalera, como si esperase encontrar allí milagrosamente la libertad.

Gregorio comprendió que no debía de ningún modo dejar marchar al principal en ese estado de ánimo, pues si no su puesto en el almacén estaba seriamente amenazado. Sus padres no lo comprendían tan bien como él, porque, en el transcurso de los años, habían llegado a hacerse la ilusión de que la posición de Gregorio en aquella casa sólo con su vida podía acabar; además, con la inquietud del momento, y sus consiguientes quehaceres, habían renunciado a toda prudencia. Pero no así Gregorio, que se percataba de que era indispensable retener al principal, apaciguarlo, convencerlo, seducirlo. De ello dependía el porvenir de Gregorio y de los suyos. ¡Si siquiera estuviese ahí la hermana! Era muy lista; había llorado cuando aún yacía Gregorio tranquilamente sobre la espalda. De seguro que el principal, galante con el bello sexo, se hubiera dejado llevar por ella a donde ella hubiera querido. Habría cerrado la puerta del piso y le habría quitado el sus-

to en el mismo recibimiento. Pero la hermana no estaba, y Gregorio tenía que arreglárselas solo. Y, sin pensar que todavía no conocía sus nuevas facultades de movimiento, ni tampoco que lo más posible, y hasta lo más seguro, era que no habría logrado darse a entender con su discurso, abandonó la hoja de la puerta en que se apoyaba, se deslizó por el hueco formado en la abertura de la otra, con intención de avanzar hacia el principal, que seguía cómicamente agarrado a la barandilla del rellano. Pero de inmediato cayó a tierra, intentando, con inútiles esfuerzos, sostenerse sobre sus innumerables y pequeñas patas, y exhalando un leve quejido. Al instante se sintió, por primera vez en aquel día, invadido por un verdadero bienestar: las patitas, apoyadas en el suelo, le obedecían a la perfección. Lo notó con natural alegría, y vio que se esforzaban en llevarle donde él deseaba ir, dándole la sensación de haber llegado al cabo de sus sufrimientos. Pero, en el preciso momento en que Gregorio, a causa del movimiento contenido, se balanceaba a ras de tierra, no lejos y enfrente de su madre, ésta, a pesar de hallarse tan ensimismada, dio de pronto un salto y se puso a gritar, extendiendo los brazos y separando los dedos: «¡Socorro! ¡Por amor de Dios! ¡Socorro!» Inclina la cabeza como para observar mejor a Gregorio; pero de repente, como para desmentir este supuesto, se desplomó hacia atrás, cayendo inerte sobre la mesa, y no habiendo recordado que estaba aún puesta, quedó sentada en ella, sin darse cuenta de que a su lado el café chorreaba de la cafetera volcada, derramándose por la alfombra.

—¡Madre! ¡Madre! —murmuró Gregorio mirándola de abajo arriba. Por un instante se esfumó de su mente el principal; y no pudo menos, ante el café vertido, que abrir y cerrar repetidas veces las mandíbulas en el vacío. Nuevo alarido de la madre, que, huyendo de la mesa, se arrojó en brazos del padre, que corría a su encuentro. Pero ya no podía Gregorio dedicar la atención a sus padres; el principal permanecía en la escalera y, con la barbilla apoyada sobre la baranda, dirigía una última mirada a aquel cuadro. Gregorio tomó impulso para alcanzarlo, pero él algo debió figurarse, pues, de un salto, bajó varios escalones y desapareció, no sin antes emitir unos gritos que retumbaron en toda la escalera. Para colmo de desdicha, la fuga del principal pareció trastornar también por completo al padre, que hasta entonces se había mantenido relativamente sereno; pues, en lugar de precipitarse tras el fugitivo, o por lo menos permitir que así lo hiciera Gregorio, empuñó con la diestra el bastón del principal —que éste no se había cuidado de recoger, como tampoco su sombrero y su abrigo, olvidados en una silla— y, armándose con la otra mano de un

gran periódico, que estaba sobre la mesa, se aprestó, dando fuertes patadas en el suelo, esgrimiendo papel y bastón, a hacer retroceder a Gregorio hasta el interior de su cuarto. De nada le sirvieron a este último sus ruegos, que no fueron entendidos; y, por mucho que volvió sumiso la cabeza hacia su padre, sólo consiguió hacerle redoblar su enérgico pataleo. La madre, por su parte, a pesar del tiempo desapaible, había bajado el cristal de una de las ventanas y, violentamente inclinada hacia afuera, se cubría el rostro con ambas manos. Entre el aire de la calle y el de la escalera se formó una corriente fortísima; las cortinas de la ventana se ahuecaron; sobre la mesa los periódicos se agitaron, y algunas hojas sueltas volaron por el suelo. El padre, inexorable, apremiaba la retirada con silbidos salvajes. Pero Gregorio carecía aún de práctica en la marcha hacia atrás, y la cosa iba muy despacio. ¡Si siquiera hubiera podido volverse! En un dos por tres se hubiese encontrado en su cuarto. Pero temía, con su lentitud en dar la vuelta, impacientarse al padre, cuyo bastón erguido amenazaba deslomarle o abrirle la cabeza. Finalmente, sin embargo, no tuvo más remedio que volverse, pues advirtió con rabia que, marchando para atrás, no le era posible conservar la dirección. Así es que, sin dejar de mirar angustiosamente hacia su padre, inició una vuelta lo más rápidamente que pudo, es decir, con extraordinaria lentitud. El padre debió de percatarse de su buena voluntad, pues dejó de perseguirlo, dirigiendo incluso de lejos con la punta del bastón el movimiento gíatorio. ¡Si al menos hubiese cesado ese irresistible silbido! Esto era lo que a Gregorio le hacía perder por completo la cabeza. Cuando ya iba a terminar la vuelta, aquel silbido lo desorientó, haciéndolo retroceder otro poco. Por fin logró verse frente a la puerta. Pero entonces comprendió que su cuerpo era demasiado ancho para poder franquearla así como así. Al padre, en aquella su actual disposición de ánimo, no se le ocurrió naturalmente abrir la otra hoja para dejar espacio suficiente. Sólo una idea le embargaba: la de que Gregorio debía meterse cuanto antes en su habitación. Tampoco hubiera él permitido nunca los enojosos preparativos que Gregorio necesitaba para incorporarse y, de este modo, pasar por la puerta. Como si no existiese para esto ningún impedimento, lo empujaba, pues, con estrépito creciente. Gregorio sentía tras de sí una voz que parecía imposible fuese la de un padre. ¡Cualquiera se andaba con bromas! Gregorio —pasase lo que pasase— se apretujó en el marco de la puerta. Se irguió de medio lado; ahora yacía atravesado en el umbral, con su costado completamente deshecho. En la nitidez de la puerta se imprimieron unas manchas repulsivas. Gregorio quedó allí atascado, totalmente incapaz de

hacer por sí solo el menor movimiento. Las patitas de uno de los lados colgaban en el aire, y las del otro eran dolorosamente prensadas contra el suelo... En esto, el padre le asestó por detrás un golpe enérgico y salvador, que lo precipitó dentro del cuarto, sangrando en abundancia. Luego, la puerta fue cerrada con el bastón, y todo retornó por fin a la calma.

Hasta el anochecer, no despertó Gregorio de aquel sueño tan pesado, semejante a un desvanecimiento. No habría tardado mucho en despertar por sí solo, pues ya había descansado bastante, pero le pareció que lo despertaba el rumor de unos pasos furtivos y el ruido de la puerta del vestíbulo, cerrada con cuidado. El reflejo del tranvía ponía franjas de luz en el techo de la habitación y la parte superior de los muebles; pero abajo, donde estaba Gregorio, reinaba la oscuridad. Lenta y todavía torpemente, tanteando con sus tentáculos, cuyo valor ya entonces comprendió, se arrastró hasta la puerta para ver lo que había ocurrido. Su lado izquierdo era una única, larga y repugnante lla. Andaba cojeando, alternativa y simétricamente, sobre cada una de sus dos filas de patas. Por otra parte, una de estas últimas, herida en el accidente de la mañana —¡milagro fue que las demás saliesen ilesas!—, colgaba sin vida.

Al llegar a la puerta, comprendió que lo que allí le había atraído era el olor de algo comestible. Encontró una escudilla llena de leche azucarada, en la cual nadaban trocitos de pan blanco. Por poco se echa a reír de alegría, pues tenía aún más hambre que por la mañana. Al momento, sumergió la cabeza en la leche casi hasta los ojos; mas pronto tuvo que retirarla desilusionado, porque no sólo la dolencia de su costado izquierdo le hacía dificultosa la operación (para comer tenía que poner todo el cuerpo en movimiento), sino que, además, la leche, que hasta entonces fuera su bebida predilecta —por eso, sin duda, la había dejado allí la hermana—, no le gustó nada. Se apartó casi con repugnancia de la escudilla, y se arrastró de nuevo hacia el centro de la habitación.

Por la rendija de la puerta vio que el gas estaba encendido en el comedor. Pero, contrariamente a lo que sucedía siempre, no se oía al padre leyendo en voz alta a la madre y a la hermana el diario de la noche. No se sentía el menor ruido. Quizá esta costumbre, de la que siempre le hablaba la hermana en sus cartas, hubiese últimamente desaparecido. Pero todo alrededor estaba silencioso, y eso que, con toda seguridad, la casa no estaba vacía. —¡Qué vida más tranquila parece llevar mi familia! —pensó Gregorio. Y, mientras sus miradas se clavaban en la sombra, se sintió orgulloso de haber podido propor-

cionar a sus padres y hermana tan sosegada existencia, en marco tan lindo. Con pavor pensó que aquella tranquilidad, aquel bienestar y aquella alegría tocaban a su término... Para no dejarse extraviar por estos pensamientos, prefirió agitarse físicamente y comenzó a arrastrarse por el cuarto.

En el curso de la noche se entreabrió una vez una de las hojas de la puerta, y otra vez la otra: alguien, sin duda, necesitaba entrar, y vacilaba. Gregorio, en vista de ello, se paró contra la misma puerta que daba al comedor, dispuesto a atraer hacia el interior al indeciso visitante, o por lo menos averiguar quién era. Mas la puerta no se volvió a abrir, y esperó inútilmente. En las primeras horas de la mañana, cuando se hallaba la puerta cerrada, todos habían tratado de entrar, y ahora que él había abierto una puerta, y que las otras habían sido también abiertas, sin duda, durante el día, ya no venía nadie, y las llaves quedaban por fuera, en las cerraduras.

Muy entrada la noche, se apagó la luz del comedor. Pudo Gregorio comprender por ello que sus padres y su hermana habían velado hasta entonces. Sintió que se alejaban de puntillas. Hasta por la mañana no entraría ya seguramente nadie a verlo; tenía tiempo sobrado para pensar, sin temor a ser importunado, acerca de cómo le convendría ordenar en adelante su vida. Pero aquella habitación fría y de techo alto, en donde había de permanecer echado de bruces, le dio miedo, sin que lograrse explicarse el por qué, pues era la suya, la habitación en que vivía desde hacía cinco años... Bruscamente, y con cierto rubor, se precipitó debajo del sofá, en donde, no obstante sentirse algo estrujado, por no poder levantar la cabeza, se encontró en seguida muy bien, lamentando únicamente no poder introducirse allí por completo a causa de su excesiva corpulencia.

Así permaneció toda la noche, parte en un semisueño, del que le despertaba con sobresalto el hambre, y parte también presa de preocupaciones y esperanzas no muy definidas, pero cuya conclusión era siempre la necesidad, por lo pronto, de tener calma y paciencia y hacer lo posible para que la familia, por su parte, soportase cuantas molestias él, en su estado actual, no podía menos que causar.

Muy temprano —apenas clareaba el día— Gregorio tuvo ocasión de experimentar la fuerza de estas resoluciones. Su hermana, ya casi arreglada, abrió la puerta que daba al recibidor y miró ávidamente hacia el interior. Al principio, no lo vio; pero al divisarlo luego debajo del sofá —¡en algún sitio había de estar, santo Dios! ¡No pudo haber volado!— se asustó tanto, que, sin poderse dominar, volvió a cerrar la puerta. Pero debió arrepentirse de su actitud, pues tornó a abrir

al momento y entró de puntillas, como si fuese la habitación de un enfermo de gravedad o la de un extraño. Gregorio, con la cabeza casi asomada fuera del sofá, la observaba. ¿Repararía en que no había probado la leche y, comprendiendo que ello no era por falta de apetito, le traería de comer algo más adecuado? Pero, si por ella misma no lo hacía, él prefería morir de hambre antes que llamarle la atención sobre esto, no obstante sentir unas ganas tremendas de salir de debajo del sofá, arrojarse a sus pies y suplicarle que le trajese algo bueno de comer. Pero la hermana, asombrada, advirtió de inmediato que la escudilla estaba intacta; únicamente se había vertido un poco de leche. Recogió ésta en seguida; cierto que no con la mano, sino valiéndose de un trapo, y se la llevó. Gregorio sentía una gran curiosidad por ver lo que iba a traerle en sustitución, haciendo respecto de ello muchas y muy distintas conjeturas. Pero nunca hubiera adivinado lo que la bondad de su hermana le reservaba. A fin de ver cuál era su gusto, le trajo un surtido completo de alimentos y los extendió sobre un periódico viejo: allí había legumbres pasadas, un poco podridas; huesos de la cena de la víspera, rodeados de salsa blanca cuajada; pasas y almendras; un trozo de queso, que dos días antes Gregorio había declarado incomible; un panecillo duro; otro untado con mantequilla, y otro con mantequilla y sal. Agregó a esto la escudilla, que por lo visto quedaba destinada para Gregorio definitivamente, pero ahora estaba llena de agua. Y por delicadeza (pues sabía que Gregorio no comería estando ella presente) se alejó lo más pronto que pudo, y echó la llave, sin duda para que Gregorio comprendiese que podía ponerse a sus anchas. Al ir Gregorio a comer, sus patas produjeron como un zumbido. Por otra parte, las heridas debían de haberse curado ya por completo, porque no sintió ninguna molestia; lo cual no dejó de sorprenderle, pues recordó que hacía más de un mes se había herido con un cuchillo en un dedo y que la antevíspera todavía le dolía bastante. —¿Tendré ahora menos sensibilidad que antes? —pensó, mientras comenzaba a chupar con glotonería el queso, que fue lo que primero y con más fuerza le sedujo. Rápidamente, con los ojos arrasados en lágrimas de alegría, devoró sucesivamente el queso, las legumbres y la salsa. En cambio, los alimentos frescos no le gustaban; su olor mismo le era insoportable, hasta el punto de arrastrar lejos aquellas cosas que quería comer.

Ya hacía un rato que había terminado. Se hallaba perezosamente extendido en el mismo sitio, cuando la hermana, para anunciarle, sin duda, que debía retirarse, hizo girar lentamente la llave. A pesar de estar medio dormido, Gregorio se sobresaltó y corrió a ocultarse de

nuevo debajo del sofá. Pero quedarse allí, aunque sólo el poco tiempo en que la hermana permaneció en el cuarto, le costó ahora un gran esfuerzo; pues, a consecuencia de la abundante comida, su cuerpo se había abultado y apenas si podía respirar en aquel reducido espacio. Presa de un leve ahogo miraba, con los ojos un poco salidos de sus órbitas, a su hermana, completamente ajena a lo que le sucedía, barrer con una escoba, no sólo los restos de la comida, sino también los alimentos que Gregorio no había siquiera tocado, como si éstos no pudiesen ya aprovecharse. Y vio también cómo lo arrojaba todo violentamente a un cubo, que cerró luego con una tapa de madera, llevándose por fin. Apenas se hubo marchado, Gregorio salió de su escondrijo, se despezó y respiró.

De esta manera recibió Gregorio diariamente su comida; una vez por la mañana, cuando todavía dormían los padres y la criada, y otra después del almuerzo, mientras los padres sesteaban un rato y la criada salía a algún recado, a que la mandaba la hermana. Seguramente no querían tampoco ellos que Gregorio muriese de hambre; pero tal vez no hubieran podido soportar el espectáculo de su manera de comer, y era mejor que sólo tuviesen una idea por lo que les dijera la hermana. Tal vez también quería ésta ahorrarles una pena más, sobre lo que ya sufrían.

A Gregorio le fue completamente imposible averiguar con qué disculpas habían despedido aquella mañana al médico y al cerrajero. Como no se hacía comprender por nadie, nadie pensó, ni siquiera la hermana, que él pudiese comprender a los demás. No le quedó, pues, otro remedio que contentarse, cuando la hermana entraba en su cuarto, con oír la gemir e invocar a todos los santos. Más adelante, cuando ella se acostumbró un poco a este nuevo estado de cosas (no puede, naturalmente, suponerse que se acostumbrase por completo), pudo Gregorio advertir en ella alguna intención amable, o, por lo menos, algo que se podía considerar como tal. —Hoy sí que le ha gustado —decía, cuando Gregorio había comido opíparamente; mientras que en el caso contrario, cada vez más frecuente, solía decir casi con tristeza:

—Vaya, hoy lo ha dejado todo.

Mas, aun cuando Gregorio no podía saber directamente ninguna noticia, prestó atención a lo que sucedía en las habitaciones contiguas, y tan pronto como sentía voces, corría hacia la puerta que correspondía al lado de donde provenían y se pegaba a ella cuan largo era. Particularmente en los primeros tiempos, todas las conversaciones se referían a él, aunque no claramente. Durante dos días, en todas

las comidas hubo deliberaciones acerca de la conducta que correspondía observar en adelante. Mas también fuera de las comidas se hablaba de lo mismo, pues como ninguno de los miembros de la familia quería permanecer solo en casa, y como tampoco querían dejar ésta abandonada, siempre había allí por lo menos dos personas. Ya el primer día, la criada —por cierto que todavía no se sabía exactamente hasta qué punto estaba enterada de lo ocurrido— le había rogado de rodillas a la madre que la despidiese en seguida, y al marcharse, un cuarto de hora después, agradeció con lágrimas en los ojos el gran favor que se le hacía, y, sin que nadie se lo pidiese, se comprometió, con los más solemnes juramentos, a no contar a nadie absolutamente nada.

La hermana tuvo que ponerse a cocinar con la madre; lo que, en realidad, no le daba mucho trabajo, pues apenas y comían. Gregorio los oía continuamente animarse en vano unos a otros a comer, siendo un «gracias, tengo bastante», u otra frase por el estilo, la respuesta invariable a estos requerimientos. Tampoco bebían casi nada. Con frecuencia la hermana preguntaba al padre si quería cerveza, brindándose a ir ella misma a buscarla. Callaba el padre, y entonces ella añadía que también podían mandar a la portera. Pero el padre respondía finalmente un «no» que no admitía réplica, y no se hablaba más del asunto.

Ya el primer día expuso el padre a la madre y a la hermana la verdadera situación económica de la familia y las perspectivas que ante ésta se abrían. De vez en cuando se levantaba de la mesa para buscar en su pequeña caja de caudales —salvada de la quiebra cinco años antes— algún documento o libro de notas. Se oía el ruido de la complicada cerradura al abrirse o volverse a cerrar, después de haber sacado el padre lo que buscaba. Estas explicaciones fueron, en cierto modo, la primera noticia agradable que le fue dado oír a Gregorio desde su encierro. Él siempre había creído que a su padre no le quedaba absolutamente nada del antiguo negocio. El padre, al menos, nada le había dicho que pudiese contrariar esta idea. Verdad es que tampoco Gregorio le había preguntado nada sobre el particular. Por aquel entonces, Gregorio sólo había pensado en poner cuantos medios estuviesen a su alcance para hacer olvidar a los suyos, lo más rápidamente posible, la desgracia mercantil que los hundiera a todos en la más completa desesperación. Por eso él había empezado a trabajar con tal empeño, transformándose rápidamente, de dependiente sin importancia en todo un viajante de comercio, con mayores posibilidades de ganar dinero, y cuyos éxitos profesionales se evidenciaban de inme-

diato bajo la forma de comisiones contantes y sonantes, puestas sobre la mesa familiar ante el asombro y la alegría de todos. Fueron aquellos, tiempos verdaderamente hermosos. Pero no se habían repetido, al menos con igual esplendor, no obstante llegar más tarde Gregorio a ganar lo suficiente para llevar por sí solo el peso de toda la casa. La costumbre, tanto en la familia, que recibía agradecida el dinero de Gregorio, como en éste, que lo entregaba con gusto, hizo que aquella primera sorpresa y alegría no volviesen a producirse con el mismo calor. Únicamente la hermana permaneció siempre estrechamente unida a Gregorio, y como, contrariamente a éste, era muy aficionada a la música y tocaba el violín con mucha alma, Gregorio alimentaba la secreta esperanza de mandarla el año próximo al Conservatorio, sin reparar en los gastos que esto habría forzosamente de ocasionar, y de los cuales ya se resarciría por otro lado. Durante las breves estadias de Gregorio junto a los suyos, la palabra «Conservatorio» sonaba a menudo en las charlas con la hermana, pero siempre como añoranza de un lindo sueño, en cuya realización era casi imposible pensar. A los padres, estos ingenuos proyectos no les hacían ninguna gracia; pero Gregorio pensaba muy seriamente en ello, y tenía decidido anunciarlo solemnemente la noche de Navidad.

Todos estos pensamientos, por completo inútiles ya, se agitaban en su mente mientras él, pegado a la puerta, oía lo que se decía al lado. De en cuando en cuando, la fatiga le impedía prestar atención, y dejaba caer con cansancio la cabeza contra la puerta. Pero pronto volvía a erguirla, pues, incluso el levísimo ruido que este gesto suyo originaba, era oído en la habitación de al lado, haciendo enmudecer a todos.

—Pero ¿qué hará esta vez? —decía al rato el padre, mirando sin duda hacia la puerta.

Y, pasados unos momentos, reanudaban la interrumpida conversación.

De este modo supo Gregorio, con gran placer —el padre repetía y recalca sus explicaciones, en parte porque hacía tiempo que él mismo no se había ocupado de aquellos asuntos, y en parte también porque la madre tardaba en entenderlos—, que, a pesar de la desgracia, aún les quedaba algún dinero del antiguo esplendor; verdad es que no demasiado, pero algo había ido aumentando desde entonces, gracias a los intereses intactos. Además, el dinero entregado por Gregorio todos los meses —él se reservaba únicamente una ínfima cantidad— no se gastaba por completo, y había ido a su vez formando un modesto capital. A través de la puerta, Gregorio aprobaba con la

cabeza, contento de esta inesperada previsión e insospechado ahorro. Cierto que con este dinero sobrante podía él haber pagado poco a poco la deuda que su padre tenía con el jefe, y haberse visto libre de ella mucho antes de lo que creyera; pero ahora resultaban sin duda mejor las cosas tal como su padre las había dispuesto.

Ahora bien, este dinero no alcanzaba para permitir a la familia vivir con holgura de sus rentas; a lo sumo, tendrían para uno o dos años. Para más tiempo ¡ni pensarlo! Por tanto, éste era un capital al que en realidad no se debía tocar, y que convenía conservar para un caso de necesidad. El dinero para ir viviendo no había más remedio que ganarlo. Pero ocurría que el padre, aunque estaba bien de salud, ya era viejo y llevaba cinco años sin trabajar; por lo tanto, poco podía esperarse de él: en estos cinco años que habían constituido los primeros ocios de su laboriosa, pero fracasada existencia, había asimilado mucha grasa, y se había puesto excesivamente gordo. ¿Le incumbiría acaso trabajar a la madre, que sufría de asma, que se fatigaba con sólo andar un poco por casa, y que un día sí y otro también tenía que tenderse en el sofá, con la ventana abierta de par en par, porque le faltaba la respiración? ¿Le correspondería a la hermana, todavía una niña, con sus diecisiete años, y cuya envidiable existencia había consistido, hasta entonces, en ponerse elegante, dormir todo lo que le pedía el cuerpo, ayudar en los quehaceres domésticos, participar en alguna que otra modesta diversión, y, sobre todo, tocar el violín?

Cada vez que la conversación se detenía en esta necesidad de ganar dinero, Gregorio abandonaba la puerta y, lleno de pena y de vergüenza, se arrojaba sobre el fresco sofá de cuero. A menudo se pasaba allí toda la noche, sin pegar un ojo, arañando el cuero hora tras hora. A veces también se tomaba el trabajo excesivo de empujar una butaca hasta la ventana, y, trepando por el alféizar, permanecía de pie en la butaca y apoyado en la ventana, sumido, sin duda, en sus recuerdos, pues antaño le interesaba siempre mirar por aquella ventana.

Poco a poco, las cosas más cercanas se le dibujaban con menos claridad. El hospital de enfrente, cuya vista había maldecido a menudo, ya no lo distinguía; y, de no haber sabido, sin que ello pudiese dejar lugar a dudas, que vivía en una calle tranquila, aunque completamente urbanizada, hubiera podido creer que su ventana daba a un desierto, en el cual el cielo y la tierra, igualmente grises, se fundían.

Sólo dos veces pudo advertir la hermana, siempre vigilante, que la butaca se encontraba junto a la ventana. Y ya, al arreglar la habitación, ella misma acercaba la butaca. Más aún, dejaba abiertos los primeros dobles cristales.

De haber siquiera podido Gregorio conversar con su hermana; de haberle podido dar las gracias por cuanto por él hacía, le hubieran sido más leves estos trabajos que ocasionaba, y que de este modo tanto le hacían sufrir. Sin duda, la hermana hacía cuanto podía por borrar lo doloroso de la situación, y, a medida que transcurría el tiempo, iba consiguiéndolo mejor, como es natural. Pero también Gregorio, a medida que pasaban los días, lo veía todo con mayor claridad.

Ahora, la entrada de la hermana era para él algo terrible. Apenas dentro de la habitación, y sin cuidarse siquiera de cerrar previamente las puertas, como antes, para ocultar a todos la vista del cuarto, corría derecho a la ventana, y la abría violentamente, como si se hallase a punto de asfixiarse; y hasta cuando el frío era intenso, permanecía allí un rato, respirando con fuerza. Tales carreras y estrépitos alarmaban a Gregorio dos veces por día. Y, aunque estaba seguro de que ella le hubiese evitado con gusto estas molestias, de haberle sido posible estar con las ventanas cerradas en la habitación, se quedaba temblando bajo el sofá todo el tiempo que duraba la visita.

Un día —ya había transcurrido un mes desde la metamorfosis, y no tenía, por lo tanto, la hermana ningún motivo especial para sorprenderse de la apariencia de Gregorio— entró algo más temprano que de costumbre y se encontró a éste mirando inmóvil por la ventana, pero ya dispuesto a asustarse. No le hubiera extrañado que su hermana no entrase, pues él, en la actitud en que estaba, le impedía abrir inmediatamente la ventana. Pero, no sólo no entró, sino que retrocedió y cerró la puerta: un extraño hubiera creído que Gregorio la acechaba para morderla. Claro es que Gregorio se escondió de inmediato debajo del sofá, pero hubo de esperar hasta el mediodía antes de ver regresar a su hermana, más intranquila que de costumbre. Ello le dio a entender que su vista seguía siendo insoportable a la hermana, que lo seguiría siendo, y que ésta había de hacer un gran esfuerzo de voluntad para no salir corriendo al divisar la pequeña parte del cuerpo que sobresalía por debajo del sofá. Y, a fin de ahorrarle incluso esto, transportó un día sobre sus espaldas —trabajo para el cual precisó cuatro horas— una sábana hasta el sofá, y la dispuso de modo que lo tapara por completo y que ya la hermana no pudiese verlo, por mucho que se agachase.

Si a ella no le hubiera parecido conveniente este arreglo, hubiese quitado la sábana, pues era fácil comprender que, para Gregorio, aislarse no constituía ningún placer. Mas dejó la sábana como estaba, e incluso Gregorio, al levantar sigilosamente con la cabeza una punta

de ésta para ver cómo la hermana reaccionaba ante la nueva disposición, creyó adivinar una mirada de gratitud.

Durante las dos primeras semanas, no pudieron los padres decidirse a entrar a verlo. Él los oyó a menudo ensalzar los trabajos de la hermana, cuando hasta entonces solían, por el contrario, reñirle, por parecerles una jovencita, como quien dice, inútil. Con frecuencia, el padre y la madre esperaban ante la habitación de Gregorio, mientras la hermana la arreglaba, y, en cuanto salía, había de contarles exactamente cómo estaba el cuarto, lo que había comido, cuál había sido su actitud, y si se advertía en él alguna mejoría.

La madre, es cierto, quiso visitarlo en seguida, y entonces el padre y la hermana la detuvieron con razones que Gregorio escuchó con la mayor atención, y aprobó por entero. Pero más adelante fue menester impedirselo por la fuerza, y cuando exclamaba: «¡Dejadme entrar a ver a Gregorio! ¡Pobre hijo mío! ¿No comprendéis que necesito entrar a verlo?», Gregorio pensaba que tal vez conviniera que su madre entrase, claro que no todos los días, pero, por ejemplo, una vez a la semana: ella era mucho más comprensiva que la hermana, quien, a pesar de todo su valor, no dejaba de ser, al fin y al cabo, sólo una niña, que quizá sólo por ligereza infantil se había echado sobre los hombros tan penosa carga.

Poco había de tardar en realizarse el deseo de Gregorio de ver a su madre. Durante el día, por consideración a sus padres, no se asomaba a la ventana. Pero... poco era lo que podía arrastrarse por aquellos dos metros cuadrados de suelo. Descansar en paz no le era fácil por la noche. La comida pronto dejó de producirle la menor alegría, y para distraerse fue tomando la costumbre de trepar zigzagueando por las paredes y el techo. En el techo, particularmente, era donde más a gusto se encontraba; aquello no tenía nada que ver con estar echado en el suelo; allí se respiraba mejor, el cuerpo se sentía agitado por una ligera vibración. Pero aconteció que Gregorio, casi feliz y al mismo tiempo divertido, se desprendió del techo, con gran sorpresa suya, y se fue a estrellar contra el suelo. Mas, como puede suponerse, su cuerpo había adquirido una resistencia mucho mayor que antes y, pese a la fuerza del golpe, no se lastimó.

La hermana advirtió muy pronto el nuevo entretenimiento de Gregorio —tal vez dejase éste al trepar, acá y allá, rastros de su baba— se imaginó al punto facilitarle en todo lo posible los medios para trepar, quitando los muebles que lo impedían y, principalmente, el baúl y la mesa de escribir. Pero esto no podía llevarlo a cabo ella sola; tampoco se atrevía a pedir ayuda al padre; y en cuanto a la criada,

era inútil pretender contar con ella, pues esta moza, de unos sesenta años, aunque se había mostrado valiente desde la despedida de su antecesora, había suplicado, como favor especial, que le fuese permitido mantener siempre cerrada la puerta de la cocina, y no abrirla sino cuando la llamasen. Por lo tanto, sólo quedaba el recurso de buscar a la madre, y eso siempre que el padre estuviera ausente.

La madre acudió dando gritos de júbilo. Pero se quedó muda en la misma puerta. Como es natural, la hermana se cercioró de que todo estaba en orden, y sólo luego la dejó pasar. Gregorio se había dado prisa en bajar la sábana más de lo habitual, de modo que formara abundantes pliegues. La sábana parecía efectivamente haber sido tirada allí por casualidad. También se guardó esta vez de espiar por debajo; renunció a ver a su madre, gozoso únicamente de que ésta, por fin, hubiese venido.

—Entra, que no se le ve —dijo la hermana, que sin duda conducía a la madre por la mano.

Y Gregorio oyó cómo las dos frágiles mujeres retiraban de su sitio el viejo y pesado baúl, y cómo la hermana, siempre animosa, tomaba sobre sí la mayor parte del trabajo, sin hacer caso de las advertencias de la madre, que temía se fatigase demasiado.

La operación duró bastante; verdad es que, al cabo de un cuarto de hora, la madre dijo que sería mejor dejar el baúl donde estaba, en primer lugar porque era muy pesado, y no acabarían antes del regreso del padre y, además porque, estando el baúl en medio de la habitación, le cortaría el paso a Gregorio, y, en fin, porque no era seguro que a Gregorio le agradara que se retirasen los muebles. A ella le parecía precisamente que debía de ser todo lo contrario. La vista de las paredes desnudas le oprimía el corazón. ¿Por qué no había de sentir Gregorio la misma sensación, ya que estaba acostumbrado a los muebles de su cuarto? ¿Quién dice que no se sentiría como abandonado en la habitación vacía?

—¿Y no parecería entonces —continuó casi en un susurro, como si quisiese evitarle a Gregorio que no sabía exactamente donde se encontraba, hasta el sonido de su voz, porque estaba segura de que no comprendía las palabras—, no parecería entonces que, al quitar los muebles, renunciábamos a toda esperanza de mejoría, y que lo abandonábamos sin consideración alguna a su suerte? Yo creo que lo mejor sería dejar el cuarto como estaba, para que Gregorio, al regresar de nuevo entre nosotros, lo encuentre todo en el mismo estado y pueda olvidar este paréntesis más fácilmente.

Al oír estas palabras de la madre, comprendió Gregorio que la carencia de toda relación humana directa, unida a la monotonía de la existencia que llevaba entre los suyos, había debido trastornar su inteligencia en aquellos dos meses, pues, de otro modo, no podía explicarse que él hubiese deseado ver su habitación vacía.

¿Es que él deseaba de verdad que se cambiase su cómoda habitación, confortable y dispuesta con muebles de familia, por un desierto en el cual hubiera podido, es verdad, trepar en todas las direcciones sin el menor impedimento, pero en el que se hubiera al mismo tiempo olvidado, rápida y completamente, de su pasada condición humana?

Ya estaba ahora muy cerca de olvidarse de ésta, y únicamente le había conmovido la voz de la madre, no oída desde hacía tiempo. No, no había que retirar nada; todo tenía que permanecer tal cual; no era posible prescindir de la bienhechora influencia que los muebles ejercían sobre él y, aunque éstos impedían su libre desenvolvimiento, ello, en todo caso antes que un perjuicio, debía ser considerado como una gran ventaja.

Lamentablemente, la hermana no compartía esta opinión y, como se había acostumbrado —cierto es que no sin motivo— a actuar como perito frente a los padres en todo lo que se refería a Gregorio, le bastó la idea expuesta por la madre para declarar insistentemente que, no sólo debían ser retirados de allí el baúl y la mesa, en los que al principio únicamente había pensado, sino incluso todos los demás muebles, a excepción del indispensable sofá.

Claro está que a ello no la impulsaban únicamente su testarudez infantil y esa confianza en sí misma, repentina y difícilmente adquirida en los últimos tiempos; también había observado que Gregorio, además de necesitar mucho espacio para arrastrarse y trepar, no utilizaba los muebles lo más mínimo, y acaso también, con aquel entusiasmo propio de las muchachas de su edad, anheloso siempre de una ocasión que le permita lucirse, se dejó llevar secretamente por el deseo de aumentar lo pavoroso de la situación de Gregorio, a fin de poder hacer por él más aún de lo que hasta ahora hacía. Y es que en un cuarto en el cual Gregorio hubiese aparecido completamente solo entre las paredes desnudas, seguramente no se atrevería a entrar ningún ser humano que no fuera Grete.

No le fue, pues, posible a la madre hacerla desistir de su proyecto y, como en aquel cuarto sentía una gran desazón, no tardó en callarse y en ayudar a la hermana, con todas sus fuerzas, a sacar el baúl. Bueno, del cofre, en caso necesario, Gregorio podía prescindir; pero la mesa tenía que quedarse allí. Apenas hubieron abandonado el cuarto las

dos mujeres, llevándose el cofre, al que se agarraban gimiendo, sacó Gregorio la cabeza de debajo del sofá para ver el modo de intervenir con la mayor consideración y todas las precauciones posibles. Desgraciadamente, fue la madre la primera en volver, mientras Grete, en la habitación contigua, seguía agarrada al cofre, zarandeándolo de un lado a otro, aunque sin lograr cambiarlo de lugar. La madre no estaba acostumbrada a la vista de Gregorio; podía enfermarse al verlo de pronto; así es que Gregorio, asustado, retrocedió a toda velocidad hasta el otro extremo del sofá; pero demasiado tarde para evitar que la sábana que lo ocultaba se agitase un poco, lo cual bastó para llamar la atención de la madre. Ésta se detuvo en seco, se quedó perpleja, y volvió junto a Grete.

Aunque Gregorio se repetía continuamente que con toda seguridad no había de acontecer nada extraordinario, y que sólo algunos muebles serían cambiados de sitio, no pudo menos que impresionarlo aquel ir y venir de las mujeres, las llamadas que una a otra se dirigían, el rayar de los muebles en el suelo; en una palabra, aquella confusión que reinaba en torno suyo; y, encogiéndose cuanto pudo la cabeza y las piernas, aplastando el vientre contra el suelo, hubo de confesarse, ya sin miramientos de ninguna clase, que no le sería posible soportarlo mucho tiempo.

Le vaciaban su cuarto, lo despojaban de cuanto él amaba; ya se habían llevado el baúl en que guardaba la sierra y las demás herramientas; ya movían aquella mesa sólidamente empotrada en el suelo, y en la cual, cuando estudiaba la carrera de comercio, cuando cursaba el grado e incluso cuando iba a la escuela, había escrito sus temas... Sí; no tenía ya ni un minuto que perder para enterarse de las buenas intenciones de las dos mujeres, cuya existencia, por lo demás, había casi olvidado, pues, rendidas por el cansancio, trabajaban en silencio, y sólo se escuchaba el rumor de sus pasos cansados.

Así fue como —en el mismo instante en que las mujeres, en la habitación contigua, se recostaban en la mesa escritorio para tomar aliento—, salió de repente de su escondrijo, cambiando hasta cuatro veces la dirección de su marcha. No sabía en verdad qué hacer primero. En esto, le llamó la atención, en la pared ya desnuda, el retrato de la dama envuelta en pieles. Trepó precipitadamente hasta allí y se agarró al cristal, cuyo contacto calmó el ardor de su vientre. Al menos esta estampa que él cubría ahora por completo, no se la quitarían. Y volvió la cabeza hacia la puerta del comedor, para observar la entrada de las dos mujeres.

La verdad es que éstas no se habían concedido mucha tregua. Ya estaban allí de nuevo, rodeando Grete a la madre con el brazo, y casi sosteniéndola.

—Bueno, y ahora ¿qué nos llevamos? —dijo Grete mirando en derredor.

En esto, sus miradas se cruzaron con las de Gregorio, pegado a la pared. Grete logró dominarse, cierto es que únicamente a causa de la presencia de la madre, y se inclinó hacia ésta, para ocultarle la vista de lo que había alrededor. Luego dijo, aturdida y temblorosa:

—Ven, ¿no prefieres que vayamos un momento al comedor?

A Gregorio, la intención de Grete no dejaba lugar a dudas: quería poner a salvo a la madre, y, después, echarlo abajo de la pared. Bueno, ¡pues que intentase hacerlo! Él seguía aferrado a su estampa, y no cedería. Antes prefería saltarle a Grete a la cara.

Pero las palabras de ella sólo habían logrado inquietar a la madre. Ésta se echó a un lado; divisó aquella gigantesca mancha oscura sobre el floreado papel de la pared y, antes de poder darse siquiera cuenta de que aquello era Gregorio, gritó con voz aguda:

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!

Y se desplomó sobre el sofá, con los brazos extendidos, como si todas sus fuerzas la abandonasen, quedando allí sin movimiento.

Y se desvaneció. —¡Cuidado, Gregorio! —gritó la hermana con el puño en alto y la mirada firme.

Eran éstas las primeras palabras que le dirigía directamente después de la metamorfosis. Pasó a la habitación contigua, en busca de algo que dar a la madre para hacerla volver en sí.

Gregorio hubiera querido ayudarla —para salvar la estampa todavía había tiempo—, pero se hallaba pegado al cristal, y hubo de desprenderse de él violentamente. Después de lo cual, se dirigió también a la habitación contigua, cual si le fuese posible, como antaño, dar algún consejo a la hermana. Mas hubo de contentarse con permanecer quieto detrás de ella.

Ella, entretanto, revolvía entre diversos frascos; al volverse, se asustó, dejó caer al suelo una botella, que se rompió, y un fragmento hirió a Gregorio en la cara, llenándosela de un líquido corrosivo. Grete, sin detenerse, tomó tantos frascos como pudo llevarse y entró en el cuarto de Gregorio, cerrando tras de sí la puerta con el pie. Gregorio se encontró, pues, completamente distanciado de la madre, la cual, por su culpa, se hallaba quizá en trance de muerte. ¡Y él no podía abrir la puerta si no quería echar de allí a la hermana, cuya pre-

sencia, junto a la madre, era necesaria; y, en consecuencia, no le quedaba más remedio que esperar!

Presa de inquietud y de remordimiento, comenzó a trepar por todas las paredes, los muebles y el techo y, finalmente, cuando ya la habitación comenzaba a dar vueltas en torno suyo, se dejó caer con desesperación encima de la mesa.

Así transcurrieron unos instantes. Gregorio yacía extenuado; todo en derredor callaba, lo cual era tal vez buena señal. En esto, llamaron. La criada estaba como siempre encerrada en su cocina, y Grete tuvo que salir a abrir. Era el padre.

—¿Qué es lo que ha ocurrido?

Estas fueron sus primeras palabras. El aspecto de Grete se lo había revelado todo. Grete ocultó su cara en el pecho del padre y, con voz sorda, declaró:

—Madre se ha desmayado, pero ya está mejor. Gregorio se ha escapado.

—Lo esperaba —dijo el padre—. Siempre os lo dije, pero vosotras, las mujeres, nunca queréis hacer caso.

Gregorio comprendió que el padre, al oír las noticias que Grete le daba a boca de jarro, había entendido mal, y se figuraba, sin duda, que él había cometido algún acto de violencia. Necesitaba, por lo tanto, apaciguar al padre, pero no tenía ni tiempo ni medios para aclararle lo ocurrido. Se precipitó hacia la puerta de su habitación, aplastándose contra ella, para que el padre, no bien entrase, comprendiese que Gregorio tenía intención de regresar de inmediato a su cuarto, y que no sólo no era necesario empujarlo hacia adentro, sino que bastaba con abrirle la puerta para que desapareciese.

Pero el estado de ánimo del padre no era el más indicado para advertir tales sutilezas.

—¡Ay! —gritó, al entrar, con un tono a un tiempo furioso y triunfante. Gregorio apartó la cabeza de la puerta, y la alzó hacia su padre. Todavía no se había presentado a éste en su nuevo estado. Verdad es también que, en los últimos tiempos, ocupado por entero en establecer su nuevo sistema de arrastrarse por doquier, había dejado de preocuparse como antes de lo que sucedía en el resto de la casa; y que, por lo tanto, debía haberse preparado para encontrar las cosas cambiadas.

Pero, pese a todo, ¿aquel hombre era realmente su padre? ¿Era éste aquel hombre que, antaño, cuando Gregorio se preparaba a emprender un viaje de negocios, permanecía fatigado en la cama? ¿Aquel mismo hombre que, al regresar a casa lo recibía en bata, hundido en

su sillón, y que, por no estar en condiciones de levantarse, se contentaba con alzar los brazos en señal de alegría? ¿Aquel mismo hombre que, en los raros paseos dados en común, algunos domingos o en las fiestas principales, entre Gregorio y la madre, cuyo paso ya de por sí era lento, pero que entonces se acertaba todavía más, avanzaba envuelto en su viejo abrigo, apoyándose con sumo cuidado en el bastón, y que solía pararse cada vez que quería decir algo, obligando a los demás a formar rueda a su alrededor?

Pero no, ahora se le veía derecho y firme, con un severo uniforme azul con botones dorados, como el que usan los ordenanzas de los bancos. Sobre el rígido y alto cuello se derramaba la papada; bajo las cejas pobladas, los negros ojos despedían una mirada atenta y fija, y el cabello blanco, siempre desmelenado hasta entonces, aparecía brillante y dividido por una raya primorosamente sacada.

Tiró sobre el sofá la gorra, que ostentaba un monograma dorado —probablemente de algún Banco— y, trazando una curva, atravesó toda la habitación, dirigiéndose con cara torva hacia Gregorio, con las manos en los bolsillos del pantalón, y los faldones de su larga levita de uniforme recogidos hacia atrás. Él mismo no sabía lo que iba a hacer; mas levantó los pies a una altura poco común, y Gregorio quedó asombrado de las enormes proporciones de sus suelas. Empero, esta actitud no le enojó, pues ya sabía, desde el primer día de su nueva vida, que al padre la mayor severidad le parecía poca con respecto al hijo. Echó, pues, a correr delante de su progenitor, deteniéndose cuando éste lo hacia y emprendiendo nueva carrera en cuanto lo veía reiniciar un movimiento.

Así dieron varias veces la vuelta a la habitación, sin llegar a nada decisivo. Es más, sin que esto, debido a las dilatadas pausas, tuviese el aspecto de una persecución. Por lo mismo, Gregorio prefirió no alejarse del suelo: temía que el padre tomase su huida por las paredes o por el techo como un refinamiento de maldad.

Mas no tardó mucho en comprender que aquellas carreras no podían durar demasiado, porque, mientras su padre daba un paso, él debía efectuar un sinnúmero de movimientos, y su respiración se tornaba agitada. Ciertamente es que tampoco en su anterior estado podía tener confianza en sus pulmones.

Se tambaleó un poco, intentando concentrar todas sus fuerzas para emprender nuevamente la fuga. Apenas podía tener los ojos abiertos; en su azoramiento, no pensaba en otra salvación posible que la que le proporcionase seguir corriendo, y ya casi se había olvidado de que las paredes estaban completamente libres; a pesar de hallarse

atestadas de muebles esmeradamente tallados, que amenazaban por doquier con sus ángulos y sus puntas...

En esto, algo diestramente lanzado cayó justo a su lado, y rodó ante él; era una manzana, a la que pronto hubo de seguir otra. Gregorio, atemorizado, no se movió: era inútil continuar corriendo, pues el padre había resuelto bombardearlo. Se había llenado los bolsillos con el contenido del frutero que estaba sobre el aparador, y arrojaba una manzana tras otra, aunque sin lograr por el momento dar en el blanco.

Las manzanitas rojas rodaban por el piso, como electrizadas, tropezando unas con otras. Una de ellas, lanzada con mayor destreza, rozó la espalda de Gregorio, pero se deslizó por ella sin causarle daño. En cambio, la siguiente le asestó un golpe certero, y, aunque intentó huir, como si aquel intolerable dolor pudiese desvanecerse al cambiar de sitio, le pareció que lo clavaban en donde estaba, y quedó allí despatarrado, perdiendo la noción de cuanto sucedía a su alrededor.

Su última mirada lo enteró aún de cómo la puerta de su habitación se abría con violencia, y pudo ver asimismo a la madre corriendo en camisa —pues Grete la había desnudado para hacerla volver de su desmayo— delante de la hermana que gritaba; luego vio a la madre precipitándose hacia el padre, perdiendo en el camino una tras otra sus faldas desanudadas, y por fin, después de tropezar con éstas, llegar hasta donde el padre estaba, abrazarse estrechamente a él...

Y Gregorio, ya con la vista nublada, sintió por último cómo su madre, con las manos cruzadas en la nuca del padre, le rogaba que perdonase la vida al hijo.

Aquella herida tan grave, de la cual tardó más de un mes en curar —nadie se atrevió a quitarle la manzana, que así quedó empotrada en su carne, como visible testimonio de lo ocurrido—, pareció recordar, incluso al padre, que Gregorio, pese a lo triste y repulsivo de su forma actual, era un miembro de la familia, a quien no se debía tratar como a un enemigo, sino, por el contrario, con todos los respetos, y que era un elemental deber de familia sobreponerse a la repugnancia y resignarse. Resignarse y nada más.

Gregorio, por su parte, aun cuando a causa de su herida había perdido, acaso para siempre, el libre juego de sus movimientos; aun cuando ahora necesitaba, cual un anciano impedido, varios e interminables minutos para cruzar su habitación —trepar hacia lo alto, ya ni pensarlo—, Gregorio tuvo, en aquel empeoramiento de su estado, una compensación que le pareció suficiente: por la tarde, la puerta del comedor, en la cual tenía ya fija la mirada desde una o dos horas

antes, se abría, y él, echado en su habitación, a oscuras, invisible para los demás, podía contemplar a toda la familia alrededor de la mesa iluminada, y escuchar las conversaciones, como quien dice, con el consentimiento general, o sea, ya de un modo muy distinto. Claro está que tales conversaciones no eran, ni con mucho, aquellas charlas animadas de otros tiempos, que Gregorio añoraba en los reducidos aposentos de las posadas y en las que pensaba con ardiente afán al arrojarse fatigado sobre la húmeda ropa de la cama extraña. Ahora, la mayor parte de las veces, la velada transcurría monótona y triste. Poco después de cenar, el padre se dormía en su sillón, y la madre y la hermana quedaban en silencio. La madre, inclinada junto a la luz, cosía ropa blanca fina para una tienda, y la hermana, que se había colocado de vendedora, estudiaba por las noches taquigrafía y francés, a fin de lograr quizá con el tiempo un puesto mejor que el actual. De cuando en cuando, el padre despertaba y, como si no se diese cuenta de haber dormido, le decía a la madre: «¡Cuánto cosas hoy también!» Y se volvía a dormir, mientras la madre y la hermana, rendidas de cansancio, cambiaban una sonrisa.

El padre se negaba obstinadamente a despojarse, aun en casa, de su nuevo uniforme de ordenanza. Y mientras la bata, ya inútil, colgaba de la percha, dormitaba perfectamente uniformado, como si quisiese hallarse siempre dispuesto a prestar servicio, o esperase oír hasta en su casa la voz de alguno de sus jefes. Con lo cual el uniforme, que ya al principio no era nuevo, perdió rápidamente su pulcritud, a pesar del cuidado de la madre y de la hermana. Y Gregorio, con frecuencia, se pasaba horas con la mirada fija en ese traje lustroso, lleno de manchas, pero con los botones dorados siempre brillantes, dentro del cual el viejo se dormía incómodo pero tranquilo.

Al dar las diez, la madre intentaba despertar al padre exhortándolo dulcemente a marcharse a la cama, queriendo convencerlo de que aquello no era dormir de veras, cosa que él tanto necesitaba, pues ya a las seis había de comenzar su servicio. Mas el padre, con la obstinación que se había apoderado de él desde que era ordenanza, insistía en querer permanecer más tiempo a la mesa, no obstante dormirse allí invariablemente. y costaba mucho trabajo moverlo del sillón a la cama. Pese a todos los razonamientos de la madre y la hermana, él seguía en el sillón con los ojos cerrados, dando lentas cabezadas hora tras hora, y no se levantaba. La madre lo sacudía de la manga deslizándole en el oído palabras cariñosas; la hermana abandonaba su tarea para ayudarla. Pero de nada servía esto, pues el padre se hundía más hondo en su sillón y no abría los ojos hasta que las dos mujeres le

asían por debajo de los brazos. Entonces miraba a una y a otra, y solía exclamar:

—¡Sí que es una vida! ¡Éste es el sosiego de mis últimos años!

Y penosamente, como si la suya fuese la carga más pesada, se ponía en pie, apoyándose en la madre y la hermana, se dejaba acompañar de esta manera hasta la puerta, les indicaba allí con un gesto que ya no las necesitaba, y seguía solo su camino, mientras la madre arrojaba rápidamente sus útiles de costura y la hermana sus plumas, para correr tras él y continuar ayudándole.

¿Quién, en aquella familia cansada, deshecha por el trabajo, hubiera podido dedicar a Gregorio algún tiempo más que el estrictamente necesario? Los lujos de la casa se redujeron cada vez más. Fue despedida la criada, sustituyéndola en los trabajos más pesados una sirvienta, una especie de gigante huesudo, con un nimbo de cabellos blancos en torno de la cabeza, que venía un rato por la mañana y otro por la tarde, siendo la madre quien hubo de sumar, a su ya nada corta labor de costura, todos los demás quehaceres. Hubieron, incluso, de venderse varias alhajas que poseía la familia, y que, en otros tiempos, habían lucido gozosas la madre y la hermana en fiestas y reuniones. Así lo averiguó Gregorio una noche, por la conversación acerca del resultado de la venta. Pero el mayor motivo de lamentación consistía siempre en la imposibilidad de dejar aquel piso demasiado grande ya en las actuales circunstancias; pues no había modo alguno de transportar a Gregorio. Pero bien comprendía éste que él no era el verdadero impedimento para la mudanza, ya que se le podía haber transportado fácilmente en un cajón, con tal que tuviese un par de agujeros por donde respirar. No; lo que detenía principalmente a la familia, en aquel trance, era la desesperación que le infundía el tener que concretar la idea de que había sido azotada por una desgracia, inaudita hasta entonces en todo el círculo de sus parientes y conocidos.

Hubieron de apurar hasta la hez el cáliz que el mundo impone a los desventurados: el padre tenía que ir a buscar el desayuno del humilde empleado bancario; la madre, sacrificarse por ropas ajenas; la hermana, correr de acá para allá detrás del mostrador, conforme lo exigían los clientes. Pero las energías familiares se agotaban. Y Gregorio sentía renovarse el dolor de la herida que tenía en su espalda, cuando la madre y Grete, después de acostar al padre, volvían al comedor y abandonaban el trabajo para sentarse una junto a la otra, casi mejilla con mejilla. La madre señalaba hacia la habitación de Gregorio y decía:

—Grete, cierra esa puerta.

Y Gregorio de nuevo se hallaba sumido en la oscuridad, mientras, en la habitación contigua, las mujeres confundían sus lágrimas, o se quedaban mirando fijamente a la mesa con los ojos secos.

Las noches y los días de Gregorio se deslizaban sin que el sueño tuviese apenas parte en ellos. A veces, se le ocurría pensar que iba a abrirse la puerta de su cuarto, y que él iba a encargarse de nuevo, como antes, de los asuntos de la familia. Por su mente volvieron a cruzar, tras largo tiempo, el jefe y el gerente, el dependiente y el aprendiz, aquel ordenanza tan tosco, dos o tres amigos que tenía en otros comercios, una camarera de una fonda provinciana, y un recuerdo amado y pasajero: el de una cajera de una sombrerería, a quien había formalmente pretendido, pero sin demasiada convicción...

Todas estas personas se le aparecían confundidas con otras extrañas hacía tiempo olvidadas; mas ninguna podía prestarle ayuda, ni a él ni a los suyos. Eran todas inasequibles, y se sentía aliviado cuando lograba desechar su recuerdo. Y, después, perdía también el humor de preocuparse por su familia, y sólo sentía hacia ella la irritación producida por la poca atención que se le dispensaba. No se le ocurría pensar en nada que le apeteciera; pero hacía planes para llegar hasta la despensa y apoderarse, aunque sin hambre, de lo que en todo caso le pertenecía por derecho. La hermana ya no se preocupaba por descubrir lo que le gustase más; antes de ir a su trabajo, por la mañana y por la tarde, empujaba con el pie cualquier comida en el interior del cuarto, y luego, al regresar, sin fijarse siquiera si Gregorio sólo había probado la comida —lo cual era lo más frecuente— o si ni siquiera la había tocado, recogía los restos de un escobazo. El arreglo de la habitación, que siempre tenía lugar de noche, no podía asimismo ser más rápido. Las paredes estaban cubiertas de mugre, y el polvo y la basura se amontonaban en los rincones.

En los primeros tiempos, al entrar la hermana, Gregorio se situaba precisamente en el rincón en que la porquería le resultaba más patente. Pero ahora podía haber permanecido allí semanas enteras sin que por eso la hermana se hubiese aplicado más, pues veía la porquería tan bien como él, pero estaba, por lo visto, decidida a no hacer nada con ella. Con una susceptibilidad nueva en Grete, pero que se había extendido a toda la familia, no admitía que ninguna otra persona interviniese en el arreglo de la habitación. Un día, la madre quiso limpiar a fondo el cuarto de Gregorio, tarea que sólo pudo llevar a cabo con varios cubos de agua —y verdad es que la humedad le hizo daño a Gregorio, que yacía amagado e inmóvil debajo del sofá—, mas

el castigo no se hizo esperar: apenas hubo advertido la hermana, al regresar por la tarde, el cambio operado en la habitación, se sintió ofendida en lo más íntimo de su ser, corrió hacia el comedor, y, sin fijarse en la suplicante actitud de su madre, estalló en una crisis de llanto que estremeció a los padres por resultarles extraña y desconsolada. Por fin, los padres —el padre, asustado, había dado un brinco en el sillón— se tranquilizaron; el padre, a la derecha de la madre, le reprochaba no haber cedido por entero a la hermana el cuidado de la habitación de Gregorio; la hermana, a la izquierda, aseguraba a gritos que ya no le sería posible encargarse de aquella limpieza. Entre tanto la madre quería llevarse a la alcoba al padre, que no podía contener su excitación; la hermana, sacudida por el llanto, daba puñetazos en la mesa con sus manitas, y Gregorio silbaba de rabia, porque ninguno se había acordado de cerrar la puerta y de ahorrarle el tormento de aquel espectáculo.

Mas si la hermana, extenuada por el trabajo, se hallaba ya cansada de cuidar a Gregorio como antes, no tenía por qué reemplazarla la madre, ni Gregorio tenía por qué sentirse abandonado, que ahí estaba la sirvienta. Esta viuda entrada en años y a quien su huesuda constitución debía haber permitido soportar las mayores desgracias en el curso de su dilatada existencia, no sentía hacia Gregorio ninguna repulsión propiamente dicha. Sin que ello pudiese achacarse a un afán de curiosidad, abrió un día la puerta del cuarto de Gregorio y, a la vista de éste, que en su sorpresa, y aunque nadie lo perseguía, comenzó a correr de un lado para otro, permaneció imperturbable, con las manos cruzadas sobre el abdomen.

Desde entonces, nunca se olvidaba de entreabrir, tarde y mañana, furtivamente, la puerta, para contemplar a Gregorio. Al principio, incluso le llamaba con palabras que sin duda creía cariñosas, como: «¡Ven aquí, bicho! ¡Vaya con el bicho este!» Gregorio, a estas llamadas, no sólo no contestaba, sino que seguía sin moverse de su sitio, como si la puerta no se hubiese abierto. ¡Cuanto más hubiera valido que se le ordenase a la sirvienta limpiar diariamente su cuarto, en lugar de aparecer para importunarle a su antojo, sin provecho alguno!

Una mañana temprano —mientras la lluvia, tal vez heraldo de la próxima primavera, golpeaba con furia los cristales— la sirvienta comenzó de nuevo sus manejos, y Gregorio se irritó tanto que se volvió contra ella, lenta y débilmente, es cierto, pero dispuesto a atacar. Mas ella, en vez de asustarse, levantó simplemente en alto una silla que estaba junto a la puerta, y se quedó en esa actitud, con la boca abierta de par en par, demostrando a las claras su propósito de no cerrarla

hasta después de haber descargado sobre la espalda de Gregorio la silla que tenía en la mano.

—¿Conque no seguimos adelante? —preguntó, al ver que Gregorio retrocedía. Y tranquilamente volvió a colocar la silla en el rincón.

Gregorio casi no comía. Al pasar junto a los alimentos que tenía dispuestos, tomaba algún bocado a modo de muestra, lo guardaba en la boca durante horas, y casi siempre volvía a escupirlo. Al principio, pensó que su desgano era efecto de la melancolía en que lo sumía el estado de su habitación; pero se habituó muy pronto al nuevo aspecto de ésta. Habían ido tomando la costumbre de colocar allí las cosas que estorbaban en otra parte, las cuales eran muchas, pues uno de los tres cuartos de la casa había sido alquilado a tres huéspedes. Éstos tres señores muy formales —los tres usaban barba, según comprobó Gregorio una vez por la rendija de la puerta—, cuidaban que reinase un orden escrupuloso, no sólo en su propia habitación, sino en el resto de la casa, ya que vivían en ella, y muy especialmente en la cocina. Trastos inútiles, y mucho menos cosas sucias, les resultaban insoportables.

Además, habían traído consigo buena parte de su mobiliario, lo cual hacía innecesarias varias cosas imposibles de vender, pero que tampoco se querían tirar. Y todas estas cosas iban a parar al cuarto de Gregorio, de igual modo que el tacho de las cenizas y el cajón de la basura. Aquello que de momento no había de ser utilizado, la sirvienta, que en esto se daba mucha prisa, lo arrojaba al cuarto de Gregorio, quien, por suerte, la mayoría de las veces, sólo lograba divisar el objeto en cuestión y la mano que lo esgrimía. Quizás la sirvienta tuviese el propósito de volver en busca de aquellas cosas cuando tuviese tiempo y ocasión, o de tirarlas fuera todas de una vez; pero el hecho es que permanecían allí donde habían sido arrojadas en un principio. A menos que Gregorio se revolviere contra el trasto y lo pusiese en movimiento, impulsado a ello primero porque éste no le dejaba ya sitio libre para arrastrarse, y luego con verdadero afán, aunque después de tales paseos quedaba horriblemente triste y fatigado, sin ganas de moverse durante horas enteras.

Los inquilinos algunos días cenaban en casa, en el comedor común, con lo cual la puerta que daba a esta habitación permanecía también cerrada; mas esto a Gregorio no le importaba demasiado, pues incluso algunas noches en que la puerta estaba abierta, no había aprovechado esta circunstancia, sino que se había retirado, sin que su familia se diera cuenta, al rincón más oscuro de su cuarto.

Pero un día sucedió que la sirvienta dejó algo entreabierta la puerta que daba al comedor, y que ésta permaneció igual cuando los inquilinos entraron por la noche y encendieron la luz. Se sentaron a la mesa, en los sitios antaño ocupados por el padre, la madre y Gregorio, desdoblaron las servilletas y empuñaron cuchillo y tenedor. Apareció en la puerta la madre con una fuente de carne, seguida de la hermana, que traía una fuente con una pila de patatas.

De la comida se elevaba una nube de humo. Los inquilinos se inclinaron sobre las fuentes colocadas ante ellos, como si quisiesen probarlas antes de servirse, y, en efecto, el que se hallaba sentado en medio, y parecía el más autorizado de los tres, cortó un pedazo de carne en la fuente misma, sin duda para comprobar que estaba bastante tierna y que no era necesario devolverla a la cocina. Exteriorizó su satisfacción, y la madre y la hermana, que habían observado perplejas la operación, respiraron y sonrieron.

Entretanto, la familia comía en la cocina. A pesar de lo cual, el padre, antes de dirigirse hacia ésta, entraba en el comedor, hacía una reverencia general y, gorra en mano, daba la vuelta a la mesa. Los inquilinos se ponían de pie y murmuraban algo para sus adentros. Después, ya solos, comían casi en silencio.

A Gregorio le parecía raro percibir siempre, entre los diversos ruidos de la comida, el que hacían los dientes al masticar, como si quisiesen darle a entender que para comer se necesitaban dientes, y que la mejor mandíbula, si carecía de ellos, de nada podía servir. «Pues sí que tengo apetito —se decía Gregorio, preocupado—. Pero no son éstas las cosas que me apetecen... ¡Cómo comen estos inquilinos! ¡Y yo, mientras tanto, muriéndome!»

Aquella misma noche —Gregorio no recordaba haber oído el violín en todo aquel tiempo— sintió tocar en la cocina. Ya habían acabado los inquilinos su cena. El que estaba en medio había sacado un periódico y dado una hoja a cada uno de los otros dos, y los tres leían y fumaban recostados hacia atrás. Al oír el violín, quedó fija su atención en la música; se levantaron y, de puntillas, fueron hasta la puerta del vestíbulo, junto a la cual permanecieron inmóviles, apretados uno contra otro. Sin duda se los oyó desde la cocina, pues el padre preguntó:

—¿Quizá a los señores no les guste la música?

Y añadió:

—En ese caso, puede cesar de inmediato.

—Al contrario —aseguró el señor de más autoridad—. ¿No querría entrar la señorita y tocar aquí? Sería mucho más cómodo y agradable.

—¡Claro, no faltaba más! —respondió el padre, como si fuese él mismo el violinista.

Los inquilinos regresaron al interior del comedor, y esperaron. Muy pronto llegó el padre con el atril, luego la madre con los papeles de música, y, por fin, la hermana con el violín. La hermana lo dispuso todo tranquilamente para comenzar a tocar. Mientras, los padres, que nunca habían tenido habitaciones alquiladas y que, por eso mismo, extremaban la cortesía hacia sus inquilinos, no se atrevían a sentarse en sus propios sillones. El padre permaneció apoyado en la puerta, con la mano derecha metida entre dos botones de su librea cerrada; pero a la madre, uno de los inquilinos le ofreció una silla, y se sentó en un rincón apartado, pues no movió el asiento del lugar en que aquel señor lo había colocado casualmente.

Comenzó a tocar la hermana, y el padre y la madre, cada uno desde su lugar, seguían todos los movimientos de sus manos. Gregorio, atraído por la música, se atrevió a avanzar un poco, y se encontró con la cabeza en el comedor. Casi no le sorprendía la escasa consideración que guardaba a los demás en los últimos tiempos, y, sin embargo, antes, esa consideración había sido precisamente su mayor orgullo. Pero, ahora más que nunca, tenía él motivo para ocultarse, pues, debido al estado de suciedad de su habitación, cualquier movimiento que hacía levantaba olas de polvo en torno suyo, y él mismo estaba cubierto de polvo y arrastraba consigo, en la espalda y en los costados, hilachas, pelos y restos de comida. Su indiferencia hacia todos era mayor que cuando antaño, echado sobre la espalda, podía, varias veces al día, restregarse contra la alfombra. Y, sin embargo, a pesar del estado en que se hallaba, no sentía el menor rubor en avanzar por el inmaculado suelo del comedor.

Verdad es que nadie se ocupaba de él. La familia se hallaba completamente absorta por el violín, y los inquilinos, que primero se habían colocado, con las manos en los bolsillos del pantalón, junto al atril, demasiado cerca de éste, con lo cual todos podían ir leyendo las notas y seguramente molestaban a la hermana, no tardaron en retirarse hacia la ventana, en donde se quedaban susurrando, con las cabezas inclinadas, y observados por el padre, a quien dicha actitud le preocupaba visiblemente. Y es que aquello parecía indicar a las claras que su ilusión de oír música selecta o divertida, había sido defraudada, que ya empezaban a cansarse y que sólo por cortesía

consentían que siguiesen molestándolos y turbando su tranquilidad. Especialmente el modo que todos tenían de echar por la boca o la nariz el humo de sus cigarros, evidenciaba nerviosidad.

Y sin embargo, ¡qué bien tocaba su hermana! Con el rostro ladeado seguía atenta y tristemente leyendo el pentagrama. Gregorio se arrastró otro poco hacia adelante y mantuvo la cabeza pegada al suelo, para encontrar con su mirada la mirada de la hermana.

¿Si sería una fiera, pues se dejaba impresionar tanto por la música?

Le parecía como si se abriese ante él el camino que había de conducirlo hasta un alimento desconocido y anhelado con ardor. Sí, estaba decidido a llegar hasta su hermana, a tirarle de la falda y a hacerle comprender de este modo que había de venir a su cuarto con el violín, porque nadie valoraba aquí su música como él. En adelante, ya no la dejaría salir de aquel cuarto, al menos en tanto él viviese. Por primera vez había de servirle de algo aquella su espantosa forma.

Quería poder estar a un tiempo en todas las puertas, pronto a saltar sobre todos los que pretendiesen atacarlo. Pero era preciso que la hermana permaneciese junto a él, no a la fuerza, sino voluntariamente; era necesario que se sentase a su lado en el sofá, que se inclinase hacia él, y entonces le confesaría al oído que había tenido la intención de mandarla al Conservatorio; y que si no hubiera ocurrido la desgracia, durante las pasadas Navidades —¿porque las Navidades ya habían pasado, no?— se lo hubiera declarado a todos, sin tener en cuenta ninguna objeción en contra. Y al oír esta explicación, la hermana, conmovida, rompería a llorar, y Gregorio se alzaría hasta sus hombros, y la besaría en el cuello, que, desde que iba a la tienda, llevaba desnudo.

—Señor Samsa —dijo de pronto al padre el señor que parecía ser el más autorizado. Y, sin desperdiciar ninguna palabra más, mostró al padre extendiendo el índice en aquella dirección, a Gregorio, que iba avanzando lentamente. El violín enmudeció al instante, y el señor que parecía ser el más autorizado sonrió a sus amigos, sacudiendo la cabeza, y volvió a mirar a Gregorio.

Al padre le pareció lo más urgente, en lugar de arrojar de allí a Gregorio, tranquilizar a los inquilinos, los cuales no se mostraban ni mucho menos intranquilos, y parecían divertirse más con la aparición de Gregorio que con el violín. Corrió hacia ellos y, extendiendo los brazos, quiso empujarlos hacia su habitación a la vez que les ocultaba con su cuerpo la vista de Gregorio. Ellos, entonces, no disimularon su enojo, aunque no era posible saber si éste obedecía a la actitud

del padre o al enterarse en aquel momento de que habían convivido, sin sospecharlo, con un ser de aquella índole.

Pidieron explicaciones al padre, alzaron a su vez los brazos al cielo, se estiraron la barba con gesto inquieto, y no retrocedieron sino muy lentamente hasta su habitación.

Mientras tanto, la hermana había conseguido sobreponerse a la impresión que le causó al principio verse interrumpida bruscamente. Permaneció con los brazos caídos, sujetando con indolencia el arco y el violín, y la mirada fija en la partitura, cual si todavía tocase. Y de pronto estalló: puso el instrumento en los brazos de la madre, que seguía sentada en su sillón, medio ahogada por el dificultoso trabajo de sus pulmones, y se precipitó al cuarto contiguo, al que los inquilinos, empujados por el padre, iban acercándose ya más rápidamente. Con gran destreza apartó e hizo volar por lo alto mantas y almohadas, y aun antes de que los señores penetrasen en su habitación, ya había terminado de arreglarles las camas y se había escabullido.

El padre se hallaba a tal punto dominado por su obstinación, que olvidaba hasta el más elemental respeto debido a los inquilinos, y los seguía empujando frenéticamente. Hasta que, ya en el umbral, el que parecía ser el más autorizado de los tres dio una patada en el suelo, y, con voz tonante, lo detuvo con las siguientes palabras:

—Participo a ustedes —y alzó la mano al decir esto y buscaba con la mirada también a la madre y a la hermana—, participo a ustedes que, en vista de las repugnantes circunstancias que ocurren en esta casa y familia—y al llegar aquí escupió con fuerza en el suelo—, en este mismo momento me despido. Claro está que no he de pagar un solo centavo por los días que aquí he vivido; antes al contrario, meditaré si he de exigir a usted alguna indemnización, la cual, no lo dude, sería muy fácil de justificar.

Calló y miró a su alrededor, como esperando algo. Y, efectivamente sus dos amigos corroboraron al momento lo declarado, agregando por su cuenta:

—Nosotros también nos despedimos en este momento.

Después de eso, el que parecía el más autorizado de los tres tomó el picaporte y cerró la puerta de un golpe.

El padre, con paso vacilante, tanteando con las manos, se dirigió hacia su sillón, y se dejó caer en él. Parecía dispuesto a echar su acostumbrado sueñito de todas las noches, pero la profunda inclinación de su cabeza, caída como sin peso, demostraba que no dormía.

Durante todo este tiempo, Gregorio había permanecido callado, inmóvil en el mismo sitio en que lo habían sorprendido los inquilinos.

El desencanto causado por el fracaso de su plan, y tal vez también la debilidad producida por el hambre, le hacía imposible el menor movimiento. No sin razón, temía ver cernirse dentro de muy poco sobre sí una tormenta general, y esperaba. Ni siquiera se sobresaltó con el ruido del violín, escurrido del regazo de la madre bajo el impulso del temblor de sus dedos.

—Queridos padres —dijo la hermana, dando, a modo de introducción, un fuerte puñetazo sobre la mesa—, esto no puede continuar así. Si vosotros no lo comprendéis, yo me doy cuenta. Ante este monstruo, no quiero ni siquiera pronunciar el nombre de mi hermano; y, por lo tanto, sólo diré esto: es forzoso intentar librarnos de él. Hemos hecho cuanto era humanamente posible para cuidarlo y tolerarlo, y no creo que nadie pueda, por lo tanto, hacernos el más leve reproche.

—Tienes mil veces razón —dijo el padre.

La madre, que todavía no podía respirar con libertad, empezó a toser sordamente, con la mano en el pecho y los ojos extraviados como una loca.

La hermana se precipitó hacia ella y le sostuvo la frente.

Al padre, lo dicho por la hermana pareció inducirle a concretar más su pensamiento. Se había incorporado en el sillón, jugaba con su gorra de ordenanza por entre los platos, que aún quedaban sobre la mesa, de la comida de los inquilinos, y, de vez en cuando, dirigía una mirada a Gregorio, impertérrito.

—Es preciso que intentemos deshacernos de él —repitió, por último, la hermana al padre; pues la madre, con su tos, no podía oír nada—. Esto acabará matándoles a los dos, lo estoy viendo. Cuando hay que trabajar lo que nosotros trabajamos, no es posible sufrir, además, en casa estos tormentos. Yo tampoco puedo más.

Y rompió a llorar con tal fuerza que sus lágrimas cayeron sobre el rostro de la madre, quien se las limpió mecánicamente con la mano.

—Hija mía —dijo entonces el padre, con compasión y sorprendente lucidez—. ¡Y qué le vamos a hacer!

Pero la hermana se limitó a encogerse de hombros, como para demostrar la perplejidad que se había apoderado de ella mientras lloraba y que hacía contraste con su anterior decisión.

—Si siquiera él nos comprendiese —dijo el padre en tono medio interrogativo.

Pero la hermana, sin cesar de llorar, agitó enérgicamente la mano, indicando con ello que no había que pensar en eso.

—Si siquiera nos comprendiese —insistió el padre, cerrando los ojos, como para dar a entender que también él se hallaba convencido

de lo imposible de esta suposición—, tal vez pudiésemos llegar a un trato con él. Pero, en estas circunstancias...

—Es necesario que se marche —declaró la hermana—. Éste es el único modo, padre. Basta con que intentes abandonar la idea de que se trata de Gregorio. El haberlo creído durante tanto tiempo es, en realidad, el origen de nuestra desgracia. ¿Cómo puede ser esto Gregorio? Si lo fuese, ya hace tiempo que hubiera comprendido que no es posible que unos seres humanos vivan en comunidad con semejante bicho. Y a él mismo se le habría ocurrido marcharse. Habríamos perdido al hermano, pero podríamos seguir viviendo, y su memoria perduraría eternamente entre nosotros. Mientras que así, este animal nos persigue, echa a los inquilinos y muestra claramente que quiere apoderarse de toda la casa y dejarnos en la calle. ¡Mira, padre —comenzó a gritar de repente—, ya comienza de nuevo!

Y con un terror que a Gregorio le pareció incomprensible, la hermana abandonó incluso a la madre, se apartó del sillón, como si prefiriese sacrificar a la madre antes que permanecer en las proximidades de Gregorio, y corrió a refugiarse detrás del padre el cual, nervioso a su vez por esta actitud suya, se puso también en pie, extendiendo los brazos ante la hermana en ademán protector.

Pero la cosa es que a Gregorio no se le había ocurrido en absoluto querer asustar a nadie, ni mucho menos a su hermana. Lo único que había hecho era empezar a dar la vuelta para volver a su habitación, y esto fue, sin duda, lo que estremeció a los demás, pues, a causa de su estado doliente, para realizar aquel difícil movimiento, tenía que ayudarse con la cabeza, levantándola y volviendo a apoyarla en el suelo repetidas veces. Se detuvo y miró a su alrededor. Parecía haber sido adivinada su buena intención: aquello no fue más que un susto pasajero.

Ahora todos lo miraban pensativos y tristes. La madre estaba en su silla, con las piernas extendidas, juntas una con otra, y los ojos casi cerrados de fatiga. El padre y la hermana se hallaban sentados uno al lado del otro, y la hermana rodeaba con su brazo el cuello paterno.

—Bueno, tal vez ya pueda moverme— se dijo Gregorio, comenzando de nuevo su penoso esfuerzo. No podía contener sus resoplidos, y de vez en cuando tenía que pararse a descansar. Mas nadie lo apresuraba; se le dejaba en completa libertad. Cuando hubo dado la vuelta, inició en seguida la marcha atrás en línea recta. Le asombró la gran distancia que le separaba de su habitación; no acertaba a comprender cómo, en su actual estado de debilidad, había podido momentos antes, hacer ese mismo camino casi sin notarlo. Con la única

preocupación de arrastrarse lo más rápidamente posible, apenas si reparó en que ningún miembro de la familia lo azuzaba con palabras o gritos.

Al llegar al umbral, volvió la cabeza, aunque sólo a medias, pues sentía cierta rigidez en el cuello, y pudo ver que nada había cambiado a su espalda. Solamente su hermana se había puesto de pie.

Y su última mirada fue para la madre, que al fin se había quedado dormida.

Apenas entró en su cuarto, oyó cerrarse la puerta rápidamente y echar el pestillo y la llave. El brusco ruido que esto produjo lo asustó tanto que se le doblaron las patas. La hermana era quien tenía tanta prisa. Había permanecido de pie, como esperando el instante de precipitarse a encerrarlo. Gregorio no la había sentido acercarse.

—¡Por fin! —exclamó ella dirigiéndose a los padres, al tiempo que hacía girar la llave en la cerradura.

—¿Y ahora? —se preguntó Gregorio mirando alrededor suyo en la oscuridad.

Muy pronto hubo de convencerse de que le era en absoluto imposible moverse. Esto no le asombró: antes al contrario, no le parecía natural haber podido avanzar como hasta entonces, con aquellas patitas tan delgadas. Por lo demás, se sentía relativamente a gusto. Cierto es que todo el cuerpo le dolía; pero le parecía como si estos dolores se fuesen debilitando más y más, y pensaba que, por último, acabarían. Apenas si notaba ya la manzana podrida que tenía en la espalda, y la inflamación, cubierta de blanco por el polvo. Pensaba con emoción y cariño en los suyos. Más aún que su hermana, estaba convencido de que tenía que desaparecer.

Y en tal estado de apacible meditación e insensibilidad permaneció hasta que el reloj de la iglesia dio las tres de la madrugada. Todavía pudo vivir aquel comienzo del alba que despuntaba detrás de los cristales. Luego, a su pesar, su cabeza se hundió por completo y su hocico exhaló débilmente el último aliento.

A la mañana siguiente, cuando entró la sirvienta —daba tales portazos que, en cuanto llegaba, ya era imposible descansar en la cama, a pesar de las muchas ocasiones en que se le había rogado que tuviera otras maneras— para hacerle a Gregorio la breve visita de costumbre, no encontró en él, al principio, nada de particular. Imaginó que se quedaba así inmóvil, deliberadamente, para hacerse el ofendido, pues lo consideraba capaz del más completo discernimiento. Casualmente llevaba en la mano el deshollinador, y quiso hacerle cosquillas a Gregorio con él desde la puerta.

Viendo que con esto tampoco lograba nada, se enojó a su vez, empezó a pincharlo, y tan sólo después que lo hubo empujado sin encontrar ninguna resistencia se fijó en él, y, percatándose al punto de lo sucedido, abrió desmesuradamente los ojos y dejó escapar un silbido de sorpresa. Mas no se detuvo mucho tiempo, sino que, abriendo bruscamente la puerta del cuarto, gritó en la oscuridad:

—¡Miren ustedes, ha reventado! ¡Ahí lo tienen, bien reventado!

El señor y la señora Samsa se incorporaron en el lecho matrimonial. Les costó gran trabajo sobreponerse al susto, y tardaron bastante en comprender lo que la sirvienta les anunciaba. Mas una vez comprendido esto, bajaron de la cama, cada uno por su lado y con la mayor rapidez posible. El señor Samsa se echó la colcha sobre los hombros; la señora Samsa iba sólo cubierta con su camión de dormir, y así penetraron en la habitación de Gregorio.

Mientras, se había abierto también la puerta del comedor, donde dormía Grete desde la llegada de los huéspedes. Grete estaba vestida, como si no hubiese dormido en toda la noche, cosa que parecía confirmar la palidez de su rostro.

—¿Muerto?—dijo la señora Samsa, mirando interrogativamente a la sirvienta, aunque podía comprobar todo por sí misma, e incluso averiguarlo sin necesidad de comprobación ninguna.

—Esto es lo que digo —contestó la sirvienta, empujando todavía un buen trecho con la escoba el cadáver de Gregorio, como para probar la veracidad de sus palabras.

La señora Samsa hizo un movimiento como para detenerla, pero no la detuvo.

—Bueno —dijo el señor Samsa—, ahora podemos dar gracias a Dios.

Se santiguó, y las tres mujeres lo imitaron.

Grete no apartaba la vista del cadáver:

—Mirad qué delgado estaba —dijo—. Verdad es que hacía ya tiempo que no probaba bocado. Así como entraban las comidas, así se las volvían a llevar.

El cuerpo de Gregorio aparecía, en efecto, completamente plano y seco. De esto sólo se daban cuenta ahora, porque ya no lo sostenían sus patitas, y nadie apartaba la mirada de él.

—Grete, ven un ratito con nosotros —dijo la señora Samsa, sonriendo melancólicamente.

Y Grete, sin dejar de mirar hacia el cadáver, siguió a sus padres a la alcoba.

La sirvienta cerró la puerta, y abrió la ventana de par en par. Era todavía muy temprano, pero el aire tenía ya, cierta tibieza, en su frescor. Estaban a fines de marzo.

Los tres inquilinos salieron de su habitación y buscaron con la vista su desayuno. Los habían olvidado.

—¿Y el desayuno? —le preguntó a la sirvienta con mal humor el señor que parecía ser el más autorizado de los tres.

Pero la sirvienta, poniéndose el dedo índice ante la boca, los invitó silenciosamente, con señas enérgicas, a entrar en la habitación de Gregorio.

Entraron, pues, y allí estuvieron, en el cuarto inundado de claridad, en torno al cadáver de Gregorio, con expresión desdeñosa y las manos hundidas en los bolsillos de sus algo raída chaquetas.

Entonces se abrió la puerta de la alcoba y apareció el señor Samsa, enfundado en su librea, llevando de un brazo a su mujer y del otro a su hija. Todos tenían aspecto de haber llorado algo, y Grete ocultaba de vez en cuando el rostro contra el brazo del padre.

—Abandonen ustedes inmediatamente mi casa —dijo el señor Samsa, señalando la puerta, pero sin soltar a las mujeres.

—¿Qué pretende usted dar a entender con esto? —preguntó el portavoz de los señores, algo desconcertado y sonriendo con timidez.

Los otros dos tenían las manos cruzadas a la espalda, y se las frotaban sin cesar una contra otra, como si esperasen gozosos una pelea cuyo resultado habría de serles favorable.

—Pretendo dar a entender exactamente lo que digo —contestó el señor Samsa, avanzando con sus dos acompañantes en una sola línea hacia el inquilino.

Éste permaneció un rato tranquilo y callado, con la mirada fija en el suelo, como si sus pensamientos se fuesen organizando en un nuevo orden dentro de su cabeza.

—En ese caso, nos vamos —dijo, por fin, mirando al señor Samsa, como si una repentina fuerza lo impulsase a pedirle autorización incluso para esto.

El señor Samsa se contentó con abrir mucho los ojos e inclinar varias veces, breve y afirmativamente, la cabeza.

Luego de esto el inquilino se dirigió con grandes pasos al vestíbulo. Ya hacía un ratito que sus compañeros escuchaban, sin frotarse las manos, y ahora salieron pisándole los talones y dando saltitos, como si temiesen que el señor Samsa llegase antes que ellos al vestíbulo y se interpusiese entre ellos y su guía.

Una vez en el vestíbulo, todos tomaron sus sombreros del perchero, sacaron sus respectivos bastones del paragüero, se inclinaron en silencio y abandonaron la casa.

Con una desconfianza que nada justificaba, como hubo de demostrarse luego, el señor Samsa y las dos mujeres salieron al rellano y, de bruces sobre la barandilla, miraron cómo aquellos tres señores, lenta, pero ininterrumpidamente, descendían la larga escalera, desapareciendo al llegar a la vuelta que ésta daba en cada piso, y reapareciendo segundos después.

A medida que iban bajando, decrecía el interés que hacia ellos sentía la familia Samsa, y al cruzarse con ellos primero, y seguir subiendo después el repartidor de una carnicería que sostenía orgullosamente su cesto en la cabeza, el señor Samsa y las mujeres abandonaron la barandilla y, como aliviados de un peso, entraron de nuevo en la casa.

Decidieron dedicar el resto del día al descanso y a pasear: no sólo tenían bien ganada esta tregua en su trabajo, sino que les era indispensable. Se sentaron a la mesa, y escribieron tres cartas disculpándose: el señor Samsa, a su jefe; la señora Samsa, al dueño de la tienda, y Grete, a su principal.

Cuando estaban ocupados en estos quehaceres, entró la sirvienta a decir que se iba, pues ya había terminado su trabajo de la mañana. Los tres siguieron escribiendo, sin prestarle atención, contentándose con hacer un signo afirmativo con la cabeza. Pero, al ver que ella no acababa de marcharse, alzaron la vista con enfado.

—¿Qué pasa? —preguntó el señor Samsa.

La sirvienta permanecía sonriente en el umbral, como si tuviese que comunicar a la familia una felicísima nueva, pero indicando con su actitud que sólo lo haría después de haber sido convenientemente interrogada. La plumita plantada derecha en su sombrero, y que le molestaba al señor Samsa desde el momento en que había entrado aquella mujer a su servicio, se bamboleaba en todas direcciones.

—Bueno, vamos a ver, ¿qué pasa? —preguntó la señora Samsa, que era la persona a quien más respetaba la sirvienta.

—Pues —contestó ésta, y la risa no la dejaba seguir—, pues que no tienen ustedes ya que preocuparse respecto de cómo van a quitarse de en medio el trasto ése de ahí al lado. Ya está todo arreglado.

La señora Samsa y Grete se inclinaron otra vez sobre sus cartas, como para seguir escribiendo; y el señor Samsa, advirtiendo que la sirvienta se disponía a contarle todo minuciosamente, la detuvo extendiendo con energía la mano hacia ella.

La sirvienta, viendo que no le permitían contar lo que tenía preparado, recordó que estaba apurada.

—¡Queden con Dios! —dijo, visiblemente ofendida.

Dio media vuelta con irritación, y abandonó la casa dando un terrible portazo.

—Esta noche la despido —dijo el señor Samsa.

Pero no recibió respuesta, ni de su mujer ni de su hija, pues la sirvienta parecía haber vuelto a turbar aquella paz que recién acababan de relugar.

La madre y la hija se levantaron y fueron hacia la ventana, ante la cual permanecieron abrazadas. El señor Samsa hizo girar su sillón en aquella dirección, y estuvo observándolas un momento tranquilamente. Luego dijo:

—Bueno, venid ya. Olvidad de una vez las cosas pasadas. Tened también un poco de consideración hacia mí.

Las dos mujeres le obedecieron al instante, corrieron hacia él, le acariciaron, y terminaron de escribir.

Luego, salieron los tres juntos, lo que no ocurría desde hacía meses, y tomaron el tranvía para ir a respirar el aire libre de las afueras. El tranvía, en el cual eran los únicos viajeros, se hallaba inundado de la luz cálida del sol. Cómodamente recostados en sus asientos, fueron cambiando impresiones acerca del porvenir, y vieron que, bien pensadas las cosas, éste no se presentaba con tonos oscuros, pues sus tres colocaciones —sobre las cuales no se habían todavía interrogado claramente unos a otros— eran muy buenas y, sobre todo, permitían abrigar para más adelante grandes esperanzas.

Lo que por ahora mejoraría la situación sería cambiar de casa. Deseaban una más pequeña y barata, y, sobre todo, mejor situada y más práctica que la actual, que había sido elegida por Gregorio.

Y mientras departían así, el señor y la señora Samsa; cayeron en la cuenta, casi simultáneamente, de que su hija, que pese a todos los cuidados perdiera el color en los últimos tiempos, se había desarrollado y convertido en una bella muchacha llena de vida. Sin necesidad de hablar, entendiéndose casi con las miradas, se dijeron uno al otro que ya era hora de encontrarle un buen marido.

Y cuando, al llegar al fin del viaje, la hija se levantó y estiró sus formas juveniles, pareció como si confirmase con ello los nuevos sueños y las sanas intenciones de sus padres.

LA CONDENA

LA CONDENA

Era una espléndida mañana primaveral de un domingo. Georg Bendemann, joven comerciante, estaba sentado en su cuarto, en el primer piso de una de esas casas bajas y mal construidas que se levantaban a lo largo del río, muy poco diferentes unas de otras en altura y color. Acababa de escribir una carta a un amigo de la infancia que estaba en el extranjero, la cerró lánguida y distraídamente y, apoyando los codos sobre el escritorio, su mirada se perdió a través de la ventana, contemplando el puente y la pálida vegetación de las colinas de la otra orilla.

Pensaba en su amigo, que hacía años se había ido a Rusia inconforme con el futuro que su país le ofrecía. Ahora tenía un negocio en San Petersburgo, que al principio había prosperado bastante, pero que desde hacía tiempo parecía decaer, según se deducía de las quejas que su amigo, en sus visitas cada vez menos frecuentes, formulaba con insistencia. Por lo tanto, sus esfuerzos en el extranjero eran vanos; la barba larga y exótica no había logrado cambiar completamente su rostro tan familiar desde la niñez, cuyo tinte amarillento parecía revelar alguna enfermedad latente. Según él contaba, no mantenía grandes relaciones con la colonia de compatriotas en aquella ciudad ni tampoco amistades entre las familias del lugar, de tal forma que su destino parecía ser una soltería definitiva.

¿Qué se podía escribir a una persona así, que evidentemente se había equivocado de camino, y a quien se podía compadecer, aunque no ayudar? ¿Aconsejarle tal vez que regresara a su país, que se transplantara nuevamente, que reanudara sus antiguas amistades —nada se lo impediría— y se confiara en general a la benevolencia de sus amigos? Pero lo que hubiera significado decirle eso y cuanto más amable, más ofensivamente, era que todos sus esfuerzos habían sido vanos, que ya era hora de rendirse, que debía regresar a su país y dejar que lo miraran eternamente y con ojos de asombro, como un repatriado; que únicamente sus amigos eran sensatos, que él era solamente un niño adulto y que le convenía atenerse a las recomendaciones de sus amigos, que por fortuna no habían salido del país. ¿Tendría algún sentido torturarlo con todas esas recomendaciones? Tal vez ni siquiera deseaba volver —él mismo decía no estar al tanto de la situación de los negocios de su país—, y, de esa manera, se quedaría en el extranjero a pesar de todo amargado por los consejos y cada vez más alejado de sus amigos. En cambio, si seguía estos consejos, y al llegar aquí se encontraba peor que antes —naturalmente, no por malicia, sino por

la fuerza de las circunstancias—, si no se sentía cómodo con o sin sus amigos, y en cambio sí humillado, descubriría de repente que no tenía patria ni amigos ¿no sería mejor después de todo permanecer en el extranjero, como ahora? Considerando todas estas circunstancias, ¿se podía afirmar realmente que le convenía volver al país?

Por estas razones, si deseaba mantener su relación epistolar con él, no podía darle noticias tan veraces ni siquiera las que son posibles comunicar, sin temor, a las personas más lejanas. Ya hacía tres años que el amigo no venía a su país, y se disculpaba con gran dificultad, alegando la inseguridad de la situación política en Rusia, que al parecer no toleraba ni la más corta ausencia de un pequeño comerciante, mientras tanto, cientos de miles de rusos se paseaban por el mundo tranquilamente. Sin embargo, muchas cosas habían cambiado para Georg durante el transcurso de estos tres años. Hacía más o menos dos años que la madre de Georg había muerto, y desde entonces éste vivía con su padre; por supuesto, el amigo se enteró de la noticia y expresó mediante una carta sus condolencias, en forma tan escueta que uno deducía de su lectura que la tristeza de una pérdida semejante era totalmente incomprensible en el extranjero. Pero a partir de entonces, Georg se había dedicado con mayor interés a su negocio. Mientras su madre vivió, su padre sólo permitía que se hicieran las cosas a su modo. Tal vez esta circunstancia le había impedido una actividad eficaz y verdadera. Poco después de dicha muerte, aunque todavía se ocupaba algo de los negocios, su padre se había vuelto menos tiránico. O quizás —y eso era lo más probable— una continua racha de fortuna lo había ayudado; pero era evidente que los negocios habían mejorado inesperadamente durante esos dos años; tuvieron que duplicar el personal, las ganancias se quintuplicaron y era indudable que aún se esperaban nuevos éxitos.

Pero su amigo no se había enterado de estas transformaciones. En otro tiempo, quizá por última vez en su carta de condolencia, había tratado de persuadir a Georg para que fuera a Rusia y le detallara las ventajas comerciales que le ofrecía San Petersburgo. Las cifras eran ínfimas al lado de los progresos que Georg lograba actualmente en el negocio. Pero no había querido comentar entonces sus éxitos a su amigo, y hacerlo ahora podía resultar verdaderamente extraño.

Por eso, Georg se limitaba en todos los casos a poner a su amigo al tanto de sucesos sin importancia, aquellos que uno puede recordar en una tranquila mañana de domingo y que el azar trae a la memoria. Sólo quería que la imagen que durante ese largo intervalo su amigo se había formado de su ciudad natal, y con la cual vivía conforme, no se

modificara. Y así fue que Georg le anunció en tres ocasiones seguidas, bastante separadas entre sí, el compromiso de un hombre sin importancia con una joven igualmente sin importancia, hasta que el amigo, contra todas las previsiones de Georg, comenzó a interesarse por ese extraño acontecimiento.

Georg prefería contarle estas cosas antes que confesarle que él mismo estaba comprometido, desde hacía algunos meses, con la señorita Frieda Brandenfeld, una joven de familia acomodada. A menudo hablaba de su amigo con su novia y de la poco común relación epistolar que los unía.

—Entonces, no vendrá a nuestro casamiento —decía ella—, y sin embargo, yo tengo derecho de conocer a todos tus amigos.

—No quiero molestarlo —respondía Georg—, no quiero que me malentiendas probablemente vendría, por lo menos eso creo; pero se sentiría obligado, talvez me envidiaría y eso lo desconsolaría, le haría sentir, realmente, que es incapaz de aliviar su desconsuelo y luego tendría que retornar solo a Rusia. Solo; ¿entiendes lo que quiere decir eso?

—Sí, pero... ¿Y si se entera por otros medios de nuestro casamiento?

—No hay forma de impedirlo; pero, con la vida que lleva, eso es muy difícil.

—Si tenías semejantes amigos, Georg, no debiste comprometerte conmigo.

—Bueno, la culpa es tanto tuya como mía; sin embargo, ahora por nada querría cambiar mi decisión.

Y cuando, con la respiración agitada por sus besos, ella agregó:

—De todos modos, me preocupa —él pensó que realmente no perdería nada con confesarle todo a su amigo.

«Así soy, y así me eligió —pensó—; no puedo crearme para su amistad una imagen más apropiada que la mía.»

Y, en efecto, aquella mañana primaveral informó a su amigo mediante la carta que acababa de escribir, de su próximo casamiento con las siguientes palabras: «He dejado para el final la mejor noticia. Me he comprometido con la señorita Frieda Brandenfeld, una joven de familia acomodada, a quien no conoces, pues llegó a la ciudad mucho después de tu partida. Ya podré hablarte más ampliamente sobre ella en otra ocasión; hoy basta que te diga que estoy muy contento y que lo único que ha cambiado en nuestra relación es que, si hasta ahora has tenido un amigo como todos, ahora tienes un amigo feliz. Además, encontrarás en mi novia, que te saluda afectuosamente y que pronto te escribirá personalmente, una amiga de verdad, lo que siempre es

importante para un soltero. Sé que muchos motivos te impiden visitarnos, pero ¿no crees que mi casamiento es la mejor ocasión para hacer a un lado estos obstáculos? De todas maneras, sea como sea, no dudes en hacer lo que sea más conveniente para ti».

Sentado ante su escritorio, Georg permaneció largo rato mirando hacia la ventana, con esta carta en la mano. Apenas había contestado, con una sonrisa ausente el saludo de un conocido que pasaba por la calle.

Guardó finalmente la carta en el bolsillo y salió de su habitación; atravesó un pequeño corredor hasta llegar a la habitación de su padre, hacía meses que no estaba allí. En realidad no era necesario, ya que lo veía diariamente en el negocio y, además, almorzaban juntos en un restaurante; por la noche cada cual hacía lo suyo, pero generalmente se quedaban en la sala común, enfrascados en sus respectivos diarios, a menos que Georg, como a menudo ocurría, saliera con sus amigos o, sobre todo últimamente, fuera a ver a su novia.

Georg se asombró de que el cuarto de su padre fuera tan oscuro, aun en una mañana de sol: tanta sombra proyectaba el alto muro que limitaba el pequeño patio. El padre estaba sentado en un rincón adornado con distintos recuerdos de la difunta madre y leía el diario junto a la ventana, sosteniéndolo en forma inclinada ante sus ojos, para compensar así cierto defecto visual. Sobre la mesa se encontraban los restos del desayuno, que apenas había probado.

—¡Ah, Georg!—dijo el padre, y se acercó a recibirlo.

Su pesada bata se abrió al caminar y el amplio vuelo onduló susurrante en torno del anciano. «Mi padre es todavía un gigante», pensó Georg.

—Aquí la oscuridad está insoportable —dijo luego.

—Sí, está muy oscuro —contestó el padre.

—Además, tienes cerrada la ventana.

—Prefiero que esté así.

—Afuera hace bastante calor —dijo Georg, como continuando su observación anterior mientras se sentaba.

Su padre recogió los platos del desayuno y los colocó sobre una cómoda.

—Sólo quería decirte —continuó Georg, que seguía absorto en los movimientos de su padre— que he decidido enviar a San Petersburgo la noticia de mi casamiento.

Sacó del bolsillo un extremo de la carta, pero luego volvió a guardarla.

—¿A San Petersburgo? —preguntó el padre.

—Sí, le escribí a mi amigo —dijo Georg, buscando los ojos de su padre.

«Qué distinto es en el negocio —pensó—; qué imponente se ve aquí sentado, con los brazos cruzados.»

—Sí, a tu amigo —enfaticó el padre.

—Has de recordar, padre, que al principio quise ocultarle mi compromiso. Por consideración; solamente por eso. Ya sabes lo quisquilloso que es. Pensé que podría enterarse por otros medios de mi casamiento, aunque con la vida que lleva, tan solitaria, eso es poco probable; yo no tenía forma de impedirlo, pero nunca lo habría sabido por mí directamente.

—Y sin embargo, ¿ahora has cambiado de opinión otra vez? —preguntó el padre, colocando el periódico sobre el alféizar y sobre el periódico las gafas, que cubrió con la mano.

—Sí, ahora cambié de opinión. Si realmente es mi amigo, pensé, entonces, la alegría de mi casamiento ha de ser una alegría también para él. Y por lo tanto no me he demorado más en escribirle. Pero antes de enviar la carta quise comentarlo contigo.

—Georg —dijo el padre, mostrando las encías desdentadas—, escúchame. Acudes a mí para comentar este asunto. Ese gesto te honra. Pero es inútil, desgraciadamente no sirve de nada, si, además, no me dices toda la verdad. No quiero sacar a relucir cuestiones que no vienen al caso. Pero desde la muerte de tu madre, tan querida por nosotros, han ocurrido ciertas cosas muy desagradables. Quizá se presente la oportunidad de mencionarlas, y tal vez mucho antes de lo que imaginamos. En el negocio hay asuntos que se me escapan, aunque no quiero insinuar ahora que alguien me los oculta, ya no soy tan capaz como antes, la memoria me falla, y ya no puedo estar al tanto de todo. En primer lugar, esto se debe al ineludible proceso natural, y en segundo lugar, la muerte de nuestra querida madrecita me ha afectado mucho más a mí que a ti. Pero mejor no nos desviemos de este asunto, de esta carta; por eso te ruego, Georg, que no me engañes. Se trata de algo sin importancia, que no vale la pena ni mencionar; por eso mismo no tiene objeto que me engañes algo. ¿Existe en realidad ese amigo tuyo en San Petersburgo?

Georg se levantó desconcertado.

—Dejemos lo de mi amigo. Mil amigos no podrían sustituir a mi padre. ¿Sabes qué pienso? Que no te cuidas lo suficiente. La ancianidad exige ciertos cuidados. Sabes perfectamente que me eres indispensable en el negocio, pero si eso perjudica tu salud, mañana mismo lo cierro para siempre. Y eso no nos conviene. No puedes se-

guir viviendo como vives. Es preciso que cambies totalmente de costumbres. En la sala hay tanta luz, y tú te quedas aquí, sentado en la penumbra. Apenas pruebas el desayuno, en vez de alimentarte debidamente. Te quedas junto a la ventana cerrada cuando el aire fresco te haría tanto bien. ¡No, padre!, esto no puede seguir así. Llamaré al médico, seguiremos sus indicaciones. Cambiaremos de habitación: pasarás al cuarto de adelante, y yo me trasladaré a éste. No sentirás molestia alguna por el cambio, porque también mudaré todas tus cosas. Pero todo eso a su tiempo; por ahora, recuéstate a descansar un poco en la cama, seguramente necesitas reposo. Ven, yo te ayudaré a desvestirte, ya verás que puedo. O tal vez prefieras pasarte de una vez a mi habitación, si quieres puedes recostarte sobre mi cama. Esto sería lo más conveniente.

Georg se había parado junto a su padre, que había dejado caer sobre el pecho la cabeza de blanca y desordenada cabellera.

—Georg —dijo el padre en un susurro, permaneciendo inmóvil.

Georg se arrodilló de inmediato a su lado; miró su fatigado rostro y comprobó que, de reojo, se fijaban sobre él sus pupilas dilatadas.

—No tienes ningún amigo en San Petersburgo. Siempre has sido un bromista y también conmigo has querido bromear. ¿Cómo podrías realmente tener allá un amigo? No puedo creerlo.

—Haz un esfuerzo para recordar —dijo Georg, mientras levantaba al padre de la silla y le quitaba la bata, ya que el anciano apenas podía sostenerse en pie—; nos visitó hace casi tres años. Todavía recuerdo que no le tenías mucha simpatía. Por lo menos dos veces te oculté su presencia, aunque en realidad se encontraba conmigo en mi cuarto. Me era muy comprensible tu apatía hacia él, ya que mi amigo es bastante peculiar. Pero luego te llevaste bastante bien con él. Me sentía tan orgulloso de que lo escucharas, que estuvieras de acuerdo con él y que le hicieras preguntas. Si lo piensas un poco podrás recordarlo. Él nos contaba las historias más increíbles de la revolución rusa. Había visto, por ejemplo, durante un viaje de negocios a Kiev, a un sacerdote en un balcón que, ante la muchedumbre, se hizo una cruz con un cuchillo en la palma de la mano, y luego habló a la multitud con la mano ensangrentada en alto. Tú mismo has repetido varias veces esa historia.

Mientras tanto, Georg había logrado sentar de nuevo a su padre y sacarle con delicadeza los pantalones de lana que llevaba encima de los calzoncillos, lo mismo hizo con los calcetines. Al contemplar que la limpieza de la ropa interior dejaba mucho que desear, se reprochó su descuido. Era sin duda uno de sus deberes el velar porque su pa-

dre no careciera de mudas de ropa interior. Aún no había decidido con la que sería su esposa qué harían con su padre, porque fácilmente habían dado por sentado que el padre viviría solo en su antiguo departamento. Pero en ese momento, tomó la determinación de que su padre viviría con ellos en su nueva casa. Analizándolo más atentamente, hasta parecía posible que los cuidados que Georg pensaba prodigar a su padre llegaran demasiado tarde.

Llevó en sus brazos al padre hasta la cama. Experimentó una sensación terrible al advertir que durante el breve trayecto hasta la cama el padre jugaba con la cadena de reloj que le cruzaba el pecho. Apenas pudo acostarlo, con tanta fuerza se había aferrado a la cadena.

Pero en cuanto el anciano quedó acostado, todo pareció arreglarse. Él mismo se cubrió, subiendo las mantas mucho más arriba de los hombros, lo que en él era ya insólito. Después lanzó una mirada amistosa a Georg.

—¿No es cierto que ahora comienzas a recordarlo? —preguntó Georg con un movimiento cariñoso de la cabeza.

—¿Estoy bien tapado? —preguntó el padre, como si él mismo no pudiera comprobar si tenía los pies bien cubiertos.

—¿Te sientes mejor en la cama? —dijo Georg, y lo arrojó.

—¿Estoy bien tapado? —preguntó otra vez el padre, mostrando especial interés en la respuesta.

—No te preocupes, estás bien tapado.

—¡No! —gritó el padre, interrumpiéndolo.

Arrojó las mantas con tanta fuerza que en un segundo se despararramaron totalmente y se puso de pie sobre la cama. Con una sola mano se apoyó ligeramente en el cielo rojo.

—Tú quisieras taparme, lo sé, mi hijito; pero todavía no estoy tapado. Y aunque sean mis últimas fuerzas, son suficientes, casi demasiadas para ti. A ese amigo tuyo lo conozco muy bien. Es el hijo que yo habría querido. Por eso mismo lo has traicionado año tras año. ¿Por qué si no? ¿Crees que no he llorado por él? Por eso te encierras en tu escritorio, nadie puede pasar, el jefe está ocupado; sólo para escribir falsas cartas a Rusia. Pero por suerte nadie tiene que enseñarle a un padre a adivinar lo que piensa su hijo. ¡Cuando creíste que lo había hundido, que lo había hundido tanto que podías sentar tu trasero sobre él y que él ya no se movería y entonces mi señor hijo decide caerse!

Georg se aterrorizó ante la espantosa imagen evocada por su padre. El amigo de San Petersburgo, a quien su padre parecía conocer tan bien de repente, se posesionó de su imaginación como nunca. Lo

veía perdido en la vasta Rusia. Lo veía ante la puerta de su negocio vacío y saqueado. Entre las ruinas de los mostradores, en medio de la mercadería consumida por el fuego, lo veía claramente. ¿Por qué tenía que haberse ido tan lejos?

—¡Pero escúchame!— gritó imperativamente el padre. Georg, a punto de enloquecer, se dirigió hacia la cama para enterarse definitivamente de todo, pero se detuvo a la mitad de camino.

—Porque ella se levantó las faldas —dijo aflautadamente el padre—, porque esa perra asquerosa se levantó las faldas así —y, como ejemplificando, se alzó la camisa por encima de los muslos, dejando ver en uno de ellos la cicatriz de la guerra—, porque se levantó las faldas así y así, te entregaste completamente; y para gozar hasta saciarte con ella mancillaste la memoria de nuestra madre, traicionaste a tu amigo y has querido enterrar en la cama a tu padre para que no pueda moverse. Pero ¿puede o no puede moverse?

Y se irguió firmemente sobre sus piernas, sin apoyarse en nada. Resplandecía de orgullo.

Georg permanecía en un rincón, lo más alejado que podía de su padre. En otro momento, se había dispuesto a observar todo con detenimiento, para que nada le cayera por sorpresa, desde atrás o desde arriba. Recordó esa olvidada decisión y la olvidó nuevamente, como cuando se pasa un hilillo por el ojo de una aguja.

—Pero ¡tu amigo no ha sido defraudado! —exclamó el padre, agitando en el aire su índice de un lado a otro, enfáticamente—. ¡Yo era su representante aquí!

— ¡Farsante! —no pudo dejar de gritar Georg; de inmediato comprendió su error y se mordió la lengua, con los ojos desorbitados de dolor, hasta sentir que le flaqueaban las piernas, pero ya era demasiado tarde.

—¡Sí, representé una farsa! ¡Farsa! ¡Me gusta la palabra! ¿Qué otro consuelo le quedaba al amargado padre viudo? Contéstame y trata de ser, aunque sea por un instante, un hijo digno de mí, como el que fuiste: ¿qué otra cosa podía hacer, metido en mi cuarto, perseguido por empleados desleales, viejo hasta los huesos? Mientras mi hijo se paseaba jubilosamente por el mundo, cerrando operaciones comerciales que yo había preparado previamente, pleno de satisfacción y jugando ante su padre al hombre importante. ¿Crees que no te quise nunca, yo, tu padre, al que quisiste abandonar?

«Ahora hará una reverencia —pensó Georg—; y se caerá y se romperá los huesos». Estos pensamientos le produjeron un estremecimiento.

El padre se inclinó hacia adelante, pero no se cayó. Al ver que Georg no se acercaba, como él esperaba, volvió a erguirse.

—Quédate donde estás; no te necesito. Crees que todavía tienes fuerza suficiente para acercarte y que no lo haces sólo porque no se te da la gana. ¿No te equivocarás? Sigo siendo el más fuerte. Tal vez yo solo hubiera tenido que relegarme; pero tu madre me transmitió hasta tal punto su fuerza, que con tu amigo me entiendo a las mil maravillas, y tengo a todos los clientes metidos en el bolsillo.

«Hasta en el camión tiene bolsillos», pensó Georg, y creyó que esta simple observación bastaba para ridiculizarlo ante el mundo entero. Lo pensó apenas un instante y luego lo olvidó como siempre.

—Puedes refugiarte en las faldas de tu novia para enfrentarme. ¡La arrancaré de tu lado, no te imaginas cómo!

Georg hacía muecas de incredulidad. El padre se limitó a asentir con la cabeza, hacia el rincón donde Georg se encontraba, para confirmar que su sentencia era verdad.

—¡No sabes la gracia que me causaste hoy, cuando viniste a preguntarme si debías anunciar a tu amigo que estás comprometido! ¡Él ya sabe todo! ¡Estúpido infantil! ¡Ya sabe todo! ¿Cómo te olvidaste de quitarme papel y pluma? Yo le escribí y le conté hasta el más mínimo detalle, por eso no viene desde hace tantos años, porque sabe todo lo que pasa mil veces mejor que tú; mientras con la mano derecha abre mis cartas, con la izquierda rompe las tuyas sin leerlas.

Excitado, mientras levantaba una mano sobre su cabeza, gritó:

—¡Sabe todo mil veces mejor!

—¡Diez mil veces! —dijo Georg para burlarse de su padre, pero antes de salir de su boca, las palabras se convirtieron en una nefasta certeza.

—Hace años esperaba ya esta consulta. ¿O crees que me importa alguna otra cosa en el mundo? ¿Crees acaso que leo los periódicos? ¡Toma! —y le arrojó un periódico que inexplicablemente había llevado consigo a la cama.

Era un diario tan viejo que Georg ni siquiera conocía el nombre.

—¡Cuánto tiempo has tardado en ver cómo son las cosas! Tu madre murió antes de presenciar este día tan jubiloso; tu amigo se pudre en Rusia, ya hace tres años estaba amarillo como un cadáver y yo, ¿no tienes ojos para ver cómo estoy?

—Entonces, ¿me acechabas constantemente? —gritó Georg.

Compasivo, sin hacerle mucho caso, dijo el padre:

—Estoy seguro que hace mucho querías decirme eso. Pero ya no importa.

Y elevando el tono de voz:

—Y ahora sabes que hay otras cosas en el mundo además de ti porque hasta ahora sólo te han interesado tus asuntos. Y, aunque es cierto que eras un niño inocente, también es cierto y más, que fuiste un ser diabólico. Y por lo mismo escúchame: ¡Te condeno a morir ahogado!

Georg se sintió arrojado de la habitación; llevaba aún en los oídos el sonido del golpe con el que su padre se dejó caer sobre la cama. Bajó la escalera, como si se tratara de un terreno inclinado, y tropezó con la criada, que se disponía a subir para hacer la limpieza matutina del piso.

—¡Jesús! —gritó ella, y se cubrió la cara con el delantal, pero Georg se había esfumado.

Cruzó corriendo la carretera, en dirección del agua. Se aferró a la baranda, como un hambriento a su comida. La saltó, como debía hacerlo el distinguido atleta que, para orgullo de sus padres, fuera en sus años juveniles. Se sostuvo colgado todavía un instante, con manos cada vez más débiles; espió entre los bordes de la baranda a un autobús que se acercaba, cuyo ruido cambiaría el ruido de su caída; y exclamó en voz baja: «Queridos padres, a pesar de todo, os he querido siempre», y se dejó caer.

En ese momento una interminable fila de automóviles transitaba por el puente.

**EN LA COLONIA
PENITENCIARIA**

EN LA COLONIA PENITENCIARIA

—Es un aparato singular —dijo el oficial al explorador, y contempló con cierta admiración el aparato, que le era tan conocido.

El explorador parecía haber aceptado sólo por cortesía la invitación del comandante para presenciar la ejecución de un soldado condenado por desobediencia e insulto hacia sus superiores. En la colonia penitenciaria no era tampoco muy grande el interés suscitado por esta ejecución. Por lo menos, en ese pequeño valle, profundo y arenoso, rodeado totalmente por riscos desnudos, sólo se encontraban, además del oficial y el explorador, el condenado, un hombre de boca grande y aspecto estúpido, de cabello y rostro descuidados, y un soldado, que sostenía la pesada cadena donde convergían las cadenas que retenían al condenado por los tobillos y las muñecas, así como por el cuello, y que estaban unidas entre sí mediante cadenas secundarias. De todos modos, el condenado tenía un aspecto tan caninamente sumiso que, al parecer, hubieran podido permitirle correr en libertad por los riscos circundantes, para llamarlo con un simple silbido cuando llegara el momento de la ejecución.

El explorador no se interesaba mucho por el aparato y se paseaba detrás del condenado con visible indiferencia, mientras el oficial daba fin a los últimos preparativos arrastrándose de pronto bajo el aparato, profundamente hundido en la tierra, o trepando de pronto por una escalera para examinar las partes superiores. Fácilmente hubiera podido ocuparse de estas labores un mecánico, pero el oficial las desempeñaba con gran celo, tal vez porque admiraba el aparato o tal vez porque por diversos motivos no se podía confiar ese trabajo a otra persona.

—¡Ya está todo listo! —exclamó finalmente, y descendió de la escalera. Parecía extraordinariamente fatigado, respiraba con la boca muy abierta y se había metido dos finos pañuelos de mujer bajo el cuello del uniforme.

—Estos uniformes son demasiado pesados para el trópico —comentó el explorador, en vez de hacer alguna pregunta sobre el aparato, como hubiese deseado el oficial.

—En efecto —dijo éste, y se lavó las manos sucias de aceite y de grasa en un balde que allí había—; pero para nosotros son símbolos de la patria; no queremos olvidarnos de nuestra patria. Y ahora fíjese en este aparato —prosiguió inmediatamente, secándose las manos con una toalla y mostrando aquél al mismo tiempo—. Hasta ahora

intervine yo, pero de aquí el aparato en adelante funciona absolutamente solo.

El explorador asintió y siguió al oficial. Éste quería cubrir todas las contingencias, y por eso dijo:

—Naturalmente, a veces hay inconvenientes; espero que no los haya hoy, pero siempre se debe contar con esa posibilidad. El aparato debería funcionar ininterrumpidamente durante doce horas. Pero, cuando hay entorpecimientos son, sin embargo, desdeñables y se los soluciona rápidamente.

—¿No quiere sentarse? —preguntó luego, sacando una silla de mimbre de entre un montón de sillas semejantes y ofreciéndosela al explorador; éste no podía rechazarla. Se sentó entonces al borde de un hoyo, destinado a una sepultura, estaba la tierra removida, dispuesta en forma de parapeto; del otro lado estaba el aparato.

—No sé —dijo el oficial— si el comandante le ha explicado ya el aparato.

El explorador hizo un ademán incierto; el oficial no deseaba nada mejor, porque así podía explicarle personalmente el funcionamiento.

—Este aparato —dijo, tomándose de una manivela y apoyándose en ella— es un invento de nuestro antiguo comandante. Yo asistí a los primeros experimentos y tomé parte en todos los trabajos, hasta su terminación. Pero el mérito del descubrimiento sólo le corresponde a él. ¿No ha oído hablar usted de nuestro antiguo comandante? ¿No? Bueno, no exagere si le digo que casi toda la organización de la colonia penitenciaria es obra suya. Nosotros, sus amigos, sabíamos aun antes de su muerte que la organización de la colonia era un todo tan perfecto que su sucesor, aunque tuviera mil nuevos proyectos en la cabeza, por lo menos durante muchos años no podría cambiar nada. Y nuestra profecía se cumplió; el nuevo comandante se vio obligado a admitirlo. Lástima que usted no haya conocido a nuestro antiguo comandante. Pero —el oficial se interrumpió— estoy divagando, y aquí está el aparato. Como usted ve, consta de tres partes. Con el correr del tiempo se generalizó la costumbre de designar a cada una de estas partes mediante una especie de sobrenombre popular. La inferior se llama la Cama; la de arriba, el Diseñador, y ésta del medio, la Rastra.

—¿La Rastra? —preguntó el explorador.

No había escuchado con mucha atención; el sol caía con demasiada fuerza en ese valle sin sombras, apenas podía uno concentrar los pensamientos. Por eso mismo le parecía más admirable ese oficial que, a pesar de su chaqueta de gala, ajustada, cargada de charrete-

ras y de adornos, proseguía con tanto entusiasmo sus explicaciones y, además, mientras hablaba, ajustaba aquí y allá algún tornillo con un destornillador. En una situación semejante a la del explorador parecía encontrarse el soldado. Se había enrollado la cadena del condenado en torno de las muñecas; apoyado con una mano en el fusil, cabizbajo, no se preocupaba por nada de lo que ocurría. Esto no sorprendió al explorador, ya que el oficial hablaba en francés, y ni el soldado ni el condenado entendían el francés. Por eso mismo era más curioso que el condenado se esforzara por seguir las explicaciones del oficial. Con una especie de soñolienta insistencia, dirigía la mirada hacia donde el oficial señalaba, y, cada vez que el explorador hacía una pregunta, también él, como el oficial, lo miraba.

—Sí, la Rastra —dijo el oficial—; un nombre bien adecuado. Las agujas están colocadas en ella como los dientes de una rastra, y el conjunto funciona, además, como una rastra, aunque sólo en un lugar determinado, y con mucho más arte. De todos modos, ya lo comprenderá mejor cuando se lo explique. Aquí, sobre la Cama, se coloca al condenado. Primero le describiré el aparato, y después lo pondré en movimiento. Así podrá entenderlo mejor. Además, uno de los engranajes del Diseñador está muy gastado; chirría mucho cuando funciona, y apenas se entiende lo que uno habla; por desgracia, aquí es muy difícil conseguir piezas de repuesto. Bueno, ésta es la Cama, como decíamos. Está totalmente cubierta con una capa de algodón en rama; pronto sabrá usted por qué. Sobre este algodón se coloca al condenado, boca abajo, naturalmente desnudo; aquí hay correas para sujetarle las manos, aquí para los pies, y aquí para el cuello. Aquí, en la cabecera de la Cama (donde el individuo, como ya le dije, es colocado primeramente boca abajo), esta pequeña mordaza de fieltro, que puede ser fácilmente regulada de modo que entre directamente en la boca del hombre, tiene la finalidad de impedir que grite o se muerda la lengua. Naturalmente, el hombre no puede alejar la boca del fieltro, porque si no la correa del cuello le quebraría las vértebras.

—¿Esto es algodón? —preguntó el explorador, y se agachó.

—Sí, claro —dijo el oficial riendo—; tóquelo usted mismo.

Cogió la mano del explorador y se la hizo pasar por la Cama.

—Es un algodón especialmente preparado, por eso resulta tan irreconocible; yo le hablaré de su finalidad.

El explorador comenzaba a interesarse un poco por el aparato; protegiéndose los ojos con la mano, a causa del sol, contempló el conjunto. Era una construcción elevada. La Cama y el Diseñador tenían igual tamaño y parecían dos oscuros cajones de madera. El

Diseñador se elevaba unos dos metros sobre la Cama; los dos estaban unidos entre sí, en los ángulos, por cuatro barras de bronce, que casi resplandecían al sol. Entre los cajones oscilaba, sobre una cinta de acero, la Rastra.

El oficial no había advertido la anterior indiferencia del explorador, pero sí notó su interés naciente; por lo tanto, interrumpió las explicaciones, para que su interlocutor pudiera dedicarse sin inconvenientes al examen de los dispositivos. El condenado imitó al explorador; como no podía cubrirse los ojos con la mano, miraba hacia arriba, parpadeando.

—Entonces, aquí se coloca al hombre —dijo el explorador, echándose hacia atrás en su silla, y cruzando las piernas.

—Sí —dijo el oficial, corriéndose la gorra un poco hacia atrás, y pasándose la mano por el rostro acalorado—, y ahora escuche. Tanto la Cama como el Diseñador tienen baterías eléctricas propias; la Cama la requiere para sí; el Diseñador, para la Rastra. En cuanto el hombre está bien asegurado con las correas, la Cama es puesta en movimiento. Oscila con vibraciones diminutas y muy rápidas, tanto lateralmente como verticalmente. Usted habrá visto aparatos similares en los hospitales; pero en nuestra Cama todos los movimientos están exactamente calculados; en efecto, deben estar minuciosamente sincronizados con los movimientos de la Rastra. Sin embargo, la verdadera ejecución de la sentencia corresponde a la Rastra.

—¿Cómo es la sentencia? —preguntó el explorador.

—¿Tampoco sabe eso? —dijo el oficial, asombrado y se mordió los labios—. Perdóneme si mis explicaciones son tal vez un poco desordenadas: le ruego realmente me disculpe. En otros tiempos, correspondía en realidad al comandante dar las explicaciones, pero el nuevo comandante rehúye ese honroso deber; de todos modos, el hecho de que a una visita de semejante importancia —y aquí el explorador trató de restar importancia al elogio con un ademán de las manos, pero el oficial insistió—, a una visita de semejante importancia ni siquiera se la ponga en conocimiento del carácter de nuestras sentencias constituye también una insólita novedad, que... —Y con una maldición al borde de los labios se contuvo y prosiguió—; yo no sabía nada; la culpa no es mía. De todos modos, yo soy la persona más capacitada para explicar nuestros procedimientos, ya que tengo en mi poder —y se palmeó el bolsillo superior— los respectivos diseños preparados por la propia mano de nuestro antiguo comandante.

—¿Los diseños del comandante mismo?—preguntó el explorador—. ¿Reunía entonces todas las cualidades? ¿Era soldado, juez, constructor, químico y dibujante?

—Efectivamente —dijo el oficial, asintiendo con una mirada impenetrable y lejana.

Luego se examinó las manos; no le parecían suficientemente limpias para tocar los diseños, por lo tanto, se dirigió hacia el balde, y se las lavó nuevamente. Luego sacó un pequeño portafolio de cuero, y dijo:

—Nuestra sentencia no es aparentemente severa. Consiste en escribir sobre el cuerpo del condenado, mediante la Rastra, la disposición que él mismo ha violado. Por ejemplo, las palabras inscritas sobre el cuerpo de este condenado —y el oficial señaló al individuo— serán: *Honra a tus superiores*.

El explorador miró rápidamente al hombre; en el momento en que el oficial lo señalaba, estaba cabizbajo y parecía prestar toda la atención de que sus oídos eran capaces para tratar de entender algo. Pero los movimientos de sus labios gruesos y apretados demostraban evidentemente que no entendía nada. El explorador hubiera querido formular diversas preguntas, pero al ver al individuo sólo inquirió:

—¿Conoce él su sentencia?

—No —dijo el oficial, tratando de proseguir inmediatamente con sus explicaciones; pero el explorador lo interrumpió:

—¿No conoce su sentencia?

—No —replicó el oficial, callando un instante, como para permitir que el explorador ampliara su pregunta—. Sería inútil anunciársela. Ya la sabrá en carne propia.

El explorador no quería preguntar más; pero sentía la mirada del condenado fija en él, como inquiréndole si aprobaba el procedimiento descrito. En consecuencia, aunque se había arrellanado en la silla, volvió a inclinarse hacia adelante y siguió preguntando:

—Pero, por lo menos, ¿sabe que ha sido condenado?

—Tampoco —dijo el oficial, sonriendo como si esperara que le hiciera otra pregunta extraordinaria.

—¿No? —dijo el explorador, y se pasó la mano por la frente—; entonces, ¿el individuo tampoco sabe cómo fue conducida su defensa?

—No se le dio ninguna oportunidad de defenderse —dijo el oficial, y volvió la mirada, como hablando consigo mismo, para evitar al explorador la vergüenza de oír una explicación de cosas tan evidentes.

—Pero debe de haber tenido alguna oportunidad de defenderse —insistió el explorador, y se levantó de su asiento.

El oficial comprendió que corría el peligro de ver demorada indefinidamente la descripción del aparato; por lo tanto, se acercó al explorador, lo tomó por el brazo y señaló con la mano al condenado, que, al ver tan evidentemente que toda la atención se dirigía hacia él, se puso en posición de firme, mientras el soldado daba un tirón a la cadena.

—Le explicaré cómo se desarrolla el proceso —dijo el oficial—. Yo he sido designado juez de la colonia penitenciaria. A pesar de mi juventud. Porque yo era el consejero del antiguo comandante en todas las cuestiones penales y, además, conozco el aparato mejor que nadie. Mi principio fundamental es éste: la culpa es siempre indudable. Tal vez otros juzgados no siguen este principio fundamental, pero son multipersonales y, además, dependen de otras cámaras superiores. Éste no es nuestro caso o, por lo menos, no lo era en la época de nuestro antiguo comandante. El nuevo ha demostrado, sin embargo, cierto deseo de inmiscuirse en mis juicios; pero hasta ahora he logrado mantenerlo a distancia y espero seguir lográndolo. Usted desea que le explique este caso particular; es muy simple, como todos los demás. Un capitán presentó esta mañana la acusación de que este individuo, que ha sido designado criado suyo y que duerme frente a su puerta, se había dormido durante la guardia. En efecto, tiene la obligación de levantarse al sonar cada hora y hacer la venia ante la puerta del capitán. Como se ve, no es una obligación excesiva, y sí muy necesaria, porque así se mantiene alerta en sus funciones, tanto de centinela como de criado. Anoche el capitán quiso comprobar si su criado cumplía con su deber. Abrió la puerta exactamente a las dos y lo encontró dormido en el suelo. Cogió la fusta y le cruzó la cara. En vez de levantarse y suplicar perdón, el individuo aferró a su superior por las piernas, lo sacudió y exclamó: «Arroja ese látigo, o te como vivo». Éstas son las pruebas. El capitán vino a verme hace una hora; tomé nota de su declaración y dicté inmediatamente la sentencia. Luego hice encadenar al culpable. Todo esto fue muy simple. Si primeramente lo hubiera hecho llamar y lo hubiera interrogado, sólo habrían surgido confusiones. Habría mentido, y si yo hubiera querido desmentirlo, habría reforzado sus mentiras con nuevas mentiras, y así sucesivamente. En cambio, así lo tengo en mi poder, y no se escapará. ¿Está todo aclarado? Pero el tiempo pasa, ya debería comenzar la ejecución, y todavía no terminé de explicarle el aparato.

Obligó al explorador a que se sentara nuevamente, se acercó otra vez al aparato, y comenzó:

—Como usted ve, la forma de la Rastra corresponde a la forma del cuerpo humano; aquí está la parte del torso, aquí están las rastras para las piernas. Para la cabeza sólo hay esta agujita. ¿Le resulta claro?

Se inclinó amistosamente ante el explorador, dispuesto a dar las más amplias explicaciones.

El explorador, con el ceño fruncido, consideró la Rastra. La descripción de los procedimientos judiciales no lo había satisfecho. Constantemente debía hacer un esfuerzo para no olvidar que se trataba de una colonia penitenciaria, que requería medidas extraordinarias de seguridad, y donde la disciplina debía ser exagerada hasta el extremo. Pero, por otra parte, fundaba ciertas esperanzas en el nuevo comandante, que evidentemente proyectaba introducir, aunque poco a poco, un nuevo sistema de procedimientos; procedimientos que la estrecha mentalidad de este oficial no podía comprender. Estos pensamientos le hicieron preguntar:

—¿El comandante asistirá a la ejecución?

—No es seguro —dijo el oficial, dolorosamente impresionado por una pregunta tan directa, mientras su expresión amistosa se desvanecía—. Por eso mismo debemos darnos prisa. En consecuencia, aunque lo siento muchísimo, me veré obligado a simplificar mis explicaciones. Pero mañana, cuando hayan limpiado nuevamente el aparato (su única falla consiste en que se ensucia mucho), podré seguir explayándome con más detalles. Reduzcámonos entonces, por ahora, a lo más indispensable. Una vez que el hombre está acostado en la Cama y ésta comienza a vibrar, la Rastra desciende sobre su cuerpo. Se regula automáticamente, de modo que apenas roza el cuerpo con la punta de las agujas; en cuanto se establece el contacto, la cinta de acero se convierte inmediatamente en una barra rígida. Y entonces empieza la función. Una persona que no esté al tanto no advierte ninguna diferencia entre un castigo y otro. La Rastra parece trabajar uniformemente. Al vibrar, rasga con la punta de las agujas la superficie del cuerpo, estremecido a su vez por la Cama. Para permitir la observación del desarrollo de la sentencia, la Rastra ha sido construida de vidrio. La fijación de las agujas en el vidrio originó algunas dificultades técnicas, pero después de diversos experimentos solucionamos el problema. Le diré que no hemos escatimado esfuerzos. Y ahora cualquiera puede observar, a través del vidrio, cómo va tomando forma la inscripción sobre el cuerpo. ¿No quiere acercarse a ver las agujas?

El explorador se levantó lentamente, se acercó y se inclinó sobre la Rastra.

—Como usted ve —dijo el oficial—, hay dos clases de agujas, dispuestas de diferente modo. Cada aguja larga va acompañada por una más corta. La larga se reduce a escribir, y la corta arroja agua para lavar la sangre y mantener legible la inscripción. La mezcla de agua y sangre corre luego por pequeños canalículos, y finalmente desemboca en este canal principal, para verterse en el hoyo, a través de un caño de desagüe.

El oficial mostraba con el dedo el camino exacto que seguía la mezcla de agua y sangre. Mientras él, para hacer lo más gráfica posible la imagen, formaba un cuenco con ambas manos en la desembocadura del caño de salida, el explorador alzó la cabeza y trató de volver a su asiento, tanteando detrás de sí con la mano. Vio entonces con horror que también el condenado había obedecido la invitación del oficial para ver más de cerca la disposición de la Rastra. Con la cadena había arrastrado un poco al soldado adormecido y ahora se inclinaba sobre el vidrio. Se veía cómo su mirada insegura trataba de percibir lo que los dos señores acababan de observar y cómo, faltándole la explicación, no comprendía nada. Se agachaba aquí y allá. Sin cesar su mirada recorría el vidrio. El explorador trató de alejarlo, porque lo que hacía era probablemente punible. Pero el oficial lo retuvo con una mano, con la otra cogió del parapeto un terrón y lo arrojó al soldado. Éste se sobresaltó, abrió los ojos, comprobó el atrevimiento del hombre, dejó caer el rifle, hundió los talones en el suelo, arrastró de un tirón al condenado, que inmediatamente cayó al suelo, y luego se quedó mirando cómo se debatía y hacía sonar las cadenas.

—¡Póngalo de pie! —gritó el oficial, porque advirtió que el condenado distraía demasiado al explorador.

En efecto, éste se había inclinado sobre la Rastra, sin preocuparse mayormente por su funcionamiento, y sólo quería saber qué ocurría con el condenado.

—¡Trátele con cuidado! —volvió a gritar el oficial.

Luego corrió en torno del aparato, cogió personalmente al condenado bajo las axilas y, aunque éste se resbalaba constantemente, con la ayuda del soldado lo puso de pie.

—Ya estoy al tanto de todo —dijo el explorador, cuando el oficial volvió a su lado.

—Menos de lo más importante —dijo éste, tomándolo por un brazo y señalando hacia lo alto—. Allá arriba, en el Diseñador, está el engranaje que pone en movimiento la Rastra; dicho engranaje es regulado de acuerdo a la inscripción que corresponde a la sentencia. Todavía utilizo los diseños del antiguo comandante. Aquí están —y

sacó algunas hojas del portafolio de cuero—; pero por desgracia no puedo dárselos para que los examine, son mi más preciosa posesión. Siéntese; yo se los mostraré desde aquí, y usted podrá ver todo perfectamente.

Mostró la primera hoja. El explorador hubiera querido hacer alguna observación pertinente, pero sólo vio líneas que se cruzaban repetida y laberínticamente y que cubrían en tal forma el papel que apenas podían verse los espacios en blanco que las separaban.

—Lea —dijo el oficial.

—No puedo —dijo el explorador.

—Sin embargo, está claro —dijo el oficial.

—Es muy ingenioso —dijo el explorador evasivamente—; pero no puedo descifrarlo.

—Sí —dijo el oficial, riendo y guardando nuevamente el plano—, no es justamente caligrafía para escolares. Hay que estudiarlo largamente. También usted terminaría por entenderlo, estoy seguro. Naturalmente, no puede ser una inscripción simple; su fin no es provocar directamente la muerte, sino después de un lapso de doce horas, término medio; se calcula que el momento crítico tiene lugar a la sexta hora. Por lo tanto, muchos, muchísimos adornos rodean la verdadera inscripción; ésta sólo ocupa una estrecha faja en torno del cuerpo, el resto se reserva a los embellecimientos. ¿Está ahora en condiciones de apreciar la labor de la Rastra, y de todo el aparato? ¡Fíjese! — y subió de un salto la escalera, e hizo girar una rueda—. ¡Atención, hágase a un lado!

El conjunto comenzó a funcionar. Si la rueda no hubiera chirriado, habría sido maravilloso. Como si el ruido de la rueda lo hubiera sorprendido, el oficial la amenazó con el puño, luego abrió los brazos, como disculpándose ante el explorador, y descendió rápidamente para observar desde abajo el funcionamiento del aparato. Todavía había algo que no andaba y que sólo él percibía; volvió a subir, buscó algo con ambas manos en el interior del Diseñador, se dejó deslizar por una de las barras, en vez de utilizar la escalera, para bajar más rápidamente, y exclamó con toda su voz en el oído del explorador, para hacerse oír en medio del estrépito:

—¿Comprende el funcionamiento? La Rastra comienza a escribir; cuando termina el primer borrador de la inscripción en el dorso del individuo, la capa de algodón gira y hace girar el cuerpo lentamente sobre un costado, para dar más lugar a la Rastra. Al mismo tiempo, las partes ya escritas apoyan sobre el algodón, que gracias a su preparación especial contiene la emisión de sangre y prepara la superfi-

cie para seguir profundizando la inscripción. Luego, a medida que el cuerpo sigue girando, estos dientes del borde de la Rastra arrancan el algodón de las heridas, lo arrojan al hoyo, y la Rastra puede proseguir su labor. Así sigue inscribiendo, cada vez más hondo, las doce horas. Durante las primeras seis horas, el condenado se mantiene casi tan vivo como al principio, sólo sufre dolores. Después de dos horas, se le quita la mordaza de fieltro, porque ya no tiene fuerzas para gritar. Aquí, en este recipiente calentado eléctricamente, junto a la cabecera de la Cama, se vierte pulpa caliente de arroz, para que el hombre se alimente, si así lo desea, lamiéndola con la lengua. Ninguno desdeña esta oportunidad. No sé de ninguno, y mi experiencia es vasta. Sólo después de seis horas desaparece todo deseo de comer. Generalmente me arrodillo aquí, en ese momento, y observo el fenómeno. El hombre no traga casi nunca el último bocado, sólo lo hace girar en la boca, y lo escupe en el hoyo. Entonces tengo que agacharme, porque si no me escupiría en la cara. ¡Qué tranquilo se queda el hombre después de la sexta hora! Hasta el más estólido comienza a comprender. La comprensión se inicia en torno de los ojos. Desde allí se expande. En ese momento uno desearía colocarse con él bajo la Rastra. Ya no ocurre más nada; el hombre comienza solamente a descifrar la inscripción, estira los labios hacia afuera, como si escuchara. Usted ya ha visto que no es fácil descifrar la inscripción con los ojos; pero nuestro hombre la descifra con sus heridas. Realmente cuesta mucho trabajo; necesita seis horas por lo menos. Pero ya la Rastra lo ha atravesado completamente y lo arroja en el hoyo, donde cae en medio de la sangre y el agua y el algodón. La sentencia se ha cumplido, y nosotros, yo y el soldado, lo enterramos.

El explorador había inclinado el oído hacia el oficial y, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, contemplaba el funcionamiento de la máquina. También el condenado lo contemplaba, pero sin comprender. Un poco agachado, seguía el movimiento de las agujas oscilantes; mientras tanto el soldado, ante una señal del oficial, le cortó con un cuchillo la camisa y los pantalones, por la parte de atrás, de modo que estos últimos cayeron al suelo; el individuo trató de retener las ropas que se le caían, para cubrir su desnudez; pero el soldado lo alzó en el aire y, sacudiéndolo, hizo caer los últimos jirones de vestimenta. El oficial detuvo la máquina, y en medio del repentino silencio el condenado fue colocado bajo la Rastra. Le desataron las cadenas, y en su lugar lo sujetaron con las correas; en el primer instante, esto pareció significar casi un alivio para el condenado. Luego hicieron descender un poco más la Rastra, porque era un hombre delgado.

Cuando las puntas lo rozaron, un estremecimiento recorrió su piel; mientras el soldado le ligaba la mano derecha, el condenado lanzó hacia afuera la izquierda, sin saber hacia dónde, pero en dirección del explorador. El oficial observaba constantemente a este último, de reojo, como si quisiera leer en su cara la impresión que le causaba la ejecución que por lo menos superficialmente acababa de explicarle.

La correa destinada a la mano izquierda se rompió; probablemente, el soldado la había estirado demasiado. El oficial tuvo que intervenir, y el soldado le mostró el trozo roto de correa. Entonces el oficial se le acercó y, con el rostro vuelto hacia el explorador, dijo:

—Esta máquina es muy compleja; a cada momento se rompe o se descompone alguna cosa; pero uno no debe permitir que estas circunstancias influyan en el juicio de conjunto. De todos modos, las correas son fácilmente sustituibles; usaré una cadena, es claro que la delicadeza de las vibraciones del brazo derecho sufrirá un poco.

Y, mientras sujetaba la cadena, agregó:

—Los recursos destinados a la conservación de la máquina son ahora sumamente reducidos. Cuando estaba el antiguo comandante, yo tenía a mi disposición una suma de dinero con esa única finalidad. Había aquí un depósito, donde se guardaban piezas de repuesto de todas clases. Confieso que he sido bastante pródigo con ellas, me refiero a antes, no ahora, como insinúa el nuevo comandante, para quien todo es un motivo de ataque contra el antiguo orden. Ahora se ha hecho cargo personalmente del dinero destinado a la máquina, y, si le mando pedir una nueva correa, me pide, como prueba, la correa rota; la nueva llega por lo menos diez días después y, además, es de mala calidad y no sirve de mucho. Cómo puede funcionar mientras tanto la máquina sin correas, eso no le preocupa a nadie.

El explorador pensó: siempre hay que reflexionar un poco antes de intervenir decisivamente en los asuntos de los demás. Él no era ni miembro de la colonia penitenciaria ni ciudadano del país al que ésta pertenecía. Si pretendía emitir juicios sobre la ejecución o trataba directamente de obstaculizarla, podían decirle: «Eres un extranjero, no te metas». Ante esto no podría contestar nada, sólo agregar que realmente no comprendía su propia actitud, ya que viajaba con la única intención de observar, y de ningún modo pretendía modificar los métodos judiciales de los demás. Pero aquí se encontraba con cosas que realmente lo tentaban a quebrar su resolución de no inmiscuirse. La injusticia del procedimiento y la inhumanidad de la ejecución eran indudables. Nadie podía suponer que el explorador tenía algún interés personal en el asunto, porque el condenado era para él un des-

conocido, no era compatriota suyo y ni siquiera era capaz de inspirar compasión. El explorador había sido recomendado por personas muy importantes, había sido recibido con gran cortesía, y el hecho de que lo hubieran invitado a la ejecución podía justamente significar que se deseaba conocer su opinión sobre el asunto. Esto parecía bastante probable, porque el comandante, como bien claramente acababan de expresarle, no era partidario de estos procedimientos, y su actitud ante el oficial era casi hostil.

En ese momento oyó el explorador un grito airado del oficial. Acababa de colocar, no sin gran esfuerzo, la mordaza de fieltro dentro de la boca del condenado, cuando este último, con una náusea irresistible, cerró los ojos y vomitó. Rápidamente el oficial le alzó la cabeza, alejándola de la mordaza y tratando de dirigirla hacia el hoyo; pero era demasiado tarde, y el vómito se derramó sobre la máquina.

—¡Todo esto es culpa del comandante! —grito el oficial, sacudiendo insensatamente la barra de cobre que tenía enfrente—. Me dejarán la máquina más sucia que una pocilga —y con manos temblorosas mostró al explorador lo que había ocurrido—. Durante horas he tratado de hacerle comprender al comandante que el condenado debe ayunar un día entero antes de la ejecución. Pero nuestra nueva doctrina compasiva no lo quiere así. Las señoras del comandante visitan al condenado y le atiborran la garganta de dulces. Durante toda la vida se alimentó de peces hediondos y ahora necesita comer dulces. Pero, en fin, podríamos pasarlo por alto, yo no protestaría; pero ¿por qué no quieren conseguirme una nueva mordaza de fieltro, ya que hace tres meses que la pido? ¿Quién podría meterse en la boca, sin asco, una mordaza que más de cien moribundos han chupado y mordido?

El condenado había dejado caer la cabeza y parecía tranquilo; mientras tanto, el soldado limpiaba la máquina con la camisa del otro. El oficial se dirigió hacia el explorador, que tal vez por un sentimiento retrocedió un paso; pero el oficial lo cogió por la mano y lo llevó aparte.

—Quisiera hablar confidencialmente algunas palabras con usted —dijo este último—. ¿Me lo permite?

—Naturalmente —dijo el explorador, y escuchó con la mirada baja.

—Este procedimiento judicial y este método de castigo, que usted tiene ahora oportunidad de admirar, no goza actualmente en nuestra colonia de ningún abierto partidario. Soy su único sostenedor y, al mismo tiempo, el único sostenedor de la tradición del antiguo

comandante. Ya ni podría pensar en la menor ampliación del procedimiento y necesito emplear todas mis fuerzas para mantenerlo tal como es actualmente. En vida de nuestro antiguo comandante, la colonia estaba llena de partidarios; yo poseo en parte la fuerza de convicción del antiguo comandante, pero carezco totalmente de su poder; en consecuencia, los partidarios se ocultan; todavía hay muchos, pero ninguno lo confiesa. Si usted entra hoy, que es día de ejecución, en la confitería y escucha las conversaciones, tal vez sólo oiga frases de sentido ambiguo. Ésos son todos partidarios; pero, bajo el comandante actual, y con sus doctrinas actuales, no me sirven absolutamente de nada. Y ahora le pregunto: ¿le parece bien que por culpa de este comandante y sus señoras, que influyen sobre él, semejante obra de toda una vida —y señaló la maquinaria— desaparezca? ¿Podemos permitirlo? Aun cuando uno sea un extranjero y sólo haya venido a pasar un par de días en nuestra isla. Pero no podemos perder tiempo, porque también se prepara algo contra mis funciones judiciales; ya tienen lugar conferencias en la oficina del comandante, de las que me veo excluido; hasta su visita de hoy, señor, me parece formar parte de un plan; por cobardía, lo utilizan a usted, un extranjero, como pantalla. ¿Qué diferente era en otros tiempos la ejecución! Ya un día antes de la ceremonia, el valle estaba completamente lleno de gente; todos venían sólo para ver; por la mañana temprano aparecía el comandante con sus señoras; las fanfarrias despertaban a todo el campamento; yo presentaba un informe de que todo estaba preparado; todo el estado mayor —ningún alto oficial se atrevía a faltar— se ubicaba en torno de la máquina; este montón de sillas de mimbre es un mísero resto de aquellos tiempos. La máquina resplandecía, recién limpiada; antes de cada ejecución me entregaban piezas nuevas de repuesto. Ante cientos de ojos —todos los asistentes en puntas de pie, hasta en la cima de esas colinas—, el condenado era colocado por el mismo comandante debajo de la Rastra. Lo que hoy corresponde a un simple soldado, era en esa época tarea mía, tarea del juez presidente del juzgado, y un gran honor para mí. Y entonces empezaba la ejecución. Ningún ruido discordante afeaba el funcionamiento de la máquina. Muchos ya no miraban; permanecían con los ojos cerrados, en la arena, todos sabían: ahora se hace justicia. En ese silencio, sólo se oían los suspiros del condenado, apenas apagados por el fieltro. Hoy la máquina ya no es capaz de arrancar al condenado un suspiro tan fuerte que el fieltro no pueda apagarlo totalmente; pero en ese entonces las agujas inscriptoras vertían un líquido ácido, que hoy ya no nos permiten emplear. ¡Y llegaba la sexta hora! Era imposible

satisfacer todos los pedidos formulados para contemplarla desde cerca. El comandante, muy sabiamente, había ordenado que los niños tendrían preferencia sobre todo el mundo; yo, por supuesto, gracias a mi cargo, tenía el privilegio de permanecer junto a la máquina; a menudo estaba en cuclillas, con un niño en cada brazo, a derecha e izquierda. ¡Cómo absorbíamos todos esa expresión de transfiguración que aparecía en el rostro martirizado! ¡Cómo nos bañábamos las mejillas en el resplandor de esa justicia, por fin lograda y que tan pronto desaparecería! ¡Qué tiempos, camarada!

El oficial había evidentemente olvidado quién era su interlocutor, lo había abrazado y apoyaba la cabeza sobre su hombro. El explorador se sentía grandemente desconcertado; inquieto miraba hacia la lejanía. El soldado había terminado su limpieza y ahora vertía pulpa de arroz en el recipiente. Apenas lo advirtió el condenado, que parecía haberse mejorado completamente, comenzó a lamer la papilla con la lengua. El soldado trataba de alejarlo, porque la papilla era para más tarde, pero de todos modos también era incorrecto que el soldado metiera en el recipiente sus sucias manos y se dedicara a comer ante el ávido condenado.

El oficial recobró rápidamente el dominio de sí mismo.

—No quise emocionarlo —dijo—, ya sé que actualmente es imposible dar una idea de lo que eran esos tiempos. De todos modos, la máquina todavía funciona, y se basta a sí misma. Se basta a sí misma, aunque se encuentra muy solitaria en este valle. Y al terminar, el cadáver cae como antaño dentro del hoyo, con un movimiento incomprendiblemente suave, aunque ya no se apiñan las muchedumbres como moscas en torno de la sepultura, como en otros tiempos. Antaño teníamos que colocar una sólida baranda en torno de la sepultura, pero hace mucho que la arrancamos.

El explorador quería ocultar su rostro al oficial y miraba el entorno, al azar. El oficial creía que contemplaba la desolación del valle; le cogió por lo tanto las manos, se colocó frente a él, para mirarlo a los ojos, y le preguntó:

— ¿Se da cuenta, qué vergüenza?

Pero el explorador calló. El oficial lo dejó un momento entregado a sus pensamientos; con las manos en las caderas, las piernas abiertas, permaneció callado, cabizbajo. Luego sonrió alentadoramente al explorador y dijo:

—Yo estaba ayer cerca de usted cuando el comandante lo invitó. Oí la invitación. Conozco al comandante. Inmediatamente comprendí el propósito de la misma. Aunque su poder es suficientemente grande

para tomar medidas contra mí, todavía no se atreve, pero ciertamente tiene la intención de oponerme el veredicto de usted, el veredicto de un ilustre extranjero. Lo ha calculado perfectamente: hace dos días que usted está en la isla, no conoció al antiguo comandante ni su manera de pensar, está habituado a los puntos de vista europeos, tal vez se opone fundamentalmente a la pena capital en general y a estos tipos de castigo mecánico en particular, además comprueba que la ejecución tiene lugar sin ningún apoyo popular, tristemente, mediante una máquina ya un poco arruinada; considerando todo esto (así piensa el comandante), ¿no sería entonces muy probable que desaprobara mis métodos? Y si los desaprobara, no ocultaría su desaprobación (hablo siempre en nombre del comandante), porque confía ampliamente en sus bien probadas conclusiones. Es verdad que usted ha visto las numerosas peculiaridades de numerosos pueblos, y ha aprendido a apreciarlas, y por lo tanto, es probable que no se exprese con excesivo rigor contra el procedimiento, como lo haría en su propio país. Pero el comandante no necesita tanto. Una palabra cualquiera, hasta una observación un poco imprudente, le bastaría. No hace ni siquiera falta que esa observación exprese su opinión, basta que aparentemente corrobore la intención del comandante. Que él tratará de sonsacarlo con preguntas astutas, de eso estoy seguro. Y sus señoras estarán sentadas en torno, y alzarán las orejas; talvez usted diga: «En mi país el procedimiento judicial es distinto», o «En mi país se permite al acusado defenderse antes de la sentencia», o «En mi país hay otros castigos, además de la pena de muerte», o «En mi país sólo existió la tortura en la Edad Media». Todas éstas son observaciones correctas y que a usted le parecen evidentes, observaciones inocentes, que no pretenden juzgar mis procedimientos. Pero ¿cómo las tomará el comandante? Ya lo veo al buen comandante, veo cómo aparta su silla y sale rápidamente al balcón; veo a sus señoras, que se precipitan tras él como un torrente; oigo su voz (las señoras la llaman una voz de trueno) que dice: «Un famoso investigador europeo, enviado para estudiar el procedimiento judicial en todos los países del mundo, acaba de decir que nuestra antigua manera de administrar justicia es inhumana. Después de oír el juicio de semejante personalidad, ya no me es posible seguir permitiendo este procedimiento. Por lo tanto, ordeno que desde el día de hoy...», y así sucesivamente. Usted trata de interrumpirlo para explicar que no dijo lo que él pretende, que no llamó nunca inhumano mi procedimiento, que en cambio su profunda experiencia le demuestra que es el procedimiento más humano y acorde con la dignidad humana, que admira esta máquina-

ria... pero ya es demasiado tarde; usted no puede asomarse al balcón, que está lleno de damas; trata de llamar la atención; trata de gritar; pero una mano de señora le tapa la boca... y tanto yo como la obra del antiguo comandante estamos irremediablemente perdidos.

El explorador tuvo que contener una sonrisa, tan fácil era entonces la tarea que le había parecido tan difícil. Dijo evasivamente:

—Usted exagera mi influencia; el comandante leyó mis cartas de recomendación y sabe que no soy ningún entendido en procedimientos judiciales. Si yo expresara una opinión, sería la opinión de un particular, en nada más significativa que la opinión de cualquier otra persona, y en todo caso mucho menos significativa que la opinión del comandante, que, según creo, posee en esta colonia penitenciaria prerrogativas extensísimas. Si la opinión de él sobre este procedimiento es tan hostil como usted dice, entonces, me temo que haya llegado la hora decisiva para el mismo, sin que se requiera mi humilde ayuda.

¿Lo había comprendido ya el oficial? No, todavía no lo comprendía. Meneó enfáticamente la cabeza, volvió brevemente la mirada hacia el condenado y el soldado, que se alejaron por instinto del arroz; se acercó bastante al explorador, lo miró no en los ojos, sino en algún sitio de la chaqueta, y le dijo más despacio que antes:

—Usted no conoce al comandante; usted cree (perdone la expresión) que es una especie de extraño para él y para nosotros; sin embargo, créame, su influjo no podría ser subestimado. Fue una verdadera felicidad para mí saber que usted asistiría solo a la ejecución. Esa orden del comandante debía perjudicarme, pero yo sabré sacar ventaja de ella. Sin distracciones provocadas por falsos murmullos y por miradas desdeñosas (imposibles de evitar si una gran multitud hubiera asistido a la ejecución), usted ha oído mis explicaciones, ha visto la máquina y está ahora a punto de contemplar la ejecución. Ya se ha formado indudablemente un juicio; si todavía no está seguro de algún pequeño detalle, el desarrollo de la ejecución disparará sus últimas dudas. Y ahora elevo ante usted esta súplica: Ayúdeme contra el comandante.

El explorador no le permitió proseguir.

—¡Cómo me pide usted eso —exclamó—, es totalmente imposible! No puedo ayudarlo en lo más mínimo, así como tampoco puedo perjudicarlo.

—Puede —dijo el oficial; con cierto temor, el explorador vio que el oficial contraía los puños—. Puede —repitió el oficial con más insistencia todavía—. Tengo un plan que no fallará. Usted cree que su

influencia no es suficiente. Yo sé que es suficiente. Pero, suponiendo que usted tuviera razón, ¿no sería de todos modos necesario tratar de utilizar toda clase de recursos, aunque dudemos de su eficacia, con tal de conservar el antiguo procedimiento? Por lo tanto, escuche usted mi plan. Ante todo es necesario para su éxito que hoy, cuando se encuentre usted en la colonia, sea lo más reticente posible en sus juicios sobre el procedimiento. A menos que le formulen una pregunta directa, no debe decir una palabra sobre el asunto; si lo hace, que sea con frases breves y ambiguas; debe dar a entender que no le agrada discutir ese tema, que ya está harto de él, que si tuviera que decir algo, prorrumpiría francamente en maldiciones. No le pido que mienta; de ningún modo; sólo debe contestar lacónicamente, por ejemplo: «Sí, asistí a la ejecución», o «Sí, escuché todas las explicaciones». Sólo eso, nada más. En cuanto al fastidio que usted pueda dar a entender, tiene motivos suficientes, aunque no sean tan evidentes para el comandante. Naturalmente, éste comprenderá todo mal y lo interpretará a su manera. En eso se basa justamente mi plan. Mañana se realizará en la oficina del comandante, presidida por éste, una gran asamblea de todos los altos oficiales administrativos. El comandante, por supuesto, ha logrado convertir esas asambleas en un espectáculo público. Hizo construir una galería, que está siempre llena de espectadores. Estoy obligado a tomar parte en las asambleas, pero me enferman de asco. Ahora bien, pase lo que pase, es seguro que a usted lo invitarán; si se atiende hoy a mi plan, la invitación se convertirá en una insistente súplica. Pero, si por cualquier motivo imprevisible no fuera invitado, debe usted de todos modos pedir que lo inviten; es indudable que así lo harán. Por lo tanto, mañana estará usted sentado con las señoras en el palco del comandante. Él mira a menudo hacia arriba, para asegurarse de su presencia. Después de varias órdenes del día, triviales y ridículas, calculadas para impresionar al auditorio —en su mayoría son obras portuarias, ¡eternamente obras portuarias!—, se pasa a discutir nuestro procedimiento judicial. Si eso no ocurre o no ocurre bastante pronto, por desidia del comandante, me encargaré yo de introducir el tema. Me pondré de pie y mencionaré que la ejecución de hoy tuvo lugar. Muy breve, una simple mención. Semejante mención no es en realidad usual, pero no importa. El comandante me da las gracias, como siempre, con una sonrisa amistosa, y ya sin poder contenerse aprovecha la excelente oportunidad. «Acaban de anunciar — más o menos así dirá— que ha tenido lugar la ejecución. Sólo quisiera agregar a este anuncio que dicha ejecución ha sido presenciada por el gran investigador que, como ustedes saben, honra extraordinaria-

mente nuestra colonia con su visita. También nuestra asamblea de hoy adquiere singular significado gracias a su presencia. ¿No convendría ahora preguntar a este famoso investigador qué juicio le merece nuestra forma tradicional de administrar la pena capital y el procedimiento judicial que la precede?» Naturalmente, aplauso general, acuerdo unánime, y mío más que de nadie. El comandante se inclina ante usted y dice: «Por lo tanto, le formulo en nombre de todos dicha pregunta». Y entonces usted se adelanta hacia la baranda del palco. Apoya las manos donde todos pueden verlas, porque si no, se las cogerán las señoras y jugarán con sus dedos. Y por fin se escucharán sus palabras. No sé cómo podré soportar la tensión de la espera hasta ese instante. En su discurso no debe haber ninguna reticencia, diga la verdad a pleno pulmón, inclínese sobre el borde del balcón, grite, sí, grite al comandante su opinión, su inmovible opinión. Pero tal vez no le guste a usted esto, no corresponde a su carácter o quizá en su país uno se comporta diferentemente en esas ocasiones; bueno, está bien, también así será suficientemente eficaz, no hace falta que se ponga de pie, diga solamente un par de palabras, susúrrelas, que sólo los oficiales que están debajo de usted las oigan, es suficiente, no necesita mencionar siquiera la falta de apoyo popular a la ejecución, ni la rueda que chirría, ni las correas rotas, ni el nauseabundo fieltro, no; yo me encargo de todo eso y le aseguro que si mi discurso no obliga al comandante a abandonar el salón, lo obligará a arrodillarse y reconocer: «Antiguo comandante, ante ti me inclino». Éste es mi plan; ¿quiere ayudarme a realizarlo? Pero, naturalmente, usted quiere, aún más, debe ayudarme.

El oficial cogió al explorador por ambos brazos y lo miró a los ojos, respirando agitadamente. Había gritado con tal fuerza las últimas frases que hasta el soldado y el condenado se habían puesto a escuchar; aunque no podían entender nada, habían dejado de comer y dirigían la mirada hacia el explorador, masticando todavía.

Desde el primer momento el explorador no había dudado de cuál debía ser su respuesta. Durante su vida había reunido demasiada experiencia para dudar en este caso; era una persona fundamentalmente honrada y no conocía el temor. Sin embargo, contemplando al soldado y al condenado, vaciló un instante. Por fin dijo lo que debía decir:

—No.

El oficial parpadeó varias veces, pero no desvió la mirada.

—¿Desea usted una explicación? —preguntó el explorador.

El oficial asintió, sin hablar.

—Desapruebo este procedimiento —dijo entonces el explorador—, aun desde antes que usted me hiciera estas confianzas (por supuesto que bajo ninguna circunstancia traicionaré la confianza que ha puesto en mí); ya me había preguntado si sería mi deber intervenir y si mi intervención tendría después de todo alguna posibilidad de éxito. Pero sabía perfectamente a quién debía dirigirme en primera instancia; naturalmente al comandante. Usted lo ha hecho más indudable aún, aunque confieso que no sólo no ha fortalecido mi decisión, sino que su honrada convicción ha llegado a conmovirme mucho, por más que no logre modificar mi opinión.

El oficial callaba, se volvió hacia la máquina, se tomó de una de las barras de bronce y contempló, un poco echado hacia atrás, el Diseñador, como para comprobar que todo estaba en orden. El soldado y el condenado parecían haberse hecho amigos; el condenado hacía señales al soldado, aunque sus sólidas ligaduras dificultaban notablemente la operación; el soldado se inclinó hacia él; el condenado le susurró algo, y el soldado asintió.

El explorador se acercó al oficial y dijo:

—Todavía no sabe usted lo que pienso hacer. Comunicaré al comandante, en efecto, lo que opino del procedimiento, pero no en una asamblea, sino en privado; además, no me quedaré aquí lo suficiente para asistir a ninguna conferencia; mañana por la mañana me voy o por lo menos me embarco.

No parecía que el oficial lo hubiera escuchado.

—Así que el procedimiento no le convence —dijo éste para sí, y sonrió, como un anciano que se ríe de la insensatez de un niño y, a pesar de la sonrisa, prosigue sus propias meditaciones—. Entonces, llegó el momento —dijo por fin, y miró de pronto al explorador con clara mirada, en la que se veía cierto desafío, cierto vago pedido de cooperación.

—¿Cuál momento? —preguntó inquieto el explorador, sin obtener respuesta.

—Eres libre —dijo el oficial al condenado en su idioma; el hombre no podía creerlo—. Vamos, eres libre —repitió el oficial.

Por primera vez, el rostro del condenado pareció realmente animarse. ¿Sería verdad? ¿No sería un simple capricho del oficial, que no duraría ni un instante? ¿Tal vez el explorador extranjero había suplicado que lo perdonaran? ¿Qué ocurría? Su cara parecía formular estas preguntas. Pero por poco tiempo. Fuera lo que fuese, deseaba ante todo sentirse realmente libre; y comenzó a debatirse en la medida que la Rastra se lo permitía.

—Me romperás las correas —gritó el oficial—, quédate quieto. Ya te desataremos.

Y después de hacer una señal al soldado, pusieron manos a la obra. El condenado sonreía sin hablar, para sí mismo, volviendo la cabeza ora hacia la izquierda, hacia el oficial; ora hacia el soldado, a la derecha; y tampoco olvidó al explorador.

—Sácalo de allí —ordenó el oficial al soldado.

A causa de la Rastra esta operación exigía cierto cuidado. Ya el condenado, por culpa de su impaciencia, se había provocado una pequeña herida desgarrante en la espalda.

Desde este momento el oficial no le prestó la menor atención. Se acercó al explorador, volvió a sacar el pequeño portafolio de cuero, buscó en él un papel, encontró por fin la hoja que buscaba y la mostró al explorador.

—Lea esto —dijo.

—No puedo —dijo el explorador—, ya le dije que no puedo leer esos planos.

—Mírelo con más atención, entonces —insistió el oficial, y se acercó más al explorador, para que leyeran juntos.

Como tampoco esto resultó de ninguna utilidad, el oficial trató de ayudarlo, siguiendo la inscripción con el dedo meñique, a gran altura, como si en ningún caso debiera tocar el plano. El explorador hizo un esfuerzo para mostrarse amable con el oficial, por lo menos en algo, pero sin éxito. Entonces el oficial comenzó a deletrear la inscripción y luego la leyó entera.

—«Sé justo», dice —explicó—; ahora puede leerla.

El explorador se agachó sobre el papel que el oficial, temiendo que lo tocara, lo alejó un poco; el explorador no dijo absolutamente nada, pero era evidente que todavía no había conseguido leer una letra.

—«Sé justo», dice —repitió el oficial.

—Puede ser —dijo el explorador—, estoy dispuesto a creer que así es.

—Muy bien —dijo el oficial, por lo menos en parte satisfecho, y trepó la escalera con el papel en la mano, con gran cuidado lo colocó dentro del Diseñador y pareció cambiar toda la disposición de los engranajes; era una labor muy difícil, seguramente había que manejar rueditas diminutas; a menudo la cabeza del oficial desaparecía completamente dentro del Diseñador, tanta exactitud requería el montaje de los engranajes.

Desde abajo, el explorador contemplaba incesantemente su labor, con el cuello endurecido y los ojos doloridos por el reflejo del sol sobre

el cielo. El soldado y el condenado estaban ahora muy ocupados. Con la punta de la bayoneta, el soldado pescó del fondo del hoyo la camisa y los pantalones del condenado. La camisa estaba espantosamente sucia, y el condenado la lavó en el balde de agua. Cuando se puso la camisa y los pantalones, tanto el soldado como el condenado se rieron estrepitosamente, porque las ropas estaban rasgadas por detrás. Tal vez el condenado se creía en la obligación de entretener al soldado y con sus ropas desgarradas giraba delante de él; el soldado se había puesto en cuclillas y a causa de la risa se golpeaba las rodillas. Pero trataban de contenerse por respeto hacia los presentes.

Cuando el oficial terminó arriba con su trabajo, revisó nuevamente todos los detalles de la maquinaria, sonriendo, pero esta vez cerró la tapa del Diseñador, que hasta ahora había estado abierta; descendió, miró el hoyo, luego al condenado; advirtió satisfecho que éste había recuperado sus ropas, luego se dirigió al balde, para lavarse las manos; descubrió demasiado tarde que estaba repugnantemente sucio, se entristeció porque ya no podía lavarse las manos, finalmente las hundió en la arena —este sustituto no le agradaba mucho, pero tuvo que conformarse—, luego se puso de pie y comenzó a desabotonarse el uniforme. Le cayeron entonces en la mano dos pañuelos de mujer que tenía metidos debajo del cuello.

—Aquí tienes tus pañuelos —dijo, y se los arrojó al condenado.

Y explicó al explorador:

—Regalo de las señoras.

A pesar de la evidente prisa con que se quitaba la chaqueta del uniforme, para luego desvestirse totalmente, trataba cada prenda de vestir con sumo cuidado; acarició ligeramente con los dedos los adornos plateados de su chaqueta y colocó una borla en su lugar. Este cuidado parecía, sin embargo, innecesario, porque apenas terminaba de acomodar una prenda, inmediatamente, con una especie de estrechamiento de desagrado, la arrojaba dentro del hoyo. Lo último que le quedó fue su espadín y el cinturón que lo sostenía. Sacó el espadín de la vaina, lo rompió, luego reunió todo, los trozos de espada, la vaina y el cinturón, y lo arrojó con tanta violencia que los fragmentos resonaron al caer en el fondo.

Ya estaba desnudo. El explorador se mordió los labios, y no dijo nada. Sabía muy bien lo que iba a ocurrir, pero no tenía ningún derecho de inmiscuirse. Si el procedimiento judicial, que tanto significaba para el oficial, estaba realmente tan próximo a su desaparición —posiblemente como consecuencia de la intervención del explorador, lo que para éste era una ineludible obligación—, entonces el oficial ha-

cía lo que debía hacer; en su lugar el explorador no habría procedido de otro modo.

Al principio el soldado y el condenado no comprendían; para empezar, ni siquiera miraban. El condenado estaba muy contento de haber recuperado los pañuelos, pero esta alegría no le duró mucho, porque el soldado se los arrancó con un ademán rápido e inesperado. Ahora el condenado trataba de arrancarle a su vez los pañuelos al soldado; éste se los había metido debajo del cinturón y se mantenía alerta. Así luchaban, medio en broma. Sólo cuando el oficial apareció completamente desnudo prestaron atención. Sobre todo el condenado pareció impresionado por la idea de este asombroso trueque de la suerte. Lo que le había sucedido a él, ahora le sucedía al oficial. Tal vez hasta el final. Aparentemente, el explorador extranjero había dado la orden. Por lo tanto, esto era la venganza. Sin haber sufrido hasta el fin, ahora sería vengado hasta el fin. Una amplia y silenciosa sonrisa apareció entonces en su rostro, y no desapareció más. Mientras tanto, el oficial se dirigió hacia la máquina. Aunque ya había demostrado con largueza que la comprendía, era, sin embargo, casi alucinante ver cómo la manejaba y cómo ella le respondía. Apenas acercaba una mano a la Rastra, ésta se levantaba y bajaba varias veces, hasta adoptar la posición correcta para recibirlo; tocó apenas el borde de la Cama, y ésta comenzó inmediatamente a vibrar; la mordaza de fieltro se aproximó a su boca; se veía que el oficial hubiera preferido no ponérsela, pero su vacilación sólo duró un instante, luego se sometió y aceptó la mordaza en la boca. Todo estaba preparado; sólo las correas pendían a los costados, pero eran evidentemente innecesarias, no hacía falta sujetar al oficial. Pero el condenado advirtió las correas sueltas; como, según su opinión, la ejecución era incompleta si no se sujetaban las correas, hizo un gesto ansioso al soldado, y ambos se acercaron para atar al oficial. Éste había extendido ya un pie, para empujar la manivela que hacía funcionar el Diseñador; pero vio que los dos se acercaban y retiró el pie, dejándose atar con las correas. Pero ahora ya no podía alcanzar la manivela; ni el soldado ni el condenado sabrían encontrarla, y el explorador estaba decidido a no moverse. No hacía falta; apenas se cerraron las correas, la máquina comenzó a funcionar; la Cama vibraba: las agujas bailaban sobre la piel; la Rastra subía y bajaba. El explorador miró fijamente, durante un rato; de pronto recordó que una rueda del Diseñador hubiera debido chirriar; pero no se oía ningún ruido, ni siquiera el más leve zumbido.

Trabajando casi silenciosamente, la máquina pasaba casi inadvertida. El explorador miró hacia el soldado y el condenado. El conde-

nado mostraba más animación, todo en la máquina le interesaba, de pronto se agachaba, de pronto se estiraba, y todo el tiempo mostraba algo al soldado con el índice extendido. Para el explorador, esto era penoso. Estaba decidido a permanecer allí hasta el final, pero la vista de esos dos hombres le resultaba insoportable.

—Volved a casa —dijo.

El soldado estaba dispuesto a obedecerle; pero el condenado consideró la orden como un castigo. Con las manos juntas imploró lastimeramente que le permitieran quedarse, y como el explorador meneaba la cabeza y no quería ceder, terminó por arrodillarse. El explorador comprendió que las órdenes eran inútiles y decidió acercarse y sacarlo a empujones. Pero oyó un ruido arriba en el Diseñador. Alzó la mirada. ¿Finamente habría decidido andar mal la famosa rueda? Pero era otra cosa. Lentamente, la tapa del Diseñador se levantó y de pronto se abrió del todo. Los dientes de una rueda emergieron y subieron; pronto apareció toda la rueda, como si alguna enorme fuerza en el interior del Diseñador comprimiera la rueda, de modo que ya no hubiera lugar para ésta; la rueda se desplazó hasta el borde del Diseñador, cayó, rodó un momento sobre el canto por la arena y luego quedó inmóvil. Pero pronto subió otra, y otras la siguieron, grandes, pequeñas, imperceptiblemente diminutas; con todas ocurría lo mismo siempre parecía que el Diseñador ya debía estar totalmente vacío, pero aparecía un nuevo grupo, extraordinariamente numeroso, subía, caía, rodaba por la arena y se detenía. Ante este fenómeno, el condenado olvidó por completo la orden del explorador; las ruedas dentadas lo fascinaban, siempre quería coger alguna y al mismo tiempo pedía al soldado que lo ayudara, pero siempre retiraba la mano con temor, porque en ese momento caía otra rueda que por lo menos en el primer instante lo atemorizaba.

El explorador, en cambio, se sentía muy inquieto; la máquina estaba evidentemente haciéndose trizas; su andar silencioso ya era una mera ilusión. El extranjero tenía la sensación de que ahora debía ocuparse del oficial, ya que el oficial no podía ocuparse más de sí mismo. Pero mientras la caída de los engranajes absorbía toda su atención, se olvidó del resto de la máquina; cuando cayó la última rueda del Diseñador, el explorador se volvió hacia la Rastra y recibió una nueva y más desagradable sorpresa. La Rastra no escribía, sólo pinchaba, y la Cama no hacía girar el cuerpo, sino que lo levantaba temblando hacia las agujas. El explorador quiso hacer algo que pudiera detener el conjunto de la máquina, porque esto no era la tortura que el oficial había buscado, sino una franca matanza. Extendió las manos. En ese

momento la Rastra se elevó hacia un costado con el cuerpo atravesado en ella, como solía hacer después de la duodécima hora. La sangre corría por un centenar de heridas, no ya mezclada con agua, porque también los canalículos del agua se habían descompuesto. Y ahora falló también la última función; el cuerpo no se desprendió de las largas agujas; manando sangre, pendía sobre el hoyo de la sepultura, sin caer. La Rastra quiso volver entonces a su anterior posición, pero como si ella misma advirtiera que no se había librado todavía de su carga, permaneció suspendida sobre el hoyo.

—Ayudadme —gritó el explorador al soldado y al condenado, y cogió los pies del oficial.

Quería empujar los pies, mientras los otros dos sostenían del otro lado la cabeza del oficial, para desengancharlo lentamente de las agujas. Pero ninguno de los dos se decidía a acercarse; el condenado terminó por alejarse; el explorador tuvo que ir a buscarlo y empujarlos a la fuerza hasta la cabeza del oficial. En ese momento, casi contra su voluntad, vio el rostro del cadáver. Era como había sido en vida; no se descubría en él ninguna señal de la prometida redención; lo que todos hallaban en la máquina, el oficial no lo había hallado; tenía los labios apretados, los ojos abiertos, con la misma expresión de siempre, la mirada tranquila y convencida, y atravesada en medio de la frente la punta de la gran aguja de hierro.

Cuando el explorador llegó a las primeras casas de la colonia, siguió por el condenado y el soldado, éste le mostró uno de los edificios y le dijo:

—Ésa es la confitería.

En la planta baja de una casa había un espacio profundo, de techo bajo, cavernoso, de paredes y cielo raso ennegrecidos por el humo. Todo el frente que daba a la calle estaba abierto. Aunque esta confitería no se distinguía mucho de las demás casas de la colonia, todas en notable mal estado de conservación (aun el palacio donde se alojaba el comandante), no dejó de causar en el explorador una sensación como de evocación histórica, al permitirle vislumbrar la grandeza de los tiempos idos. Se acercó y entró, seguido por sus acompañantes, entre las mesitas vacías dispuestas en la calle, frente al edificio, y respiró el aire fresco y cargado que provenía del interior.

—El viejo está enterrado aquí —dijo el soldado—, porque el cura le negó un lugar en el camposanto. Dudaron un tiempo dónde lo enterrarían; finalmente lo enterraron aquí. El oficial no le contó a usted nada seguramente, porque ésta era, por supuesto, su mayor vergüen-

za. Hasta trató varias veces de desenterrar al viejo, de noche, pero siempre lo echaban.

—¿Dónde está la tumba? —preguntó el explorador, que no podía creer lo que oía.

Inmediatamente, el soldado y el condenado le mostraron con la mano dónde debía de encontrarse la tumba. Condujeron al explorador hasta la pared; en torno de algunas mesitas estaban sentados varios clientes. Aparentemente eran obreros del puerto, hombres fornidos, de barba corta, negra y reluciente. Todos estaban sin chaqueta, tenían las camisas rotas, era gente pobre y humilde. Cuando el explorador se acercó, algunos se levantaron, se ubicaron junto a la pared y lo miraron.

—Es un extranjero —murmuraban en torno suyo—, quiere ver la tumba.

Corrieron hacia un lado una de las mesitas, debajo de la cual se encontraba realmente la lápida de una sepultura. Era una lápida simple, bastante baja, de modo que una mesa podía cubrirla. Mostraba una inscripción de letras diminutas; para leerlas el explorador tuvo que arrodillarse. Decía así: «Aquí yace el antiguo comandante. Sus partidarios, que ya deben de ser incontables, cavaron esta tumba y colocaron esta lápida. Una profecía dice que después de determinado número de años el comandante resurgirá y desde esta casa conducirá a sus partidarios para reconquistar la colonia. ¡Creed y esperad!».

Cuando el explorador terminó de leer y se levantó, vio que los hombres se reían, como si hubieran leído con él la inscripción, y ésta les hubiera parecido risible, y esperaban que él compartiera esa opinión. El explorador simuló no advertirlo, les repartió algunas monedas, esperó hasta que volvieron a correr la mesita sobre la tumba, salió de la confitería y se encaminó hacia el puerto.

El soldado y el condenado habían encontrado algunos conocidos en la confitería y se quedaron conversando. Pero pronto se desligaron de ello, porque cuando el explorador se encontraba por la mitad de la larga escalera que descendía hacia la orilla, lo alcanzaron corriendo. Probablemente querían pedirle a último momento que los llevara consigo. Mientras el explorador discutía abajo con un barquero el precio del transporte hasta el vapor, se precipitaron ambos por la escalera, en silencio, porque no se atrevían a gritar. Pero cuando llegaron abajo, el explorador ya estaba en el bote, y el barquero acababa de desatarlo de la costa. Todavía podían saltar dentro del bote, pero el explorador alzó del fondo del barco una pesada sogá anudada, los amenazó con ella y evitó que saltaran.

EL MAESTRO DE PUEBLO

EL MAESTRO DE PUEBLO

Las gentes a las que yo pertenezco, las que incluso encuentran repulsivo un topo corriente, hubieran muerto con seguridad de repugnancia si hubieran visto el gigantesco topo que hace algunos años fue visto en las cercanías de un pequeño pueblo que adquirió pronto efímera fama. Pero, ciertamente, hace ya tiempo que ha vuelto a caer en el olvido y con ello se ve la falla de todo el suceso, que quedó completamente inexplicado, ya que no se hizo ningún esfuerzo serio para aclararlo; y que, a consecuencia de un incomprensible descuido de aquellos círculos que se tenían que haber ocupado y que efectivamente se preocupan de cosas de menor importancia, quedó olvidada, sin un examen más minucioso. El hecho de que el pueblo se encuentre lejos del tren no puede servir en ningún caso como disculpa.

Muchas personas venían de lejos por curiosidad, incluso del extranjero; sólo no vinieron aquellos que debían mostrar algo más que curiosidad. En efecto, si las personas sencillas no se hubieran ocupado desinteresadamente de este asunto, personas a las que su trabajo diario apenas les concedía un minuto de respiro, el rumor de la aparición apenas si hubiera traspasado la región. Hay que admitir que incluso el rumor, que apenas si se puede mantener, era demasiado insistente; si no se lo hubiera empujado formalmente, no se habría extendido. Pero esto tampoco era motivo para no ocuparse del asunto; por el contrario, también la aparición tendría que haber sido investigada. En su lugar se dejó el único estudio escrito del caso al viejo maestro de pueblo que, si bien era un extraordinario hombre en su profesión ni sus aptitudes ni su instrucción le permitían entregarse a una profunda y valorable descripción ni mucho menos a una explicación. El pequeño escrito fue impreso y muy bien vendido a los que entonces visitaban el pueblo, encontró incluso una cierta acogida; pero el maestro era lo suficientemente listo como para darse cuenta de que sus esfuerzos, aislados y sin apoyo, en el fondo carecían de valor. Mas no cesó en ellos y convirtió el hecho, que a pesar de su naturaleza era cada vez más y más desesperado, en el trabajo de su vida; esto demuestra, por una parte, la gran influencia que podía causar la aparición, y por otra parte, el tesón y la persuasión que se pueden encontrar en un viejo y olvidado maestro de pueblo. Pero que había sufrido mucho ante la indiferencia de las personalidades competentes, lo prueba un pequeño apéndice que hizo añadir a su escrito, si bien algunos años después, o sea, en una época en la que ya casi nadie se acordaba del asunto. En este apéndice se lamenta —convincientemente, tal vez por su sin-

ceridad más que por su habilidad— de la falta de comprensión que ha encontrado en la gente, sobre todo en aquella que era menos de esperar. De estas personas dice acertadamente: «Ellos hablan como viejos maestros de pueblo, no yo».

Comenta, entre otras cosas, la opinión de un experto al que acudió con su asunto. El nombre del experto no aparece, pero a través de ciertos detalles se puede adivinar de quién se trataba. Después de vencer grandes dificultades para llegar a ser recibido por el experto, al que ya se había anunciado con semanas de anticipación, notó ya en los saludos que éste se había formado una inamovible opinión en relación con el asunto. La preocupación con la que escuchó el largo informe del maestro, al que devolvió el escrito, se aprecia en la observación que hizo tras una aparente reflexión:

—La tierra es en su comarca especialmente pesada y negra. Así da a los topos una alimentación especialmente sustanciosa y se hacen extraordinariamente grandes.

—Pero no tan grandes —gritó el maestro y midió, exagerando un poco su ira, dos metros en la pared.

—Sin embargo, sí —contestó el experto, al que por lo visto todo el asunto le parecía muy divertido.

Con esta respuesta regresó el maestro a su casa. Cuenta cómo, por la noche, nevando, le esperaban en la carretera su mujer y sus seis hijos y cómo les tuvo que informar del definitivo fracaso de sus esperanzas.

Cuando leí lo relativo al comportamiento del experto con el maestro, no conocía aún el escrito principal de este último. Pero me decidí inmediatamente a coleccionar y recopilar yo mismo todo lo que pudiera conocer sobre el caso. Puesto que yo no podía vérmelas con el experto, mi escrito debía defender por lo menos al maestro, mejor dicho, no tanto al maestro como la buena intención de un honrado pero poco influyente hombre. Confieso que me arrepentí más tarde de esta decisión, pues pronto noté que su exposición me iba a colocar en una situación curiosa. Por una parte mi influencia distaba mucho de ser suficiente como para cambiar la opinión del experto o incluso la del público a favor del maestro; por otra parte, el maestro debía notar que a mí me importaba menos su intención principal —probar la aparición del enorme topo— que la defensa de su hombría de bien, que a él le parecía por supuesto fuera de toda defensa. Así, pues, podía ocurrir que yo, que quería apoyar al maestro, no encontrase en él ninguna comprensión, y que seguramente, en lugar de su ayuda necesitase

para mí otra nueva ayuda, de aparición poco probable. Además, mi decisión me echaba encima un gran trabajo.

Si yo quería convencer, no debía remitirme al maestro, que a su vez no había podido convencer. El conocimiento de su escrito sólo me hubiera confundido, por lo que evité leerlo antes de la conclusión de mi propio trabajo. Ciertamente él se enteró por terceras personas de mis indagaciones, pero no sabía si trabajaba en su mismo sentido o contra él. Sí, incluso imaginó lo último, aunque más tarde lo negara, pues puedo probar que me colocó distintos obstáculos en el camino. Eso le resultaba muy fácil, puesto que yo estaba obligado a examinar de nuevo las investigaciones que él ya había efectuado, por lo que siempre se me anticipaba. Éste era, sin embargo, el único reproche que se le podía hacer con justicia a mi método, un reproche por cierto inevitable, pero muy contrarrestado por el cuidado y abnegación de mis conclusiones finales. Aparte de esto, mi escrito estaba libre de toda influencia del maestro; tal vez observara en este punto una exagerada meticulosidad; parecía como si nadie hubiera estudiado el caso hasta ahora, como si yo fuera el primero que interrogaba a los testigos, el primero que ordenaba los datos, el primero que deducía consecuencias. Al leer más tarde el escrito del maestro —tenía un título muy ceremonioso: «Un topo tan grande como nadie lo ha visto jamás»—, encontré que no coincidíamos en los puntos esenciales, si bien ambos creíamos haber demostrado el problema esencial, la existencia del topo. De todas maneras aquellas diferencias de opinión impidieron el nacimiento de una relación amistosa, que en realidad yo había esperado a pesar de todo. Incluso empezó a desarrollarse por su parte una cierta enemistad. Si bien siempre se comportó conmigo humilde y razonablemente, su verdadero estado de ánimo se le notaba claramente. Opinaba que yo había dañado la causa del topo, y que si creía haberlo ayudado o podido ayudar era, en el mejor de los casos, un ingenuo y, más seguramente, un presumido o un falso. Sobre todo señaló repetidas veces que todos los enemigos que hasta entonces había tenido no habían demostrado su enemistad o sólo lo habían hecho a solas o verbalmente, mientras que yo había considerado necesario hacer imprimir de inmediato todas mis proposiciones. Además, los pocos enemigos que, si bien superficialmente, se habían ocupado del asunto, habían escuchado su opinión, la opinión que aquí marcaba la pauta, la suya, antes de expresar otra propia. Yo en cambio había obtenido resultados de unos datos desordenadamente sistematizados y en parte mal comprendidos que —a pesar de ser correctos en lo esencial, tanto para el público como para los catedráticos— el más

leve destello de incredulidad sería, sin embargo, lo peor que podía ocurrir.

Yo podría haber contestado fácilmente a estos reproches enmascarados —por ejemplo, su escrito representaba el colmo de lo inverosímil—, pero más difícil era luchar contra sus restantes sospechas y éste fue el motivo por el que en general me mantuve alejado de él. Él secretamente creía que yo le había querido quitar la fama de haber sido el primer defensor público del topo.

Mas no existía mérito alguno en su persona, sino cierta ridiculez que, sin embargo, se reducía a un círculo cada vez más pequeño y al cual yo con toda certeza no quería aspirar. Pero, además, yo había explicado claramente, en la introducción a mi escrito, que el maestro debía considerarse siempre como el descubridor del topo —ni siquiera era el descubridor del topo— y que sólo una participación en su desgracia me había forzado a la redacción de la investigación. «El fin de este libro es —terminé así, casi patéticamente, pero de acuerdo con mi excitación de entonces— contribuir a la merecida difusión del escrito del maestro. Si se consigue esto, mi nombre debe ser inmediatamente borrado de este asunto, en el que sólo aparece nombrado de pasada y superficialmente.» Así, pues, rechacé cualquier participación mayor en el asunto; parecía que de alguna manera no hubiera previsto el increíble reproche del maestro. Pero justo en este punto él encontró asidero en mi contra, y no niego que había un cierto derecho en lo que decía o más que nada apuntaba, como me ocurrió no pocas veces, en algunos aspectos demostraba conmigo más agudeza que en su escrito, pues afirmaba que mi introducción tenía un doble sentido. Si lo que de verdad me importaba era difundir su escrito, por qué no me ocupaba exclusivamente de él y de su escrito, por qué no mostraba sus méritos, su irrefutabilidad, por qué no profundizaba más, abandonando completamente el escrito, en el propio descubrimiento. ¿Es que acaso no había sido ya hecho éste? ¿Quedaba acaso algo por hacer en este aspecto? Pero si yo creía realmente en la necesidad de efectuar de nuevo el descubrimiento, ¿por qué me desdecía tan alegremente de éste en la introducción? Podía ser una fingida modestia, pero era algo más enojoso: yo desvalorizaba el descubrimiento, le concedía atención sólo para desvalorizarlo; lo había investigado y lo dejaba a un lado. Tal vez ya se hubiera silenciado un poco el asunto; pero yo volvía a revolverlo, con lo que, sin embargo, coloqué al maestro en una posición más difícil que nunca. ¡Lo que significaba para el maestro la defensa de su rectitud! Era esta cuestión y sólo ésta la que importaba.

Pero yo lo había traicionado, porque no lo comprendía, porque no lo valoraba correctamente, porque no tenía ningún talento para ello. Escapaba con mucho a mi comprensión. Estaba sentado delante mío y me miraba tranquilamente con su vieja y arrugada cara y, sin embargo, ésta era sólo su opinión. No era exacto que le importara solamente el asunto en sí; era incluso bastante ambicioso y quería ganar dinero, lo cual era muy comprensible a la vista de su numerosa familia. A pesar de todo, mi interés en un asunto tan pequeño le parecía en comparación tan reducida que se creía autorizado a presentarse como modelo de desinterés sin mentir demasiado. Y efectivamente, no me sirvió ni una sola vez para mi satisfacción interior que me dijera que en el fondo los reproches del hombre se debían a que, en cierto sentido, él sujetaba su topo con las dos manos y llamaba traidor a todo aquel que tan sólo quería acercarle un dedo. Su comportamiento no era por avaricia; por lo menos no se podía explicar sólo por este motivo; más bien había una irritación provocada por su gran esfuerzo y total falta de éxito.

Pero la irritación tampoco lo explicaba todo. Tal vez mi interés en el asunto fuera realmente demasiado pequeño. Ya era algo común para el profesor la falta de interés de los extraños; sufría por esto en general, pero no en lo particular. Pero, cuando al fin se había encontrado con uno que se ocupaba del asunto en forma extraordinaria, incluso éste no lo comprendía. Una vez empujado en esta dirección, no quise mentir. No soy zoólogo; tal vez me habría apasionado por este caso hasta el fondo de mi corazón si lo hubiera descubierto yo, pero no había sido así. Ciertamente que un topo tan grande es algo notable, pero no puede exigir la atención permanente del mundo, especialmente cuando la existencia del topo no está completa y satisfactoriamente demostrada y cuando sobre todo éste no puede ser exhibido. Y también reconocí que, aunque hubiera sido yo el descubridor del topo, nunca me habría ocupado de él lo que me ocupó del profesor, a gusto y voluntariamente.

Seguramente habría desaparecido pronto la discrepancia entre el maestro y yo si mi escrito hubiera tenido éxito. Pero incluso este éxito se hizo desear.

A lo mejor el escrito no era bueno, no había sido escrito convincentemente; yo soy comerciante, la redacción de semejante escrito sobrepasa posiblemente el círculo que me ha sido impuesto, en este caso el maestro, a pesar de que yo lo superaba en todos los conocimientos necesarios. También contribuyó al fracaso la quizás inapropiada fecha de aparición.

El descubrimiento del topo, que no había podido abrirse paso, era, por una parte no tan lejano como para haberlo olvidado por completo, de modo que el escrito hubiera podido resultar una sorpresa; pero por otra parte, había pasado ya el tiempo suficiente como para agotar casi totalmente el reducido interés que despertó en su día. Aquellos que se interesaban siquiera un poco por mi escrito se decían con un cierto desconsuelo que ya hacía años había ocurrido una discusión y que de nuevo volvían a empezar los esfuerzos inútiles por probar este asunto anodino; algunos incluso confundían mi escrito con el del profesor.

En una importante revista agrícola apareció la siguiente observación, por suerte en las hojas finales y en letra pequeña: «Se nos ha vuelto a enviar el escrito sobre el topo gigante. Nos acordamos de habernos reído de él de todo corazón hace algunos años. Desde entonces, este escrito no se ha vuelto más inteligente y nosotros no nos hemos vuelto más tontos. La segunda vez no podemos tan sólo reírnos. Por eso nos parece oportuno preguntar a las asociaciones de maestros si un maestro de pueblo no puede encontrar un trabajo más útil que el de ir persiguiendo topos gigantes». ¡Una equivocación imperdonable! No habían leído ni el primero ni el segundo escrito, y las dos miserables palabras —topo gigante y maestro de pueblo— que habían cogido apresuradamente, bastaban a los señores para colocarse en escena como defensores de intereses reconocidos. Contra todo esto se podría haber hecho algo con éxito, pero el deficiente entendimiento con el maestro me hizo desistir de ello. Al revés, intenté mantenerle oculta la revista tanto tiempo como fue posible. Pero la descubrió muy pronto; lo noté por una observación en una carta en la que me comunicaba su visita para las fiestas de Navidad. Escribió: «El mundo es malo, cosa que a veces se le facilita», con lo que quería indicar que yo pertenezco al mundo malo, pero que no basta con la maldad residente en mí, sino que además facilita al mundo, es decir, actúo, para sacar a relucir la maldad general y para ayudarla a triunfar. Bueno, yo ya había sacado las conclusiones necesarias; pude esperarlo tranquilamente y pensar con calma, mientras él me saludaba con menos amabilidad que otras veces, se sentaba frente a mí sin hablar, sacaba con cuidado la revista del bolsillo interior de su gabán, curiosamente acolchonado, y empujaba la revista en mi dirección.

—La conozco —dije yo, y empujé de nuevo la revista hacia él sin mirarla.

—Usted la conoce —dijo suspirando, pues tenía la vieja costumbre de maestro de repetir respuestas de otros—. Naturalmente, no voy a

aceptar el asunto sin defenderme —prosiguió, y golpeó excitado la revista con el dedo mientras me observaba con una mirada penetrante, como si yo fuera de la opinión contraria.

Tenía ciertamente una idea de lo que yo iba a decir; pero creí notar, no tanto en sus palabras como en otros indicios, que a menudo tenía una comprensión muy correcta de mis intenciones, pero no cedía en sus ideas y se dejaba apartar del asunto. Esto, se lo dije en aquella ocasión, puedo repetirlo casi al pie de la letra, pues lo anoté poco después de la conversación.

—Haga lo que quiera —dije yo—; a partir de hoy nuestros caminos se separan. Creo que no resulta para usted ni inesperado ni inoportuno. La noticia de la revista no es la causa de mi decisión, ha contribuido a afirmarla; el auténtico motivo es que al principio creía poder ayudarlo con mi informe, mientras que ahora puedo ver que en todo sentido lo he perjudicado. Por qué ha ocurrido así, no lo sé; los motivos para el éxito y el fracaso son siempre ambiguos; no busque sólo aquellas interpretaciones que hablen en mi contra. Pienso que usted también tenía las mejores intenciones y, sin embargo, fracasó, si observamos todo en conjunto. No bromeo cuando digo, pues va en contra de mí, que su relación conmigo cuenta dentro de sus fracasos. El que yo me retire ahora del asunto no es ni cobardía ni traición. Incluso lo hago no sin cierto esfuerzo; lo que yo aprecio de su persona está ya en mi escrito; en cierto sentido, usted se ha convertido en mi maestro, e incluso el topo se me hizo querido. Sin embargo, me aparto; usted es el descubridor y a pesar de todo lo que yo haga siempre impido la llegada de la posible fama, y en cambio atraigo el fracaso y lo conduzco hacia usted. Por lo menos ésta es su opinión. Basta de esto. La única penitencia que puedo aceptar es pedirle perdón y, si así me lo exige, repetir públicamente la confesión que aquí he hecho, por ejemplo, en esta revista.

Éstas fueron entonces mis palabras; no eran del todo sinceras, pero la sinceridad era fácilmente deducible de ellas. Mi explicación obró en él como aproximadamente había esperado. La mayoría de las personas mayores tienen para los jóvenes algo que confunde, algo que niega su naturaleza; se vive tranquilamente a su lado, se cree asegurada la relación, se conocen las opiniones dominantes, se recibe continuamente una confirmación de la paz, se considera todo como lógico y, de repente, cuando ocurre algo decisivo y cuando debiera actuar la tranquilidad tanto tiempo preparada, estas personas mayores parecen extraños, tienen opiniones más profundas y más fuertes; es ahora cuando despliegan formalmente su bandera, sobre la que

se lee su nuevo lema con horror. Este horror es sobre todo porque lo que dicen ahora es realmente mucho más autorizado, más lleno de sentido, como si lo lógico fuera mucho más lógico. Pero lo que inevitablemente niega todo es que lo que dicen ahora lo han dicho siempre, en el fondo y, sin embargo, normalmente nunca se podría haber supuesto. Tendría que haber calado hondo en este maestro de pueblo para que ahora no me sorprendiera por completo.

—Hijo —dijo, puso su mano en la mía y la frotó amistosamente—. ¿Cómo se le ocurrió siquiera meterse en este asunto? En cuanto lo oí por primera vez, se lo comenté a mi mujer —se apartó de la mesa, extendió los brazos y observó el suelo, como si abajo estuviera, diminuta, su mujer y hablara con ella—. Tantos años, le dije, luchando solos, y ahora parece interceder por nosotros un gran protector, un comerciante de la ciudad, de nombre tal y tal. ¿No debiéramos alegrarnos? Un comerciante de la ciudad significa no poco; si un labrador andrajoso nos cree y así lo manifiesta, no nos puede ayudar, pues lo que hace un labrador nunca tiene valor, da igual que diga: «el viejo maestro tiene razón»; o que escupa de manera inconveniente; su efecto es el mismo. Y si se levantan diez mil labradores en vez de uno, tal vez el efecto sea incluso peor. En cambio, un comerciante de la ciudad es algo distinto, un hombre así tiene enlaces; incluso aquello que dice de pasada se comenta en amplios sectores, nuevos proyectos se unen al asunto; uno dice, por ejemplo: «también se puede aprender algo de los maestros de pueblo», y al día siguiente ya lo comenta una multitud de personas, inesperadas de acuerdo con su forma de ser. Ahora se encuentran fondos para el asunto, una colecta, y los demás le dan el dinero en la mano; se opina que el maestro de pueblo ha de ser sacado del pueblo; vienen y no se ocupan de su aspecto, se lo coloca en el centro, también a su mujer e hijos que se cuelgan de él. He observado alguna vez a la gente de la ciudad: gorgojean ininterrumpidamente. Si hay unos cuantos de ellos juntos, el gorgojeo va de izquierda a derecha y vuelve de nuevo y baja y sube. Y así, gorgojeando, hablan de nosotros en el coche y apenas si uno tiene tiempo de saludar a todos. El señor sobre el pescante se ajusta sus gafas, blande el látigo y marchamos. Todos hacen señas de despedida hacia el pueblo, como si todavía estuviéramos allí en vez de estar sentados entre ellos. De la ciudad nos salen al encuentro algunos coches con los especialmente impacientes. Según nos vamos acercando se levantan de sus asientos y se estiran para vernos. El que ha reunido el dinero lo ordena todo y exhorta al silencio. Ya es una gran hilera de coches cuando entramos en la ciudad. Hemos pensado que el saludo ya se ha terminado, pe-

ro es delante de la posada donde comienza de verdad. En la ciudad muchas personas se congregan inmediatamente a una llamada. Pero aquello que preocupa a uno también preocupa al otro enseguida. Se quitan unos a otros sus opiniones y se las apropian. No todas las personas que pueden ir en el coche esperan delante de la posada; sin embargo, otros podrían viajar, pero no lo hacen por convencimiento propio. También éstos esperan. Es increíble cómo se está atento a todo el que ha acumulado dinero.

Lo había escuchado en silencio; sí, durante su charla me he quedado cada vez más en silencio. Sobre la mesa había amontonado todos los ejemplares que aún tenía de mi escrito. Faltaban sólo unos pocos, pues en los últimos tiempos había ido solicitando por escrito que se me devolvieran y había recibido ya la mayoría. Por cierto que de muchas partes me habían escrito con mucha cortesía que no se acordaban de haber recibido un escrito semejante y que, en el caso de haberlo recibido, se había perdido lamentablemente. Aun así no importaba, en el fondo yo no quería otra cosa. Sólo uno pidió poderse quedar con el escrito como curiosidad, y se comprometía, de acuerdo con el sentido de mi carta, a no enseñarlo a nadie durante los próximos veinte años. Todas estas cartas todavía no las había visto el maestro. Me alegré de que sus palabras me hicieran tan fácil el enseñárselas. Pero si no, también podía hacerlo sin preocupación, porque había actuado muy cautelosamente en la redacción y nunca había descuidado el interés del maestro y de su asunto. Las frases principales de las cartas decían así: «No pido la devolución del escrito porque haya podido retractarme de las opiniones en él representadas o porque individualmente pudiera contemplarlas como erróneas o indemostrables. Mi petición tiene sólo motivos personales, si bien muy imperiosos; en cuanto a mi posición sobre el asunto del topo, no me retracto en lo más mínimo. Pido que se preste especial consideración a esto y, si se quiere, que también se propague».

De momento tenía esta comunicación todavía oculta en mis manos, y dije:

—¿Quiere hacerme reproches porque no haya ocurrido así? ¿Por qué quiere hacer esto? No amarguemos la despedida. Y trate de aceptar por fin que, si bien ha hecho usted un descubrimiento, éste no ha invalidado a otros y que, por tanto, la injusticia que se le hace no es importante. No conozco los estatutos de la sociedad de ciencias, pero no creo que ni aún en el mejor de los casos se le hubiera preparado un recibimiento siquiera parecido a aquel que tal vez le haya descrito a su pobre mujer. Si yo mismo esperaba algo del efecto del escrito, pensé

que tal vez algún profesor podría interesarse en nuestro caso, que podría encargar a algún estudiante seguir el asunto, que ese estudiante se dirigiría a usted con seriedad y volvería a examinar de nuevo sus investigaciones y las mías, y que finalmente, en el caso de que el resultado le pareciera digno de mención —aquí hay que afirmar que todos los estudiantes jóvenes están llenos de dudas—, publicaría su propio escrito en el que justificaría científicamente el que usted ha escrito. Pero incluso en el caso de que esta esperanza se hubiere realizado, todavía no se habría logrado mucho. El escrito del estudiante que hubiera definido un caso tan extraño posiblemente habría sido ridiculizado. Ya ve usted con el ejemplo de la revista agrícola lo fácil que es, y en este aspecto las revistas científicas son aún más desconsideradas. Y es comprensible, los profesores tienen mucha responsabilidad ante ellos mismos, ante la ciencia, ante la posteridad; no pueden engreírse con todo nuevo descubrimiento. Nosotros, en cambio, les aventajamos en todo sentido. Pero voy a prescindir de esto y voy a considerar ahora que el escrito del estudiante tuviese aceptación. ¿Qué hubiera ocurrido entonces? Vuestro nombre habría sido honrado algunas veces, posiblemente lo favorecería en su profesión; dirían: «Nuestros maestros de pueblo tienen los ojos abiertos», y esta revista tendría, si las revistas tuviesen memoria y conciencia, que pedirle perdón públicamente; también se habría encontrado algún profesor bien intencionado que le concediera una beca; también es realmente posible que hubiera intentado llevarlo a la ciudad, encontrarle un puesto en una escuela primaria de aquí, y darle así la oportunidad de aprovechar los medios científicos que ofrece la ciudad para continuar la investigación. Pero, si he de ser sincero, he de decir que tan sólo se habría intentado. Se lo habría llamado y usted habría venido como uno más, solicitando un empleo al igual que cientos, sin ningún recibimiento triunfal; se habría hablado con usted, se habría aceptado su sincera aspiración, pero habrían visto al mismo tiempo que es un hombre mayor, que comenzar a esta edad un estudio científico es inútil y que, sobre todo, se ha realizado el descubrimiento más por casualidad que por trabajo de investigación y que aparte de este caso único no piensa trabajar más. Así, pues, por estos motivos lo habrían dejado en el pueblo. Sin embargo, continuarían con el descubrimiento, pues no es tan insignificante como para que una vez reconocido sea olvidado. Pero usted ya no tendría muchas noticias de éste, y las que tuviese le resultarían casi incomprensibles. Todo descubrimiento es inmediatamente introducido en la totalidad de la Ciencia, con lo que en cierto sentido deja de ser descubrimiento; se expande y desaparece; enton-

ces hay que tener una visión muy acostumbrada científicamente como para reconocerlo. En seguida queda enlazado a principios de cuya existencia ni siquiera teníamos noticias, y en la discusión científica se lleva estos principios hasta las nubes. ¿Cómo poder comprenderlo nosotros? Si escuchamos una discusión especializada, creemos, por ejemplo, que se trata del descubrimiento, pero ya se trata de otras cosas completamente distintas; y la próxima vez creemos que se trata de otra cosa, no del descubrimiento, pero sí se trata de éste.

¿Lo comprende? Usted se habría quedado en el pueblo, podría haber alimentado y vestido un poco mejor a su familia con el dinero recibido, pero el descubrimiento le habría sido quitado sin que pudiese oponerse esgrimiendo algún derecho, pues no es sino en la ciudad donde éste cobró su valor real. E incluso no habrían sido desagradecidos con usted; a lo mejor se construiría en el lugar del descubrimiento un pequeño museo, que se convertiría en la atracción más interesante del pueblo; usted habría sido el encargado de las llaves y, para no dejarlo sin ningún signo exterior de honor, se le habría dado una pequeña medalla para llevarla en el pecho, como acostumbran a llevar los empleados de los museos científicos. Todo esto habría sido posible, pero ¿es esto lo que usted quería?

Sin intentar una respuesta, objetó acertadamente:

— ¿Así que era esto lo que buscaba conseguir para mí?

—Tal vez —dijo yo;— entonces no actué tan reflexivamente, como para poder contestar ahora con exactitud. Quise ayudarlo, pero me ha salido mal y es incluso lo peor que jamás haya hecho. Por eso quiero retirarme ahora y hacerlo como si nada hubiera pasado, en la medida de mis fuerzas.

—Está bien —dijo el maestro, sacó su pipa y empezó a llenarla con el tabaco que llevaba suelto en todos los bolsillos—, se ha ocupado voluntariamente del desgraciado asunto y ahora se retira también voluntariamente. ¡Todo está muy bien!

—No soy terco —dije—. ¿Encuentra algo que oponer a mi proposición?

—No, absolutamente nada —dijo el maestro, y su pipa ya humeaba.

No aguantaba el olor de su tabaco, por lo que me levanté y comencé a pasear por la habitación. Estaba acostumbrado por otras conversaciones a que el maestro fuera muy callado conmigo, pero que, sin embargo, una vez llegado, ya no quisiera moverse de mi habitación. Me había extrañado ya más de una vez; quiere algo más de mí, había pensado entonces, y le había ofrecido dinero, que él indefectiblemente

te aceptaba. Pero irse, sólo se iba cuando le apetecía. Generalmente para entonces ya se había fumado la pipa, se movía alrededor del sofá, al que acercaba respetuosa y ordenadamente a la mesa, cogía su bastón de nudos de la esquina, me apretaba fervientemente la mano y se iba. Pero hoy su actitud de permanecer sentado en silencio me resultaba ni más ni menos que molesta. Cuando se le ofrece a alguien la despedida definitiva, como yo lo había hecho, y cuando el otro lo califica de muy acertado, se termina lo más pronto posible todo lo que quede por solucionar y no se importuna al otro, sin objeto alguno, con la muda presencia. Cuando se veía desde atrás al pequeño y tenaz viejo, sentado a mi mesa, se podía pensar que ya nunca más sería posible sacarlo de la habitación.

La metamorfosis y otros relatos
se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2008
en el taller de impresión de la
Universidad Autónoma de la Ciudad de México,
con un tiraje de 10 000 ejemplares.

LA METAMORFOSIS

Y OTROS RELATOS

Algunos escritores han sido capaces de crear ficciones que han dejado profunda huella en la literatura. Franz Kafka (1883-1924) es sin duda uno de ellos. Nos legó su imagen incontenible de lo absurdo y de lo inexpugnable, de la impotencia y desorientación humana frente a fenómenos que resultan inexplicables.

En este sentido, tal vez *Die Verwandlung* o "La transformación", traducida habitualmente al castellano como La Metamorfosis, sea su narración más representativa, y es sin duda alguna la obra de Kafka que ha alcanzado mayor celebridad.

Escrito en 1912 y publicado en 1916, este relato es considerado una de las obras maestras del siglo XX por sus innegables rasgos precursores y el caudal de ideas e interpretaciones que desde siempre ha suscitado.

En esta edición se presentan, además de "La metamorfosis", otros textos menos conocidos de Kafka, como una aportación al conocimiento de su obra y de su evolución literaria. Todos ellos integran una muestra representativa del pensamiento y las preocupaciones estéticas de este autor fundamental.

Biblioteca
BE
del
Estudiante

ISBN 978-968-9259-46-6

Distribución gratuita para los estudiantes de la UACM